

Víctor Sueiro

Nosotros, los adolescentes

Un libro para adolescentes de verdad,
aunque ya sean padres o abuelos



Biblioteca Víctor Sueiro  Planeta

Nosotros, los adolescentes

Índice de contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Ante Todo](#)

[Uno. El Amor es Adolescente](#)

[Dos. Hay Profundas Estupideces, pero También hay Coraje](#)

[Tres. Las Nalgas y la Injusticia](#)

[Cuatro. Todos Nacemos desnuditos](#)

[Cinco. Cuando Pensamos en la Muerte](#)

[Seis. Esa Cosa que Suena tan Solemne llamada Dignidad](#)

[Siete. Mamá Rosita](#)

[Ocho. De Repente, la Violencia](#)

[Nueve. Otra Vez el Amor](#)

[Diez. Los Adolescentes son unos Fenómenos \(Meteorológicos\)](#)

[Después de todo](#)

Víctor Sueiro

Nosotros, los adolescentes
Un libro para adolescentes de verdad, aunque ya sean
padres o abuelos

Sueiro, Víctor

Nosotros, los adolescentes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2015.

E-Book.

ISBN 978-950-49-4345-7

1. Autoayuda.

CDD 158.1

© 1993, Víctor Sueiro

© 2008, Herederos de Víctor Sueiro

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: enero de 2015

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4345-7

A los dos adolescentes que más me preocupan: mi hija Rocío y yo mismo.

AGRADECIMIENTOS

A Julio Acosta, por la idea que da inicio a todo esto.

A Hugo Beas, por su entusiasmo para ponerlo en marcha.

A Rosita Sueiro, por el compañerismo que tanto ayuda.

A Daniel Mendoza, por ser mi amigo más adolescente.

A Alfredo Cartoy Díaz, por la fe que sólo da el cariño.

A Diego Pérez, por su emoción al escuchar un capítulo.

A mamá, porque cree que aún soy un chico y no se equivoca.

A vos, por tener este libro en tus manos.

A Dios, por todo.

Éste es un libro para adolescentes de verdad, sin importar que ya sean padres o abuelos.

Los adultos suelen recomendar libros a los adolescentes.

En este caso, tal vez ocurra a la inversa.

Ante Todo

Puchi puchi, brrr brr, ababa-ababa, bu bu bu, aha aha.

Estas y otras pavadas similares que no significan absolutamente nada, suelen ser las empleadas por muchos adultos para «hablarles» a los bebés, sin advertir que esos flamantes habitantes del planeta no son idiotas sino simplemente eso, bebés. Entiendo que son maneras muy cariñosas de intentar comunicarse, pero hasta los que las usan saben que no sirven de mucho. Algunos adultos creen, sin embargo, que al emitir esos ridículos sonidos están más cerca de los bebotes por el solo hecho de utilizar un «lenguaje» como el que los chiquitines usan. Es, más o menos, como no saber inglés y al enfrentarse con un señor que sólo habla ese idioma, buscar sonidos que le sean familiares y decirle con tono de acompañar una charla: «**Tenkiu boy, seven up, the piupil is in the classrum, mai mader is on the rocks, tu morrou is the pencil**». Sonar, lo que se dice sonar, suena. Pero el otro nos mirará como si acabáramos de escaparnos de un manicomio.

Con los adolescentes pasa lo mismo.

Si yo intentara en este librito hablarles en su idioma de moda, meterme en sus códigos, posarla de astuto, no solamente haría el ridículo sino que —para peor— nadie me entendería. Y lo más grave de todo: no sería yo, estaría disfrazándome.

Nada de eso. Aquí les hablo como lo que son: personas. En mi estilo de siempre, que no será el mejor pero es mío. Ya lo verán si siguen avanzando.

Tampoco van a encontrar «consejitos» dados desde una imaginaria tribuna, desde la cual algunos apuntan con el dedo, sacudiéndolo como para despegarse de él un moquito. No hay tribuna, no hay dedo amenazador, no hay moquito pegado en él. Hay un fulano, que vengo a ser yo, que mira y admira a los adolescentes desde hace mucho, tanto, que no ha dejado de ser uno de ellos, al menos en espíritu.

Ya sé que tengo más años que la Patria, pero eso no quiere decir nada. Ser adulto no es malo. Sentirse adulto es una estupidez.

Cuando uno pasa por la edad adolescente sueña con crecer pronto y llegar a ser adulto. La mayoría lo conseguirá. Cuando uno ya es un adulto por edad, sueña con sentir lo que sentía siendo adolescente. Pocos lo logran. Yo me siento uno de ellos. Oigo a mi alma cantar por eso. Amo asombrarme, rebelarme, tener ganas de todo. Amo amar...

Sería fácil para mí, por años y aspecto, disfrazarme de adulto. Hasta es posible que muchos llegaran a creer que lo soy. Pero no sería cierto y tampoco sería lindo. Soy un adolescente, sólo que viví más. Eso no significa que les desparrame consejos, como ya dije. Tal vez uno solo: *vivan valientemente*. Nada más. No formen parte del rebaño de tilingos ni el de humillados ni el de verdugos. Vivan valientemente, sonriendo de pura felicidad por ser quienes son. Si escribí estas páginas es porque creo, sin ninguna duda, en un mundo mejor, en vivir con libertad sin dañar la de los demás, en quererse para poder querer.

Sé que más de uno dirá que soy un ingenuo (por decirlo suavemente), pero sé también que ustedes van a entenderme y eso es lo que me importa.

El mundo no se está cayendo a pedazos como a veces parece. Siempre pareció caerse a pedazos como a veces parece. La corrupción, la violencia, la estafa, las barbaridades dichas públicamente por gente que no debería decirlas, no son algo nuevo.

Ustedes sí son nuevos, y lo que hagan —lo que hagamos— también puede serlo. Vivir valientemente es ser uno mismo. Si no cumpliera con eso sería un cobarde, y un adolescente no puede darse el indigno lujo de ser un cobarde. No yo. No vos, hija. No ustedes.

Los adolescentes son una cosquilla al mundo, un beso de Dios.

No estoy fascinado por todos, por supuesto. En el momento en que escribo estas líneas, las estadísticas señalan que hay en Argentina 6.200.000 habitantes cuyas edades están entre los 10 y 21 años. Entre ellos hay seguramente personajes de maravilla, heroicos y notables; otros indiferentes, grises y mediocres; otros inmorales y criminales.

Si fuera político diría ahora mismo que yo escribo para todos. Pero no soy político, lo cual es muy grato y me permite decir la verdad de manera habitual. No escribo para todos. Lo hago para los que quieran y sepan entender. Esos a los que es imposible no amar.

Lo hago, en primer lugar, para mi hija Rocío, pero nucleando en ella a todos los demás que están desbordando vida, aunque no sepan aún cómo se entiende el mundo en que nos tocó vivir.

Lo hago, también, para los adultos que quieran acercarse al universo único de los más jóvenes, en lugar de mirar ese universo desde lejos, resguardados en sus naves espaciales artilladas, no sea cosa que deban disparar si se sienten invadidos.

Y lo hago para mí, para aprender más y porque me da placer.

Isaac Newton era un adolescente cuando enfermó de agotamiento, por pasarse muchas noches en vela mirando el cielo para descubrir nuevos cometas y sus secretos. Sentía pasión por lo que lo rodeaba.

Para los gastadores de pasiones es este libro.

Y no hay mayores consumidores de pasión que los adolescentes.

O los que aún no mataron al adolescente que alguna vez fueron.

* * *

Cuando naciste, hija, fue como si Dios hubiera derramado una cucharada de mercurio, como el de los termómetros, en la palma de mi mano. Supe desde siempre que aquello sería escurridizo, traviesamente móvil, difícil de mantener en equilibrio e imposible de aferrar, porque al intentarlo, se escaparía más rápidamente entre mis dedos.

Al escribir esto tenés algo más de trece años, el mercurio comenzó a agitarse más que nunca, y yo intento mover la mano para acompañar su zarandeo loco y bello.

Poco a poco has dejado de ser aquella a la que se le ponían las medias aún estando en la cama, semidormida, para terminar de vestirla y llevarla al cole. Ya dejaste hace rato los dibujitos animados, cambiándolos por las películas románticas, las de ciencia ficción o las comedias simpáticas y gratas como la risa de un bebé. Hace mucho ya que el puré

pasó a ser un hecho casual y no algo irreemplazable. Tu voz abandona paso a paso aquel tono finito de puro agudo, que podía confundirse con el de un varón de tu edad, y se afirma con un sonido cada día más marcadamente femenino y personal.

Sos una adolescente.

Entraste, sin darte cuenta (como nos pasa a todos), en los mejores años de tu vida. De una manera impecable, puntual y brillante.

Lo que intento en este librito es, sencillamente, acompañarte. Nada más. Lo que intento es ayudarte a que hagas tu vida sola, ya que no hay otra manera. Ojalá te sirva. Está lleno de amor.

* * *

En cuanto a ustedes, cachorros de adultos, no teman. Aquí no hay nada de presión. Por el contrario, a lo largo de estas páginas van a encontrar muchas veces una saludable sensación de libertad, al advertir que los defienden fervorosamente a ustedes y a su derecho a elegir.

Hay cosas que aparecen de pronto y nos encandilan por lo novedosas, pero la mayoría de esas cosas son viejas tres meses más tarde. Aquí se habla de las otras cosas, las que no cambian nunca, las irreemplazables, las que valen la pena.

Lo novedoso, de haberlo, es la manera de contarlas. Con historias reales pero sin maquillaje, con humor cuando cabe, porque yo lo necesito más aún que ustedes, con pasión, con alegría, con desenfado, con asombro y con admiración.

Entre esas cosas que nunca cambian están las que ustedes aman, aun cuando no lo confiesen en esos momentos en los que juegan al adulto tonto y soberbio: cosas como el coraje, el amor, la justicia, el respeto, la amistad, la dignidad, el honor, la vida y la muerte. Cosas apasionantes.

Ojalá así lo entiendan. Allá vamos. Pasen a esta especie de parque de diversiones para mentes curiosas y abiertas. La función ya comienza. Y en medio de la escena, alumbrados por la luz de millares de ojos, temblando por la emoción del presente pero sonriendo por el sabor del futuro, estamos *nosotros, los adolescentes*.

VÍCTOR SUEIRO
Marzo 1992

Uno

El Amor es Adolescente

Recuerdo mi juventud y aquel sentimiento que nunca más volverá: el sentimiento de que yo podría durar más que todo, más que el mar, más que la tierra, más que todos los hombres.

JOSEPH CONRAD

Ella tenía catorce años, yo también. Ella salía del colegio a las cuatro de la tarde, yo también. Ella se llamaba Alicia, yo no. Es posible que ésa fuera una de las pocas cosas que nos diferenciaban, aparte del hecho de ser mujer y hombre. Porque por lo demás, los dos estábamos llenos de sueños y de miedos como cualquier adolescente.

Nos encontramos ese día, como en los últimos, en la esquina de José María Moreno y Directorio. Alicia con su guardapolvo blanco y un valijón de esos que ya no se usan, embarazado de libros y cuadernos. Era marrón. No me refiero a Alicia, claro, sino al valijón de cuero. Alicia era morena, no muy flaca, de ojos chiquitos, y tenía el pelo muy cortito, lo que le daba la apariencia de llevar un casco como los que yo había visto en las películas de guerra.

Si voy a ser sincero con vos desde el comienzo, vale la pena aclarar que Alicia estaba muy lejos de ganar el título de *Miss Universo*. Creo que ni siquiera podía decirse que era la más linda de la cuadra. Pero, para mí, era una *sensación* más que una persona.

Estaba enamorado. Alicia era lo que siempre se recuerda como la primera novia, y las primeras novias son espectaculares, al menos para el que es el primer novio. Una cuadra antes de llegar a la cita, me saqué los anteojos y los guardé en el bolsillo interior de mi saco azul, que hacía juego con el típico pantalón gris de franela que usábamos los «cancheritos» de entonces. El hecho de sacarme los anteojos se debía a que, por aquellas épocas, el fulano que los usaba parecía un «traga», y a nadie le gustaba parecer un «traga», porque generalmente tales personajes eran más aburridos que el libro de Geografía.

Además me daba vergüenza usar anteojos. No sé por qué, era absurdo. Me sentía como culpable de algo. Me sacaba los anteojos y me plantaba en la esquina acordada para esperarla, pero cuando venían grupitos de chicas, todas con guardapolvos blancos, y estaban a unos cincuenta metros, yo ignoraba por completo si entre ellas avanzaba Alicia. La solución era ponerme directamente de espaldas, como disimulando aquel furtivo encuentro, o mirar al grupo abiertamente, con una sonrisa dirigida al montón.

Si Alicia venía entre ellas, se separaría y me encararía directamente. Si era un grupo de chicas desconocidas no me iba tan mal, porque cuchicheaban entre ellas y se reían bajando los ojos (eso supongo, ya que no llegaba a verles los ojos hasta tenerlas frente a mí), imaginando que yo era una especie de audaz caradura, del tipo que tanto gusta a las mujeres de cualquier edad.

Eso lo supe recién al año siguiente, cuando una de aquellas chicas me confesó que les encantaba que un fulanito parado solo en una esquina, les sonriera a todas ellas con aire de un actor que se llamaba *James Dean* y que, de puro rebelde, estaba más allá de todo, incluyendo la vergüenza.

Comencé a tener, entre las alumnas de aquellos grupos, una inmerecida fama de *Don Juan*, cuando era, en la cruda realidad, un pequeño miope que esperaba a la única chica que había conocido hasta entonces en su vida. Esa chica que ahora avanzaba hacia mí mientras yo entrecerraba los ojos para hacer foco y comprobar que se trataba de ella. La

misma con la que nos saludábamos de inmediato dándonos la mano (leíste bien: dándonos la mano, saludándonos de la misma manera en que lo harían al encontrarse dos sudorosos trabajadores del puerto.

Pero la cosa era así. Un beso en la mejilla no sólo era algo fuera de lo común, sino que simbolizaba un adelanto fenomenal en la relación: uno ya «salía» con fulanita). La misma, decía, con la que caminamos por aquellas cuadras arboladas mientras nos preguntábamos cosas tan audaces como «¿te tomaron la prueba hoy?» o «¿mañana te vuelvo a esperar?», siendo esto último bastante absurdo teniendo en cuenta que la pregunta se la hacía a los dos minutos de habernos encontrado.

Es que, ciertamente, lo apasionante era eso: encontrarse. Pasar el día en el cole pensando que a la salida se iba a producir el milagro de encontrarse. Nada más. A veces caminábamos en silencio y me pregunto ahora qué cosas estaría pensando ella en esos momentos. Sé lo que pensaba yo: «¿Qué le puedo decir que le guste?»; «¿Y si me animo y le paso el brazo por el hombro?»; «me parece que hace mucho que venimos en silencio, pero ¿qué le digo? ¿qué se dice en estos casos? ¿por qué no me tragará la tierra?»

Claro que aquel día fue diferente, y es por eso que lo estoy contando.

Ya habíamos agotado todos nuestros ingeniosos silencios y alguna que otra frase donde yo le decía, con una timidez que me entenece ahora que lo recuerdo: «*estás linda*». O tal vez: «*te quedan bien esos zapatos*», refiriéndome a un espantoso calzado abotinado y severo, ancho y riguroso, más propio de un buzo que de una niña. Estábamos por despedirnos y parados uno frente al otro, mirándonos sin decir nada, como ya era costumbre. De repente algo ocurrió. No sé qué. Ignoro qué fuerzas extrañas aparecieron de una manera tan poderosa como para empujarme a semejante desatino, venciendo mi timidez. Me incliné un poco y le di un besito en los labios.

En aquella época era como si le hubiera pedido que se casara conmigo o algo así. Un besito en los labios. Suave, tenue, y temeroso como el aletear de una mariposa sobre una flor. Un roce apenas. En el segundo siguiente ella no supo qué hacer ni yo tampoco. Se fue caminando despacito, toda turbada. Yo no tomé el colectivo de costumbre. Volví a casa caminando las quince cuadras que me separaban de ella, con los oídos zumbando suavemente y paladeando el beso. Tenía gusto a frutilla o, al menos, así lo sentía yo. Era el primer beso de amor de mi vida. Me sentí todo un hombre.

* * *

Quise contarte esta historia por muchas razones. En primer lugar, porque nosotros nos contamos todo; luego, porque quiero que sepas lo que es obvio: yo también fui y sentí como un adolescente, y hasta es posible que no haya perdido del todo esa agradable sensación; además, porque si pretendo entrar en tu corazón es fundamental que abra el mío sin condiciones y, finalmente, porque tenía deseos de escribir esta suerte de homenaje a mi primer beso, y me hizo bien hacerlo.

Me gusta escribir sobre el amor. Me da cosas. Creo que nunca dejaré de ser un

romántico empedernido, aunque haya quienes piensen que son cosas de otras épocas. No estoy de acuerdo, por supuesto. Aun el más terrible y reventado de los personajes que habitan el mundo tiene en algún lugar de su alma un cajoncito donde guarda el romanticismo. No hace mucho recordábamos juntos aquello de *Bécquer*:

*«No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta enmudeció la lira.
Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía».*

¿Te acordás? Es preciosa, pulida, redondita como todo lo de Bécquer. Y ya que estamos: como la idea de estas páginas es, además, contarte algunas historias que no suelen aparecer en lo que se aprende en el cole, conocelo un poco más al tal Bécquer.

No vayas a creer que fueron todas rosas en su vida. Su nombre completo era *Gustavo Adolfo Domínguez Bastida Bécquer*, y sus penurias románticas fueron, por momentos, tan largas como ese nombre.

En 1846 tenía diez años y quería ser marino, por lo que lo mandaron a la escuela náutica del *Colegio de San Telmo de Sevilla*, su española ciudad natal. Pero no terminó la carrera. Ya siendo un joven de buena facha y gustándole escribir, viajó con su hermano Valeriano a Madrid. Tenía veintidós años cuando se enamoró perdidamente de una señorita muy pero muy bella, llamada Julia Espin.

Pero el bueno de Gustavo Adolfo era un tímido irremediable y nunca se atrevió a confesarle su amor. Se dice que la mayoría de las poesías, casi todas sus famosas *Rimas*, le estaban dedicadas en secreto a la hermosa Julia, **quien jamás se enteró**.

Qué curioso ¿no? Millones de hombres en el mundo se habrán ayudado con aquellas rimas para conquistar a las mujeres que amaban, y él, el autor de esos versos, no pudo usarlos para enamorar a aquella para quien los había escrito. Las cosas de la vida.

Tenía 25 años cuando se casó con otra mujer, Casta Esteban Navarro, hija de su médico particular. Tuvieron tres hijos, pero también tuvieron la mala idea de llevar a Valeriano, el hermano de Gustavo Adolfo, a vivir con ellos. Valeriano y Casta no se llevaban nada bien, y la cosa fue empeorando con el tiempo. Como a veces ocurre, fue Valeriano quien le llenó la cabeza de porquerías a su hermano, hasta que logró separarlo de su mujer.

Mucho después, al morir su hermano, Gustavo Adolfo volvió con su esposa e hijos. Pero era tarde. Murió, también él, a los dos meses. El hombre que aún hoy y para el resto de la historia representa al romanticismo, creador de una corriente literaria y poética que influyó muchísimo en gente como Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, no vivió disfrutando el romance tal como él lo contaba: puro, humano, cristalino y tierno. Vivió a medias, por ser débil.

Todo sirve, hija mía, todo sirve... Y en especial la vida de otra gente. Fijate que el pobre Bécquer cometió el terrible error de callar cuando debía haber gritado su amor, y se dejó manejar cuando es indiscutible que solamente uno es el dueño de su vida aquí, en

la tierra. Saber callar es bueno, por supuesto. Tan bueno como saber gritar cuando es necesario. Todo depende de la ocasión. Callar siempre o gritar siempre es una profunda estupidez. Preguntale a Bécquer.

* * *

Es cierto: hay cosas que son una profunda estupidez. Pero ya irás aprendiendo que el mundo, y hasta nuestra vida cotidiana, están rodeados de profundas estupideces. La mayoría son o parecen ser inofensivas, pero no hay que dejarse engañar, porque la estupidez suele causar tanto o más daño que la mala fe.

Por ejemplo hay algo que a ustedes, los que rodean tu edad, los persigue como una acusación desde hace un montón de años, y sin embargo es una profunda estupidez. Me refiero a la interpretación que da muchísima gente a la palabra que a ustedes los identifica: *adolescente*.

Vas a cansarte de leer o de escuchar por cualquier medio de comunicación que ese término indica que los que pasan por esa edad «adolecen» de cosas, les «faltan» cosas y de allí que hay que esperar que las tengan para ser maduros.

Para empezar, «*maduro*» me suena a algo que está a punto de llegar a su siguiente etapa: estar «*podrido*». No sé a quién puede interesarle, por consiguiente, entrar en la antesala de la podredumbre. Pero, peor aún, me pregunto quién inventó que «adolecer» es «sufrir la falta de algo». Llegué a pensar que es una vieja campaña en contra de ustedes, porque ese concepto es **simplemente inexistente**.

¿Querés que te cuente?

Todo empieza con un error.

Buen comienzo

Los adultos no son mala gente, pero la mayoría vive en un mundo que es cuadradito. En un ángulo del cuadradito tienen un puñado de sueños desde siempre; en otro, un montoncito de ternura; en el tercero, unas enormes ganas de amar a todo el mundo y en el último ángulo, un sentimiento de sana rebeldía para defender lo que se cree justo.

El problema está en que muchos —no todos, aclaremos— prefieren vivir en el centro del cuadradito. Allí está todo bien protegido, puesto en su lugar, con reglas a cumplir, cosas que decir y cosas que pensar. Pero también allí viven los miedos, la desesperanza, la cobardía, la desconfianza, las ambiciones desmedidas por pavadas como el dinero, la mentira, la hipocresía y, por supuesto, junto a otro enorme montón de basura está también la **profunda** estupidez.

El adulto suele vivir en un mundo dramático. Aún en las cosas más chiquitas. Si moja una vainilla en la leche y la vainilla empapada se les rompe cuando la están por llevar a la boca, no se mueren de risa, se mueren de vergüenza. Si están diez minutos queriendo

destapar un pote de mermelada y aparece otro que lo hace en un segundo, pondrán cara de «*qué bien, qué bien*», pero por dentro les correrá una bronca padre. A su vez, el que destapó el pote, buscará con una sonrisa canchera a su alrededor la mirada de admiración de los demás, y si los demás están en otra y no advirtieron el hecho, también se amargarán.

El adulto del centro del cuadradito se sentirá una porquería si alguien confunde o dice mal su apellido, si debe hablar mirando para arriba porque el otro es más alto, si empuja la puerta de una tienda sin éxito hasta que advierte que hay un cartel bien claro que dice «*tire*». No soporta equivocarse. Y sin embargo lo hace todo el tiempo y, por lo general, sin darse cuenta.

Con esto de «adolescente» pasa lo mismo. Se repite como loro que viene de «*adolecer*», que se supone significa «*que le falta algo*». Profunda estupidez, profundo error.

Una de las acepciones de la palabra «*adolecer*», es aquella que la define como «*caer enfermo o sufrir alguna enfermedad*» desprendiendo el origen de los vocablos *ad* y *doler*. Salvo el profundo estúpido que dijo que «*la juventud es una enfermedad que se cura con los años*», frase muy ingeniosa pero muy idiota, no creo que nadie —ni siquiera el profundo estúpido de la frase— opine que ser joven es algo enfermizo. La otra acepción de la palabra «*adolecer*» es la que más se acerca, sin dudas, a lo que es un adolescente. Dice que *adolecer* o *adolescere* es *crecer; tomar aumento aún sin advertirlo*, y tiene un muy claro origen en el latín —madre y raíz de nuestra lengua—, idioma en el cual la palabra *adolescere* significa *alimentar*. Esto sí tiene sentido y es, nadie puede dudarlo, de donde nace el bello vocablo «adolescente». El resto, eso que se repite como loro sobre «*la falta de algo*» y *etcétera*, es pura bosta, para decirlo sin vueltas.

Por otra parte, ¿qué le falta a un adolescente? Aprender muchas cosas, es cierto, pero ¿los adultos del cuadradito, son tan cuadraditos que creen que a ellos no les falta también lo mismo?

Uno de los más enormes filósofos de la historia, *Sócrates*, había estudiado tanto, pero tanto, tanto, que se dio cuenta de lo que resumió en una frase que pasó a la inmortalidad: «**Sólo sé que no sé nada**». Cuanto más avanzaba y más se apasionaba por los conocimientos de la gente, de su mundo, de los pueblos, de la cultura, de la vida, más advertía que el único que puede abarcar la absoluta sabiduría es Dios.

Este Sócrates era un fenómeno. Nació en el año 470 antes de Cristo, y su doctrina, su manera de pensar, defendía el hecho de que la verdad de todas las cosas está dentro de nosotros mismos. Todos tenemos la verdad, lo único que hay que hacer es buscar dentro nuestro como en un canasto de ropa vieja, hasta encontrarla. Preguntar, preguntar y preguntar. Preguntarse, preguntarse y preguntarse. No dar nada por hecho sólo porque los demás lo hacen o lo dicen.

Sócrates fue el primer gran moralista de la historia de la filosofía. Un moralista en serio. Tuvo un montón de alumnos y discípulos que lo seguían y escuchaban con fervor, entre ellos uno, *Platón*, al que seguramente habrás oído mencionar, y, si no es así, espero

que en el futuro ocurra.

No hay que asustarse por estos nombres que suenan a cosa aburrida. A veces se los enseña de manera aburrida, pero eran unos fenómenos. Fijate que a Sócrates, por ejemplo, sus compatriotas los griegos lo condenaron a muerte acusándolo de corromper a la juventud con sus ideas (¿cómo no iban a aparecer ustedes, los jóvenes, en medio del lío?), cuando en realidad Atenas era un desastre por la política y no por las ideas. Pero Sócrates no elevó su temperatura. Aceptó la condena, se recostó en presencia de verdugos y de angustiados discípulos, dijo serenamente un largo discurso sobre la inmortalidad del alma y luego —con total tranquilidad— se llevó una copa de plata a los labios y bebió la cicuta, un poderoso y mortal veneno.

Antes de olvidarme: si alguno de los adultos del cuadradito se hace el que sabe mucho y te dice que leyó algo de Sócrates, enterate de que estás frente a un rotundo adulto «chanta», ya que Sócrates jamás escribió una línea. Todos sus conocimientos y teorías llegaron a la historia del mundo a través de quienes anotaban sus ideas y doctrinas, entre ellos y de manera especial, su discípulo Platón.

El asunto es, finalmente, que no tenés que sentirte falta de nada por ser adolescente. Todo lo contrario. Estás llena de cosas, rebosante de todo, plena de vida como nadie.

Ser joven, Rocío, es una maravilla. Lo ideal es tratar de disfrutar ese momento y, con el paso del tiempo, hacer lo posible para que perdure. Uno es joven cuando *quiere*. Y uno es adolescente cuando *puede*, cuando le toca. Es un momento de la vida en que el mundo parece tener la forma de una manzana, que está esperando que la comamos con mordiscos hambrientos.

Es buena cosa escuchar lo que dicen los mayores, que no siempre son torpes, pero es también buena cosa esconderse cuando aparecen los adultos cuadraditos que se olvidaron de que alguna vez también fueron adolescentes. A esconderse. Y el que no se escondió se embroma.

No te vayas del libro, que acabo de recordar un montón así de grande de profundas estupideces.

Dos
Hay Profundas Estupideces, pero También hay Coraje

«La valentía nunca se pasa de moda.»

THACKERAY

Recién nomás te hablaba de las profundas estupideces. Ahora te muestro algunas, sólo por reírnos de los adultos cuadraditos.

- Muchas veces habrás escuchado a algunos de ellos decir que «**Fulano trabaja como un león**». Nada más lejos de la verdad, hija. Si vamos al zoológico, vas a ver que el león se la pasa bostezando y no hace ni el más mínimo esfuerzo para trabajar. Y en plena selva, ni hablar. Es el rey, sí, pero de la «fiaca». Los leones duermen como troncos petrificados, comen lo que generalmente les trae la leona y están un rato con ella cuando los ataca el amor. Pero de trabajar, nada. Sin embargo, el adulto cuadradito repite otra vez como un loro esa frase sin sentido, que viene escuchando desde siempre y que nunca se detuvo a analizar.

- Nunca falta una tía o algo parecido que, al observar con enorme cariño a un bebé durmiendo, dice convencida: «**duerme como un santo...**» ¿Los santos duermen, tía? Francamente no me puedo imaginar a San Pedro en medio de una siestita, o a San Antonio de Padua tomándose un *valium* para pasar una buena noche de sueño profundo.

- Otros, ante determinada situación dicen: «**me importa un pito**». ¿Y qué significa? ¿que le van a traer un silbato importado de Alemania?

- Están, también, los que aseguran que de tal cosa «**hay que hablar largo y tendido**». ¿Qué están diciendo? ¿Acaso que es necesario hablar mucho acostado en una cama?

- Un adulto cuadradito diría que todo esto es «**hablar al divino botón**». ¿Y qué es exactamente eso? Divino es todo lo perteneciente a Dios. ¿Alguien me puede decir cómo es un botón de Dios? Por supuesto, con el debido respeto, por más que hago esfuerzos no puedo imaginar a Dios con un saco cruzado azul marino luciendo sus divinos botones dorados.

- También suelen asegurar muy sueltos de cuerpo que «**a ése le puse la tapa**». Da toda la sugerencia de que estuvo discutiendo con una botella de gaseosa o una cacerola.

- ¿Y los que afirman que alguien que estuvo realmente mal «**hizo un papelón**»? Se supone que ese alguien hizo un mal papel en la película de la vida, pero ¿por qué un papelón? Un muy buen papel, un papel grande sería un papelón. Por lo cual el que hizo un papelón tuvo a su cargo un muy buen papel, un papel grande y no algo de lo que debe

avergonzarse. Fue un fulano que «**quedó como los dioses**». A propósito: ¿cómo quedan los dioses?, ¿y después de haberles pasado qué cosas? Por otro lado ¿cuáles dioses, así en plural, si los que suelen afirmar eso creen en uno solo? Una vez más están «**hablando al cohete**», lo que nos hace preguntarnos qué significa eso. ¿Una charla explosiva? ¿Contarle cosas a un petardo tratándolo con afecto?; ¿qué es hablar al cohete?

- Las señoras adultas cuadradas dicen, a menudo, que «**el negro es un color sufrido**». ¿Y eso? ¿Quiere decir que el negro es un color que tiene unos problemas bárbaros y se la pasa llorando? ¿Sufre el negro? Pobrecito...

- Mengano «**trabaja como un loco**» pero, con todo respeto ¿de qué trabajan los locos? Es cierto que a veces parecen serlo los que están en una oficina pública, los que piden cien por lo que vale diez o los gobernantes de algunos países, pero no están denunciados como locos.

- Aseguran otros que Perengano «**quedó como la mona**». Por favor, díganme cómo queda la mona y después de haber hecho qué cosas misteriosas.

- De ustedes, los adolescentes, dicen a menudo que deben «**sentar cabeza**». Si lo hacen al pie de la letra, si colocan su cabeza sobre el lugar de la silla donde uno pone el culito, van a ver televisión con la pantalla torcida, se van a chorrear el tuco por un costado de la boca cuando coman y deberán permanecer todo el tiempo arrodillados, que es tal vez lo que muchos deseen de ustedes, y a lo que deben negarse con todas sus fuerzas.

- Para escuchar algo con atención hay que «**parar la oreja**». Yo lo intenté. Me puse frente al espejo del baño y comencé a hacer fuerzas desesperadas. Menos mal que estaba justamente en el baño. Pero, en lo que hace a las orejas, no pude moverlas ni un poquito. Ya no hablemos de pararlas, como un perro o un burro. Si consiguiera esto me iría a trabajar a un circo.

Y muchas más, como por ejemplo:

- «**Ser un fresco**». ¿Es lo contrario de ser un calentón, que se enoja mucho y siempre?

- «**Llevarselas de arriba**». ¿Es tomar las latas de tomates que están más altas en la pila de un supermercado?

- «**Pegarse un gran jabón**». ¿Significa que uno se adhirió a la cara o a otras partes

del cuerpo menos mencionables un jabón tamaño familiar, para andar coqueteando con él por ahí?

- «**Se le cayó la cara de vergüenza**». Cuidado, no se la pisen, pobre.
- «**Hacerse el oso**» o «**hacerse el burro**». ¿Qué es? ¿Andar abrazando gente hasta destriparla o patear para atrás reventando al prójimo más cercano?
- «**Le metió el perro**». ¿Adónde? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?
- «**Se le fue la mano**». Una verdadera tristeza eso de que la mano haya decidido irse. Es para preguntarse también adónde van las manos que se le fueron a la gente, porque yo nunca vi ninguna suelta por ahí. Pero no hay que perder las esperanzas: en una de éstas vuelve.
- «**Dar el brazo a torcer**». Me imagino la escena: un señor lleva a un comercio especializado su brazo y dice: «mire, se lo voy a dar para que me lo tuerza un poquito ¿cuándo puedo pasar a retirarlo?» Me suena a que uno es como *Terminator* o el robot de la película *Cortocircuito* o como la Venus de Milo que los dio y no se los devolvieron nunca.
- «**Es un clavo**». Pocas cosas son tan útiles como un clavo. Sin ellos creo que viviríamos en un mundo que se desmoronaría. Sin embargo algo o alguien «es un clavo» cuando no sirve para nada. Y lo dejan tirado, olvidado o golpeado, que son —después de todo— los destinos posibles de cualquier clavo, tarde o temprano. Una gran injusticia: el clavo sostiene cosas, las une, soporta pesos, aguanta, apuntala, mantiene. Y sin embargo, decimos que todo lo inútil es un clavo.
- «**Tirar canas al aire**» debe ser, supongo, revolver policías. Aunque también puede ser arrancarse dolorosamente los cabellos blancos y arrojarlos al viento con gesto alegre. No le veo la gracia.
- «**La verdad de la milanesa**». Gran intriga. He hablado con muchas milanesas para saber cuál es su verdad, pero nunca me respondieron.

Y así hasta el infinito. Como hablar es gratis: meta. Todo esto es realmente inofensivo y yo mismo lo seguiré diciendo por costumbre, pero hay otras cosas que se repiten y se repiten solamente porque se escucharon por ahí. Esto sí es peligroso: enunciar conceptos o ideas, más que frases o palabras, sin estar seguro de lo que encierran.

Te tuve loca desde chiquita diciéndote que Dios nos dio dos orejas para escuchar dos

veces y una boca para hablar sólo una. Tal vez estés harta de eso, pero te juro que vale. No se trata de hablar un castellano tal, que vengan a aplaudir los miembros de la *Real Academia Española*. Se puede hablar con errores, pero es muy peligroso pensar con ellos. Se trata de no repetir cosas sólo porque lo dicen todos. Lo que importa es el individuo, la persona, el ser humano único e indivisible que es capaz de crear un poema o descubrir la penicilina. Importa, amor, la fuerza con que defiendas tus ideas y estar convencida de que son para el bien de todos. No aceptar órdenes injustas: no mezclarse en un rebaño que camina sin saber adónde ni por qué; no entregarse nunca. Para eso hace falta coraje. Voy a contarte algo del coraje.

* * *

Siracusa es una ciudad del sur de Italia que ya era importante como puerto en la época de los antiguos romanos. Allí nació *Lucía*, en el año 281 de nuestra era, hace más de 1700 años.

Hoy ser cristiano es fácil si es que cabe. Por entonces, era peligroso y muy duro. El imperio romano tenía sus propios dioses y nada querían saber con el que planteaban los cristianos a quienes perseguían, encarcelaban, torturaban y mataban. Pero *Lucía* quiso abrazar la religión cristiana porque creyó en ella. El emperador Diocleciano la hizo prisionera siendo muy jovencita, y pretendió mostrar a todo el pueblo que la fe de los cristianos se podía quebrar con facilidad. El muy cerdo le dijo a *Lucía* que la dejaría en libertad si ella aceptaba perder su castidad, su virginidad. De lo contrario, si se negaba, haría que la dejaran ciega con una espada al rojo vivo aplicada sobre sus ojos.

La joven no aceptó. Y la bestia de Diocleciano cumplió con su amenaza. *Lucía* murió, ciega, cuando aún no había cumplido los veinte años.

Era una adolescente, sí. Y hoy toda la cristiandad la recuerda como Santa *Lucía*, la llama *Protectora de la Vista*. Aquella a la que rezan los que tienen problemas en los ojos. Aquella que da el nombre a la clínica de ojos más famosa de Buenos Aires. La que tiene su iglesia en el barrio porteño de Barracas adonde cada 14 de diciembre —día de Santa *Lucía*— acuden miles de fieles a pedirle luz. Una historia real, aunque suene ajena por lo lejana. Una historia de coraje.

Más coraje, que hay mucho

Ésta es preciosa. Leela.

Cinco siglos antes de Cristo, los habitantes de Roma estaban prácticamente esclavizados por otro pueblo más fuerte y aguerrido: los etruscos. Eran ciertamente malvados, y aquella suerte de esclavitud llegaba al punto de irrumpir en las casas de los romanos para llevarse lo que eligieran, y hasta para ofender a las mujeres que allí habitaban. Los romanos, que aún antes del Imperio eran orgullosos y no aceptaban entregarse fácilmente, se defendían contra los soldados etruscos como podían. En una

rebelión de la que participó todo el pueblo, lograron expulsar a los etruscos de sus tierras. Pero éstos no estaban dispuestos a perder semejante reino tan tranquilamente.

Una mañana, los labriegos que trabajaban la tierra en las afueras de Roma vieron a lo lejos una enorme masa humana que avanzaba hacia la ciudad. De ella se desprendía, con los primeros rayos del sol, el reflejo de los aceros de sus lanzas, espadas y escudos. Los etruscos volvían a recuperar Roma y lo hacían con un ejército ferozmente poderoso. Miles de hombres de a caballo y otros miles de infantería se acercaban desde el horizonte de manera lenta pero imposible de detener.

Los labriegos corrieron a la ciudad abandonando sus herramientas de trabajo y dieron la voz de alerta. Los soldados romanos se movilizaron, pero pronto entendieron que no habría manera de defenderse ante ese enemigo que avanzaba y avanzaba hacia ellos como una gigantesca ola humana de destrucción y muerte. Sin embargo, el pobre ejército romano formado en su mayoría por los propios habitantes de la ciudad tomó sus posiciones.

Frente a Roma corría el río Tíber y, cruzándolo, se alzaba el único puente de madera por el que pronto avanzarían los etruscos para entrar al lugar y arrasarlo. Un grupo considerable de soldados romanos salió al encuentro del enemigo para intentar detenerlo antes de que llegara al puente. Pero el pueblo vio con desesperación cómo ese grupo fue masacrado por las fuerzas mucho más poderosas del enemigo, al que nada parecía detener. ¿Qué podía hacer la escasa guardia que asistía con espanto el avance arrollador de los etruscos? El pánico se contagió a todos, que dejaron sus armas y corrieron a refugiarse en las casas a la espera de lo peor que se acercaba. Todo estaba perdido. Aunque no todo.

En el medio del puente de madera, único acceso a la ciudad, había un hombre. Un hombre solo. Tuerto en otra batalla por defender a Roma, aquel hombre llamado *Horacio Cocles* le gritaba a la guardia romana que no huyera. «*Hay que defender el puente*», vociferaba sin dejar de blandir la espada. «*Si no podemos defenderlo hay que quemarlo, destruirlo para que esos perros no puedan pasar. ¿No se dan cuenta de que matarán a nuestras familias y arrasarán Roma? ¡Vuelvan! ¡Hay que defender el puente! ¡Yo lo haré con mi vida y, antes de que me maten, me llevaré conmigo a más de uno de esas bestias!*»

El coraje es tan contagioso como el pánico. La guardia romana, avergonzada por la valentía de un solo hombre, volvió sobre sus pasos y comenzó a asestar hachazos al puente de madera. Dos generales romanos recuperaron su dignidad y se pusieron, mientras tanto, al lado de Horacio, espada en mano. Tan sólo ellos tres con sus armas y escudos defendían la entrada al angosto puente. Los etruscos arremetieron, pero era tal la bravura de Horacio y sus dos compañeros que terminaron retrocediendo sorprendidos sin saber qué hacer. De pronto se escuchó desde la otra orilla el grito de los soldados romanos anunciando que con un corte más el puente se derrumbaría. Horacio ordenó a sus dos compañeros que corrieran a la orilla romana y éstos así lo hicieron. Pero él no tuvo tiempo. Apenas si pudo saltar a la otra orilla en el momento en que el puente caía con estruendo sobre el río. Quedó solo, absolutamente solo frente al enemigo del que no

tenía ya cómo escapar.

Pero reía a carcajadas mientras seguía luchando y cubriéndose con su escudo. Lo que le importaba era que los bárbaros ya no tenían forma de llegar a la ciudad, su ciudad. ¿Qué importaba morir si había logrado lo que salvaría a Roma? Los etruscos estaban perplejos: todo su ejército de miles de soldados contra un solo hombre que se defendía, que los atacaba, que los insultaba y que se reía a carcajadas. Pero reaccionaron y decenas de lanzas fueron lanzadas contra Horacio, que esquivó todas menos una que le dio en la pierna. Con un grito de victoria se lanzó a morir en las aguas del Tíber que tenía a sus espaldas. Un poderoso murmullo de dolor surgió desde la ciudad donde todos asistían a la escena. Horacio, el héroe, había muerto.

Sin embargo el Tíber pareció querer homenajear tanto coraje, y su corriente lo llevó hasta la orilla romana. Allí lo recogieron mientras el pueblo todo lo vivaba, y lo llevaron a curar su pierna. Los etruscos retrocedieron. Roma se había salvado. Otra vez el coraje fue al arma invencible.

* * *

Otro salto en el tiempo y más coraje.

Cecilia pertenecía a la familia de los Metelos, muy ilustre en la época del Imperio Romano. Amaba los cánticos sagrados y los interpretaba de maravillas. Era muy joven cuando decidió consagrar su virginidad a Dios pero, sin embargo y por cosas de aquellas épocas, fue obligada a casarse con un ateo llamado Valeriano. Lo hizo, pero le dijo a su marido en la primera noche que ella estaba consagrada a Dios y que tenía un ángel que cuidaba su ofrenda. Valeriano se rió casi con brutalidad y la desafió a que le haga conocer a ese ángel. El ángel, en efecto, apareció. Valeriano se convirtió al cristianismo y a partir de entonces luchó junto a su esposa Cecilia por defender su creencia. Ambos fueron apresados. Cecilia fue martirizada de manera horrible; la acostaron sobre una enorme parrilla bajo la cual ardían las brasas. Así murió, pero sin dejar de cantar. Entonó sus cánticos sagrados hasta el último segundo de su existencia en la tierra. Por aquel canto final, Santa Cecilia es para los cristianos la *Patrona de los Músicos*, a la que se homenaja cada 22 de noviembre. El coraje otra vez.

* * *

El coraje. Hasta suena hermosa la palabra. Pero no vayas a creer que el coraje se puede demostrar solamente dando la vida por la fe o por defender un puente ante un ejército poderoso. La vida nos pone por delante montones de momentos en los que debemos reflotar esa valentía que, a veces, ni siquiera sabíamos que estaba allí.

Vos tenés coraje, lo sé. Lo sé y estoy orgulloso de que así sea. Tuviste coraje cuando en aquella discusión que tuvimos mamá y yo, después de una semana de no hablarnos, nos enfrentaste y nos obligaste a romper el silencio que no nos llevaba a nada. Te

debimos y te debemos a vos haber terminado con esos días horribles para todos. Creo que a mamá y a mí nos dio un poco de vergüenza que nos encararas con lo mismo que tantas veces te habíamos enseñado. **«Ustedes me dijeron desde que soy chiquita que uno tiene que pelear por las cosas que quiere»**, nos dijiste. **«Peleen ahora por ustedes mismos, peleen por mí. No pueden estar sin hablarse porque así no se arregla nada. Vos me dijiste un millón de veces que todo se puede arreglar hablando. Ahora quiero verlo. Quiero verlo. Quiero verlo porque si no, no voy a creer más en lo que me dicen»**.

Dios mío, me acuerdo de cada palabra y de tu adorada carita mojada por las lágrimas. Qué mal me sentí. Qué mal debe haberse sentido mamá. No había sido una terrible discusión la nuestra, ni el motivo era realmente serio. Pero una pavada se transforma en un monstruo cuando entra a funcionar ese sentimiento tonto de amor propio al que llamamos falsamente *orgullo*. Orgullo es lo que vos debés haber sentido cuando viste que, a los tropezones y algo turbados, comenzamos a hablar mamá y yo después de esa semana de apenas saludarnos. Eso es orgullo.

Y eso es coraje. El mismo que demostraste muchas veces cuando para defender a una compañera asumiste culpas que no eran tuyas sin decir ni palabra. El que te mantenía con una sonrisa chiquitita cuando venías a verme al sanatorio después de mi infarto y (luego lo supe por vecinos, la familia, el cole) te hacía deambular como un robot el resto del día. Vos sí tenés coraje. Y ojalá pudiera encontrar las palabras para expresarte mi admiración y mi respeto, además de mi amor.

¿Qué puedo contarte que ya no sepas sin saber siquiera que lo sabés? La pregunta y la frase resultaron complicadas, pero leela otra vez y disculpame. Quiero decir que puedo relatarte historias de coraje de otras épocas, de otras gentes, de otras culturas, pero vos sentís dentro tuyo esa misma valentía ante la vida que ninguna frase, ningún libro te pueden regalar así nomás. Y eso es lo importante.

Adolescentes. ¡Ja! Ojalá los adultos cuadraditos pudieran mirarlos más para aprender mejor. A ustedes no se les puede humillar ni mentir ni refrenar. Se los debe ayudar, si me permitís, pero alimentando y ordenando toda esa fuerza, toda esa energía vital. El que pretenda prohibirles algo es un profundo estúpido que solamente logrará que tengan más ganas de hacer ese algo. Lo único que se puede hacer y creo que se debe hacer es **enseñar**, para que ustedes sepan **elegir**.

Poner límites, por supuesto, pero sin olvidar que ustedes son capaces de derrumbar el puente y quedarse solitos defendiendo la ciudad de sus ideas y sus sentimientos. Lo único que se puede hacer y creo que se debe hacer es **acompañarlos**. Codo a codo. Y **disfrutarlos**.

Eso sí: si cruzan los límites para pasar al terreno de lo peligroso, allí se terminó la amistad. Yo soy tu amigo y lo sabés, pero soy más que nada **tu papá**.

Cuando mirás el cielo en una noche muy luminosa podés llegar a ver alrededor de **seis mil quinientas estrellas**. Yo también, pero la diferencia está en que yo sé que en el firmamento hay cuatro mil millones más de estrellas que no se ven, y vos no lo sabías hasta leer esto. Los dos vemos lo mismo, pero la diferencia está en que yo sé que detrás

de eso que vemos hay muchas cosas más. No por ser un genio ni cosa que se le parezca, sino por el mayor tiempo vivido, por más libros leídos, por más lágrimas lloradas, más besos dados, más tiempo de permanecer en esta vida. El ejemplo de las estrellas vale por todo: los dos vamos a ver lo mismo de casi todo, pero ahora yo sé algunas cosas más que no se ven, de la misma manera que vos sabés algunas cosas más que las chiquitas de primero o segundo grado. Eso me permite **guiarte**, pero debo hacerlo **sin empujarte**. Me permite **conducirte**, pero debo hacerlo en lo posible sin **mandarte**. Me permite **mostrarte** lo que creo que es bueno para vos, pero debo hacerlo sin **obligarte** a nada.

Algunos lo llaman «*experiencia*», pero es una palabra que no me cae. Un boxeador que murió hace unos cuantos años, al que yo le tenía mucho aprecio y se llamaba Oscar Bonavena, respondió una vez en un reportaje que «*la experiencia es un peine que te dan cuando te quedás pelado*». Como ves, además de boxeador, era muy rápido para la filosofía de todos los días.

Tenía razón. Cuando uno adquiere experiencia sobre algo es porque ya pasó por ese algo. Sirve, sí, para no repetir errores y —como en este caso— para que no cometan esos mismos errores aquellos a los que uno ama. Pero la palabra «*experiencia*» sigue cayéndome gorda. A lo nuestro prefiero llamarlo de otra manera. Amor, por ejemplo.

Mi descomunal amor por vos hace que trate de evitarte golpes. No te voy a decir que algún día lo vas a entender simplemente porque sé que lo entendés ahora. Comprendeme, entonces, si a veces me pongo pesado con algo o por algo. Entiendo que, en ocasiones, para aguantarme también hay que tener coraje.

Menos mal que a vos te sobra.

Tres

Las Nalgas y la Injusticia

«En una causa verdaderamente justa, el débil siempre vence al fuerte.»

SÓFOCLES

Las nalgas son un ejemplo de lo injusto que es el ser humano.

No te rías, que es cierto. Uno puede ser injusto, sin advertirlo, hasta con las cosas menos pensadas. Y las nalgas son una de esas cosas.

Son una desamparada parte del cuerpo, a la que le damos la espalda en todos los sentidos. Muchas veces homenajeamos, o al menos recordamos, a un montón de otras partes del cuerpo pero a las nalgas, **nada**. Decimos, por ejemplo, que «*hay que tener mucho OJO con fulanito*», cuando queremos indicar que hay que desconfiarle en algo. Cuando las cosas andan bien repetimos que «*todo funciona al DEDILLO*», lo cual es grato al meñique tal vez. Cuando uno ayuda a otro, todo el mundo asegura que estuvimos bien en «*darle una MANO*».

¿Y las nalgas? Siguen ahí, desamparadas y ocultas, condenadas a nuestro silencio. Nadie va a decir jamás que las cosas le van como las nalgas, ni tendremos mucha nalga con Fulanito ni le daremos la nalga a un amigo que necesita ayuda.

Cuando yo era joven, era muy común que se dijera que un tipo «piola» era «*un PIERNA bárbaro*». Las cosas que funcionan como queremos son las que «*andan al PELO*», y también están los muy astutos de quienes se asegura que «*no tienen un PELO de tontos*». Esa sensación amorosa que una persona siente cuando está junto a otra del sexo opuesto, es definida muchas veces como «*una cuestión de PIEL*». Los típicos relajados que hacen cualquier cosa para agradar a sus jefes son «*unos “manya” OREJAS*». Los amarretes que no gastan aunque tengan, son «*reyes del CODO*» o «*CODOS de bronce*».

De la boca ni hablar. Cuando se habla mucho de uno se dice que nuestro nombre «*anda de BOCA en BOCA*»; el que calla algo «*no dice ni esta BOCA es mía*»; ser víctima de una trampa es «*caer en la BOCA del lobo*»; ya sabemos que «*en BOCA cerrada no entran moscas*» y tiene —la boca— hasta un barrio y un equipo de fútbol muy prestigioso que llevan su nombre.

Mientras tanto, las pobres nalgas no han sido honradas llamando con su denominación a una avenida, una calle, un pequeño pasaje (*Pasaje las Nalgas*, por ejemplo). No. Siguen olvidadas como si no nos pertenecieran.

De los valientes se dice que «*le ponen el PECHO a la vida*». De los obstinados se asegura que «*no dan el BRAZO a torcer*». De los compañeros leales se afirma que luchan junto a uno «*CODO a CODO*». Y, si dos son muy amigos, es común escuchar que son «*carne y UÑA*». Hasta la uña recibe el pequeño homenaje de nuestra cotidiana mención. Las nalgas no, pobres.

A la gente que se emociona «*se le pone la PIEL de gallina*». Cuando alguien hace algo con amor, lo hizo «*de todo CORAZÓN*» y si le dan una mala noticia le va a caer «*como una patada al HÍGADO*». De la misma forma, para hacer cosas desagradables se dice que «*hay que tener ESTÓMAGO*». Y todo arranca desde muy chiquitos ¿o acaso no somos en esa época «*nenes de TETA*»?

Hasta las partes más íntimas y recatadas reciben, en el hablar de todos los días, el

tributo de nuestro recuerdo: ya se sabe, por ejemplo, qué cosas rompe uno cuando se pone muy molesto. O con qué admiración se menciona otra parte del cuerpo cercana a las nalgas cuando queremos expresar que alguien tuvo una suerte bárbara. Pero de ellas, las nalgas, tan cerquita, no se dice nada. Aun en el inventado lenguaje juvenil se dice que alguien que está medio loco «*está de la NUCA*», pero jamás a nadie se le ocurrió decir que «*está de las nalgas*».

El que come bien «*tiene buen DIENTE*»; el que habla demasiado «*se va de LENGUA*»; el que es hábil para algo «*tiene MUÑECA*»; cumplir con exactitud lo solicitado es hacerlo «*al PIE de la letra*». Las canciones mencionan todo el tiempo bocas, ojos, pelo y hasta caderas. Pero nunca nalgas. Casi todas las partes del cuerpo tienen su homenaje, tan sólo por ser mencionadas por nosotros. Menos ellas.

Y, sin embargo, ¿qué sería de nosotros sin ellas? Si yo no tuviera nalgas, por ejemplo, ahora estaría sentado sobre mi espalda, con los inconvenientes que esto me traería para llegar al teclado de la computadora. ¿Dónde se apoyaría tan mullidamente alguien que maneja un vehículo si las nalgas no existieran? Los pasajeros de un avión tal vez viajarían acostados, pero los pilotos —sin ir más lejos— deberían conducir las aeronaves de pie, al igual que los astronautas. Si no existieran, nadie podría dar nada por sentado. Si las nobles nalgas no estuvieran, las patadas se darían en la panza o andá a saber en qué otros lugares que mejor ni pensar. No existirían las sillas, al no tener objeto. Uno tendría que hacer caca parado o los inodoros serían una especie de camastro con un agujero, por lo cual habría que construir baños más grandes que las habitaciones. El *cola-less* sería algo más absurdo de lo que ya es, con el agregado de ser horroroso. Vaya a saber uno en qué doloroso lugar se darían las inyecciones, por ejemplo. Hasta el lenguaje cambiaría, ya que nadie podría decir cosas tales como «*tome asiento que enseguida lo atienden*» o «*si creés que Fulano va a cumplir, podés esperarlo, sentado*».

Las motos serían objetos inútiles y ni hablar de querer cabalgar un ratito, ya que las únicas que podrían subir a un caballo serían esas señoritas de los circos que van paradas sobre el lomo del animal. ¿Te imaginás una carrera de caballos o una cacería del zorro como las de las películas en las cuales los jinetes, con sus vistosos uniformes, se mantienen como pueden parados sobre sus cabalgaduras?

En una palabra: todos los habitantes del mundo viviríamos de pie, como si estuvieran tocando el himno nacional todo el tiempo. ¿No es una injusticia para las pobres nalgas que nos son tan útiles?

De allí este homenaje, para señalar dos cosas importantes: que podemos ser injustos y que hay cosas que llevamos siempre encima pero a las que les damos su verdadero valor cuando las perdemos. Como las nalgas. O la libertad.

* * *

De una u otra manera, casi todos somos injustos alguna vez, aunque la mayoría sin darse cuenta. Hay, eso sí, quienes son injustos muchas veces y sabiendo que lo son. Pero hay que evitarlos en la vida y prefiero evitarlos hasta en estas páginas que, por estar

escritas pensando en ustedes, chicos, están más llenas de flores que de bosta. Lo cual es hacerles justicia.

A propósito, la definición de justicia es «**dar a cada uno lo que le corresponde**». ¿Ustedes creen tener lo que les corresponde? ¿Y sus padres, sus amigos, muchos adultos buenos o malos que conocen? No es fácil ¿no? Dar a cada uno lo que le corresponde parece más obra de Dios que de los hombres, y de hecho lo es. Pero aquí, mientras tanto, hay que intentarlo.

Seguramente ustedes habrán oído hablar más de una vez del famoso «*juicio salomónico*». Se llama así, generalmente, a una determinación de la justicia que da, en efecto, lo que le corresponde a quien le corresponde. Y tiene un origen legendario. Les cuento.

* * *

Salomón era rey de Israel, diez siglos antes del nacimiento de Cristo. Se cuenta de él que era dueño de una sabiduría fenomenal y, según la tradición judía, fue el autor de por lo menos tres importantes libros de la Biblia: *el Cantar de los Cantares*, *los Proverbios* y *el Eclesiastés*. La sabiduría es, precisamente, una de las condiciones fundamentales para lograr ser justo.

Que quede claro que cuando hablo de «sabiduría», no me refiero a conocer la altura exacta del Aconcagua, ni la fecha correcta de la batalla de San Lorenzo, ni poder identificar *los números primos*. Ésos son conocimientos, que sirven, pero que no es lo mismo.

Sabiduría es otra cosa. Contar, sí, con un gran caudal de conocimientos, pero saber usarlos y manejarse en la vida con otro elemento gigantesco por lo importante: la **prudencia**. Y Salomón era un sabio.

Un día llegaron hasta él dos mujeres con un bebé recién nacido. Ambas aseguraban que se trataba de su hijo, y ningún juez común había logrado determinar cuál de las dos decía la verdad. Por eso es que habían llegado hasta aquella última instancia, el mismísimo rey. Luego de escucharlas defender con fervor la pertenencia del bebé, Salomón les dijo que creía haber encontrado una solución. Ordenó a uno de los soldados de la guardia real que aferrara al chiquito de un tobillo y lo mantuviera en el aire, cabeza abajo, llorando y pataleando. Hecho esto les dijo a las dos mujeres que, para evitar más discusiones, ordenaría al oficial de palacio que con su enorme espada cortara a la criatura exactamente por la mitad. De esa manera les daría una porción igual del bebé a cada una conformando a ambas.

Enseguida le dijo al soldado que elevara su espada para hacerlo. Una de las mujeres no dijo nada, pero la otra se arrodilló desesperada ante el rey y le rogó que no hiciera semejante cosa, que ella prefería dejar al chiquito. Salomón le dijo entonces: «*es hijo tuyo, no hay dudas*». Y se lo entregó.

Todo había sido un truco para saber, por la reacción de cada una de esas mujeres, quién decía la verdad. Ninguna madre permitiría que lastimaran a su hijo, aun a costa de

tener que olvidarse de él. La otra mujer fue castigada y todo volvió a la normalidad. Aquello había sido una muestra de sabiduría. Y de justicia.

* * *

Lo malo, hija, es que el mundo no está precisamente lleno de Salomones. Es lamentable admitirlo, pero son más las «falsas madres» que los Salomones o las madres verdaderas. O aunque no sean más, son quienes más ruido hacen, y así parecen ser más.

Eso sí: es bueno dejar en claro que el mundo no es «un enorme basural humano que pronto llegará a albergar unos 6.000 millones de almas». Nada de eso. Ese mismo mundo que soporta a los injustos se gratifica con los honestos, los sanos mentales, la buena gente y hasta con los heroísmos. Me acuerdo de uno, ahora.

* * *

Lisandro de la Torre era un senador de la Nación en 1935. Un hombre de esos con el que se podía o no estar de acuerdo, pero al que nadie podía acusar de deshonesto. Era polémico, aguerrido, discutía fuerte en las sesiones del Senado y fuera de ellas.

En aquel año había acusado a un grupo político de haber actuado con corrupción. Uno de esos días, en pleno recinto del Congreso, alguien desequilibrado que no merece siquiera que se lo recuerde aquí con su nombre, sacó un revólver y le apuntó, para dispararle mientras el senador De la Torre estaba de pie, hablando con su habitual energía. Un compañero y discípulo de él, Enzo Bordabehere, saltó de su banca para empujar a su amigo al advertir que lo estaban apuntando. El desequilibrado disparó y Bordabehere, por salvar a quien quería y respetaba, recibió en su propio cuerpo los balazos. Poco después moriría. Cumplía, simplemente por sentirlo y por heroísmo, con aquello que dice la Biblia: «*no hay amor más grande que el que da la vida por los que ama*».

Lo malo (y lo injusto, volviendo al tema) es que no hay, que yo sepa, ni un pequeño monumento ni una pequeña calle con su nombre, ni siquiera un recuerdo permanente aunque también fuera pequeño para rendir homenaje a un acto tan grande. Y como él hay muchos. Lo que pasa es que el olvido es un gran enemigo de la justicia.

* * *

En este punto es donde entrás vos y todos los adolescentes del mundo. No vayas a creer que lo único que haré en este libro será decir cosas maravillosas de ustedes. Los defiendo, sí, con todas mis fuerzas. Pero hasta por defenderlos tiene que caerles algún palo por ahí. El de la justicia es uno de ellos. Ustedes suelen ser tan insaciables, tan de vivir al minuto, tan voraces, que muchas veces olvidan lo que pasó hace apenas un ratito. La materia «*agradecimiento*» se la llevan siempre a marzo. Y no estoy hablando

solamente de lo material, claro está. Hablo de cosas de todos los días. Se quieren comer la vida tan de golpe que no terminaron de disfrutar algo cuando ya están planeando lo que harán enseguida, por supuesto para seguir disfrutando. ¿Alguna vez oíste hablar de los Pintibú? Seguro que no. Te cuento.

* * *

En 1957, un expedicionario inglés al estilo *Indiana Jones* pero llamado en realidad *Peter Lewis*, descubrió en el norte de Australia a una tribu absolutamente desconocida. Hasta ese momento nadie tenía ni la menor idea de la existencia de aquellos movedizos personajes, que vivían en medio de la naturaleza y que ni siquiera sabían que existía esa cosa a la que llamamos «civilización». Cuando el científico los descubrió puede decirse que estaban en extinción, ya que no era una tribu muy numerosa. No sabían qué era el dinero, cada uno tomaba lo que deseaba sin que nadie llegara a enojarse por eso, compartían sus pertenencias porque ignoraban qué era la envidia o el egoísmo, comían raíces de los árboles y cuando tenían sed, hacían un pozo en la tierra cerca de algún arbusto hasta encontrar un poquito de agua.

El expedicionario Lewis, que los llamó *Pintibú* por ser un sonido que ellos repetían (y debía parecerles grato porque se reían todo el tiempo), informó a las autoridades de Londres su hallazgo. Y dijo también en su informe, que se trataba de los seres humanos más pobres del planeta pero sin dudas debían estar entre los más felices.

No usaban armas de ningún tipo ni tampoco llevaban ropa alguna. Eran simples e inocentes como un amanecer, y con su misma majestuosidad. Desnuditos como una lágrima, pero sin que les importe en lo más mínimo.

Los miembros de la expedición intentaron contarles que había cosas importantes más allá de esas tierras, pero ellos no parecían necesitar ninguna. Reían permanentemente. Y se negaron con gran amabilidad a llegar a lo que esos otros hombres llamaban «civilización».

Hubo que dejarlos allí, nomás. Con su pobreza feroz y su felicidad no menos feroz. Estaban agradecidos de vivir, sencillamente. Tal vez como un animalito sin domesticar, es cierto. Pero, mientras tanto, en la llamada civilización, un puñado de años más tarde, al supermillonario *Paul Getty* le secuestraron a su nieto. Le pidieron un dinero de rescate. Se negó terminantemente a aflojar un solo dólar. Le enviaron en una cajita la oreja de su nieto para que advirtiera que la cosa iba en serio, y él siguió negándose a pagar. El nieto fue devuelto al tiempo con una oreja menos. Paul Getty, uno de los hombres más ricos del mundo, conservó hasta su último centavo, y también conservó la úlcera estomacal que lo acompañaba desde hacía muchos años sin que ningún médico pudiera curársela.

Entre los Pintibú (los seres más pobres de la tierra) y Paul Getty (uno de los más ricos) ¿con quién te quedas? Getty era, en lo suyo, de los insaciables, los que no tienen tiempo para gozar de las pequeñas cosas, por estar empeñados en las que creen más grandes o mejores. Los Pintibú masticaban raíces y se reían de todo como jamás Getty debe haberse reído de nada. Eran agradecidos. Eran justos consigo mismos y con los

demás, sin siquiera saber lo que era la justicia. Eran felices.

* * *

No voy a cambiar el tono del libro y ponerme ahora en maestrillo barato, y retarlos por esas ansias de querer más y más de todo. Más tiempo para quedarse en una fiesta, más ropa para lucir, más atención a lo que hacen o dicen (como si se les diera poca, benditos sean). Más. Simplemente más. Ya lo dije, no pienso darles un sermón sobre el tema. Lo que sí quiero dejar en claro es que así, los que se perjudican son ustedes. Si están disfrutando de algo y aún no lo terminaron cuando ya están pensando en otra cosa que, por supuesto, también los hará disfrutar, no gozan de una ni otra. Son injustos con lo que la vida les pone delante. Y, más que injustos, son giles.

A propósito: ¿sabés de dónde viene la palabra «gil»?

* * *

Martín Gil había nacido en la provincia argentina de Córdoba en 1868. Estudió en Buenos Aires. Al principio Derecho, pero después abandonó la carrera para dedicarse a otra que descubrió como una gran pasión: la astronomía. A lo largo de su vida se demostró como alguien muy inteligente y tenaz. Un tipo con motor propio y poderoso. Ocupó varios cargos y llegó a ser ministro. Una vez en ese puesto, su primer decreto fue prohibir la matanza de pájaros en todo el territorio nacional, lo cual da la pauta de las cualidades humanas del hombre, y nos pinta además a alguien muy de avanzada para su época, ya que nosotros ni siquiera ahora nos estamos ocupando de la ecología como ésta lo merece.

Pero Martín Gil era un sabio en el sentido total de la palabra. En aquellos tiempos en la Argentina tampoco se le daba demasiada importancia a la astronomía, y mientras Gil era admirado y requerido todo el tiempo desde Europa, aquí era casi un ciudadano más, común y silvestre. Pero era un precursor, un verdadero científico con sentido humanista, un notable investigador para el que se abrían todas las puertas del Viejo Continente con la sola mención de su nombre. En su país, la Argentina, era conocido pero nunca a la altura de sus merecimientos. Más aún (y aquí viene su curiosa celebridad nacional que no nace de sus conocimientos y que aún hoy perdura); para los argentinos de la época, todo aquel que «miraba para arriba» con gesto distraído o vaticinaba algo o hablaba del tiempo, «*se hacía el Gil*». Así, con mayúsculas, como podrían haber dicho «*se hacía el Pérez*» o «*se hacía el Sueiro*» o «*se hacía el Fernández*». El asunto es que, con el paso del tiempo, su apellido aplicado a aquella frase pasó a ser utilizado con minúscula, y se incorporó como palabra nueva a nuestro vocabulario popular. «*Andar mirando las estrellas*» era «*hacerse el Gil*» y luego fue «*hacerse el gil*».

Es muy curioso que el hombre que recibió decenas de distinciones internacionales y que fue aplaudido en los más importantes centros de investigación del mundo, defina con

su apellido exactamente lo contrario de lo que él fue. Conociendo esta historia es como para ponerse orgulloso si a uno lo llaman «gil».

Martín Gil, ser humano excepcional y científico deslumbrante, murió en Buenos Aires cuando no faltaba mucho para que cumpliera sus noventa años de edad. Hoy está más cerca de aquellas estrellas a las que miraba con ternura. La mayoría de sus compatriotas ignora lo importante que fue, pero repite su apellido para calificar a algún pavote. ¿No es también esto una injusticia?

* * *

En la vida, ya lo verás, vas a encontrarte con unas cuantas injusticias. Graciosas como la de las nalgas, para reírse; absurdas como las de Gil, para corregirlas; pequeñas como la de ustedes, que las cometen de puro topadoras que son, para mejorarlas; y grandes como las que dañan a la gente, para luchar contra ellas.

En todos los casos se trata de encararlas con las manos abiertas, sin armas (como los Pintibú), con la verdad en un bolsillo y la buena fe en el otro. Con esa pasión que ahora tienen y con la prudencia de un rey como Salomón.

Lo curioso es que ustedes (generalmente grandes injustos sin maldad) tienen más claro que nadie el concepto de la justicia. Quizás por no estar contaminados como muchos adultos cuadraditos. No lo pierdan nunca, no lo pierdas nunca. Defiéndanla para defenderse.

* * *

Los antiguos romanos no la habían hecho una diosa, pero la habían personificado, según la mitología, dándole el nombre de *Justicia*. Ella, ya por entonces, se cansó de ver a su alrededor que tanta gente no cumpliera sus normas. Tanto se hartó que se fue. Decidió volar a los cielos y formar con las estrellas lo que hoy conocemos como la «constelación de la Virgen». Allí está desde entonces, según cuenta la mitología romana. Ustedes, que están más cerca que nadie de las estrellas, tal vez puedan convencerla de que baje del todo a la tierra.

Si no lo hacen, si no lo intentan, sería una verdadera pena pero, más que nada y sobre todo, sería una injusticia.

Cuatro

Todos Nacemos desnuditos

«La tragedia de la vejez no consiste en que uno sea viejo, sino en que uno ya no es joven.»

OSCAR WILDE

Todos nacemos desnuditos.

Nos dan una palmada en la cola. Largamos allí nuestro primer pero no único llanto de la vida, nos apoyan sobre el pecho de mamá que también llora pero no por una palmada sino por el milagro que acaba de ocurrir. Luego nos darán la teta, avanzando en el tiempo conoceremos el purecito y ya empezaremos desde entonces a vestirnos, con ropajes nuevos, por dentro y por fuera. Cuando ni siquiera lo advertimos, hemos pasado de una etapa en la que nos hacíamos caca encima a otra donde (algunos, por lo menos) buscamos hacérsela encima a los demás. Esto es cuando somos adultos.

Pero hay en medio de ese lapso un momento que es el mejor de nuestras vidas. El de la infancia, que nos va moldeando como si fuéramos de plastilina y el de la adolescencia donde los adultos, por primera vez desde que nacimos, parecen mirarnos con cierta desconfianza.

Yo te diría que hay muchos adultos que les tienen miedo a los adolescentes. Algunos miran a un llamado *teenager* como si, por el solo hecho de serlo, se transformara automáticamente en una suerte de delincuente que debería estar en una cárcel de máxima seguridad. Lo que pasa es que el adulto de ese estilo tiembla ante todo lo que es común en un adolescente: la naturalidad, la imaginación, las ideas nuevas, los sentimientos de rebeldía pura y sana, el coraje, el desprejuicio, el amor explosivo y (por sobre todo) el hecho de que ustedes son los más grandes dueños de la esperanza.

Tanta cosa importante junta hace que los adultos de ese estilo se sientan frente a uno de ustedes como se sentirían en un callejón oscuro a las dos de la mañana frente a *Freddy*, el de las uñas largas y las pesadillas. Allí es cuando se olvidan de que ellos también fueron adolescentes. Hoy objetan en los varones el pelo largo, los aritos, la ropa enorme, los borceguíes. En las mujeres atacan el desenfadado, las *minis* de jeans, los peinados distintos, las ropas audaces. En ambos critican con lo que tienen a mano (o boca) los *walkman*, la música de rock, las maquinitas de *video games*, el lenguaje y mil cosas más. Se olvidan de que cuando eran adolescentes, ellos se vistieron con camperas de cuero, se dejaron las patillas largas como un señor que se llamaba Elvis Presley y que se cantaba todo, y de que se peleaban con el mundo para lucir una melena como la de los *Beatles*, bailando el rock de Bill Halley en medio de la proyección de *Al compás del reloj*, mientras hacían papilla las butacas del cine, o de que usaban (ellas) la recién aparecida minifalda o los shorts más cortitos que patada de hormiga, o unos zuecos ridículos que daban la sensación de que estaban paradas en una tarima, o unos vestidos «bolsa», más desagradables que emborracharse con vinagre.

Es entonces cuando pareciera que ya no somos todos iguales. Es allí cuando hay un feroz olvido del hecho de haber venido al mundo todos de la misma forma. Es en ese preciso punto cuando dan la impresión de querer poner en claro que, en realidad, no nacimos todos desnuditos. Es, finalmente, en ese momento, cuando se abre lo que han dado en llamar «*la brecha generacional*». El abismo que parece separar a los adolescentes del resto de los mortales. Y es entonces cuando se equivocan.

A esta altura, sería buena cosa poner en claro un par de puntos: **ni todos los adultos nos comportamos de tan detestable manera, ni ustedes son las únicas joyitas del planeta.**

Hay adultos que los entienden y hasta los defienden, como aquí está ocurriendo. Y hay adolescentes que se pasan de la línea y deben ser enderezados con largas charlas tal vez acompañadas de un buen par de patadas en el culo, ya que a veces ayudan bastante a que comprendan lo que no quieren comprender con la charla. Drogarse como imbéciles, andar por ahí tirados en cualquier rincón de una calle, borrachos como pordioseros, no respetar a los demás ni a sí mismos, son cosas que superan al más bueno y comprensivo de los adultos y, también, al más bueno y comprensivo de los adolescentes que no hace nada de eso. Una cosa es la rebeldía y otra muy distinta es el asco. Yo sé que vos esto lo entendés, pero como hay otros de los tuyos que también leen estas líneas, pongámoslo en claro.

Lo de tratar de sacar de la basura a los que están en ella, se haría (y se hace) también si el fulano drogado, borracho por nada o irrespetuoso de la vida es un adulto. Acá no vale eso de «*campañas contra los más jóvenes*». En estos casos se trata de defender a lo más preciado que Dios nos dio: *la vida*. Propia y ajena. La vida, nada menos.

Lo triste es que cada vez que se habla o escribe sobre los adolescentes en los medios de comunicación, casi siempre es para señalar al grupo de los que se pasaron de la línea. A veces vi algún programa por la tele donde se mostraba a otros *teenagers* lustraditos, como recién salidos de un salón de belleza juvenil, eruditos en tal o cual tema, sonrientes y triunfadores como los de las propagandas de gaseosas. Lo que no vi nunca son los que forman la mayoría: los que se enamoran mansamente, los que quieren y respetan a sus padres, los que hacen de la amistad un culto maravilloso, los que aún no se destacan en nada de manera explosiva, pero están construyendo con la pieza de *Rasti* de cada día su castillo de sueños y de futuro. La mayoría silenciosa de los adolescentes. Los patrones de la esperanza. Son los que más me gustan, los que más amo, los que más respeto.

Tienen lo suyo, eso sí.

* * *

Cuando uno llega a la adolescencia viene de un mundo hermoso pero apretado, como es el de la infancia. Un mundo en el que, como en el tema de Joan Manuel Serrat, una de las frases más escuchadas durante años es «*que eso no se dice, que eso no se hace, que eso no se toca*».

De repente empezás a tomar conciencia de que sos una persona y notás que, si bien todos nacemos desnuditos, tu ropaje interior (el que no se ve, tu carácter, tu personalidad) es diferente al de muchos otros.

En ese momento exacto, tal vez comience la adolescencia. Y dentro tuyo comienzan los choques. Un día te despertás con una alegría de esas que no se pueden contar y al siguiente (o esa misma tarde) te invade una especie de tristeza o de melancolía que te hace sentir un bicho o poco menos. Tenés hermosos ataques de heroísmo pero también

te sacude, en algunas cosas de tu vida, un egoísmo negro y feo como un murciélago que te revolotea por el alma. A veces sentís una gran necesidad de estar a solas, sin que nadie te hable siquiera, y otras veces te invade una desesperada ola que te empuja a estar con los demás, correr a esa fiesta, reunirte con otros adolescentes, hablar.

Lo curioso del caso es que ninguno de estos sentimientos proviene de algo en especial. Parecen surgir de la nada, estar en el aire esperando atraparte. Y todo eso, esos choques dentro tuyo, no solamente desorientan y vuelven loquitos a los adultos, sino también a vos. No te asustes, es normal. Tendríamos que asustarnos si no ocurrieran. Se trata de la Vida que se está abriendo en tu interior como un capullo.

¡Ay, si supieras cómo te envidio tanto caos creativo! Esa cosa de andar buceando dentro de vos misma para encontrarte. La necesidad de demostrar a los demás (y por sobre todo a vos) que sos una persona. El estallido del millón de fuegos artificiales que son tus sueños. El pájaro de tu imaginación, que es capaz de recorrer cualquier distancia sin cansarse. Las ideas que se empujan unas a otras, apuradas por salir para que se las conozca a cara limpia, sin maquillaje.

Sin ir más lejos: vos sabés que estoy escribiendo estas líneas y sabés de qué tratan, y fue por eso que (sin que nadie lo pidiera) te sentaste frente a la máquina y largaste allí lo que sentías.

Tu idea era ayudarme a entender mejor lo que sentían ustedes. Y lo hiciste, por supuesto, pero me gustó incorporar los párrafos principales de tu texto a estas páginas para que otros se identifiquen (o no) con lo que sentís. Además, como te escribo a vos, me parece justo que los demás sepan cómo sentís ser una adolescente. Te robo, entonces, algunos de esos fragmentos que no escribiste para figurar aquí, pero que creo útiles. ¿No te enojás?

Eso sí: aclaro que he respetado, deliberadamente, cada palabra de tu escrito. No toqué, ni cambié ni intenté mejorar ninguna frase, porque tal como están, tienen una pureza que ni el más grande literato del mundo podría conseguir. Son tus trece años largados sobre el papel y eso es lo más valioso. Todavía no estás para el *Premio Nobel* de Literatura, pero no es eso lo que más importa por ahora. Lo que importa es la pureza, como siempre y en todo. Aquí viene tu debut literario, en el que ni pensaste.

Las cosas que más les gustan a los adolescentes (por Rocío Sueiro)

«Al mundo de los adolescentes les gusta aprender, divertirse, conocer, sentir, identificarse con otros adolescentes o no adolescentes, etc.»

«APRENDER: Con esto no se quiere decir que cuando los lunes a las siete y diez suene el despertador, los adolescentes den un salto de alegría y se despierten sonrientes y de buen humor dispuestos a comenzar una nueva “jornada escolar”... No, nada que ver. Esto quiere decir que tienen ansias de saber... de preguntar y que se les responda, les encanta. Y esto es por una infinidad de cosas. Si se ejemplifica con algunas se ve que es

por: demostrar que se puede, pero no en el sentido de “yo soy más inteligente, más piola, más rápido mental”, etc., sino por el hecho de tener la posibilidad de gratificarse al ver un “excelente, continúa así” en una evaluación de geografía y pensar “pude, pude acordarme de la altura del cerro Potosí o dónde quedaba la Península de Yucatán o el istmo de Tehuantepec...”»

«DIVERTIRSE: A los adolescentes les gusta divertirse de mil y una formas. Algunas raras, otras normales y otras que uno piensa: ¿y ESTO los divierte?... El terror: cuando un adolescente, o más frecuentemente, un grupo de adolescentes quieren divertirse dicen: ¿y si vamos a alquilar una peli de terror?... O bien: ¿y si vamos todo el grupo al cine a ver *Pesadilla XXIV*?, o si no: ¿por qué no nos reunimos en la casa de Fer esta noche a contar cuentos de terror?... etc. Creo que no existe una explicación lógica al respecto, pero debe haber un motivo por el cual a los adolescentes... NOS gusta tener miedo.

Los video games: ¡Qué locura que hay con el *pac-man*, el *bubble-bubble*, el *wonder boy*, el *operation wolf*, el *pac-land* y los *flippers*! ¿No? Y si uno entra a *Sacoa* o a *Enjoy* o alguno de esos lugares además de maquinitas ¿qué ve uno?: ¡¡¡¡ADOLESCENTES!!!! A nosotros nos fascina competir... ¡Es genial!»

«COMPARTIR: Alguna vez en las calles de Argentina, Cuba, EE.UU., China, Europa, América o el Mundo... ¿se ha visto un adolescente SOLO? ¡¡NUNCA!! Los adolescentes viven en grupos, patotas, barras o como se le quiera llamar a ese unido “conjunto”... Comparten TODO. La vida y el mundo de los adolescentes es compartida... Y les divierte compartir, por eso lo hacen.»

«CONOCER: Aunque éste ya es otro tema, está dentro de “DIVERTIRSE”, porque conocer es lo más divertido que existe. ¿Cómo... no me creés? Acá te va una prueba:

– La cantidad de adolescentes que compran *Conozca más* o *Muy interesante* ¿no te da ninguna pauta?

– Los libros de misterio, ¿por qué creés que ocupan el primer puesto en el *ranking* de los adolescentes?

– La situación mundial: el agujero de ozono, el cólera, el sida, la droga (y más argentinamente) las cenizas del volcán Hudson, los pobres pingüinitos empetroados, las ballenas que se mueren y los gatitos del botánico ¿acaso a los adolescentes no les recopa enterarse de eso para poder ayudar? ¿NO?... A veces da miedo que te larguen tanta información de un saque, pero de a poquito ¡es tan lindo aprender!»

«SENTIR: Dentro, sentir, está el amor, el romance, el primer novio/a, el “jueguito” de miradas, el codearse con una compañera porque “alguien” está mirando, etc.»

«IDENTIFICARSE: ¡¡¡¡Uyyyyyy!!!! Cuánto que hay que hablar sobre esto... Los ídolos, compañeros, padres, los grupos... qué manera de identificarse con todos los que

queremos o admiramos. Todos, repito, TODOS alguna vez nos identificamos con alguien... TODOS... Es por su manera de ser, de sentir, de hablar, de vestir y, por supuesto, por sus pensamientos... Aunque sea tan divertido hay que tener cuidado. Porque no es por ser aguafiestas pero de tanto imitar, se nos va nuestra propia personalidad. Es como todo, en medida no hace daño, en exceso *¡caput!...*»

* * *

Allí estás. Con las cosas que estás sintiendo y pensando. Tal como lo escribiste. A propósito: ¡cómo te gustan los signos de admiración! (para decírtelo yo los usé también ¿viste?) y ¡cómo te gusta la palabra «etcétera»!

Me recuerda una famosa y graciosa anécdota de un diputado que, en medio de su discurso, hace muchos años, nombró a los puntos cardinales diciendo: «*norte, sur, este, oeste, etc. ...*» ¿Etcétera qué? Los puntos cardinales son cuatro. No hay etc. que valga porque «*noroeste*», «*suroeste*», «*etc.*» son divisiones intermedias y no puntos cardinales. Pero no fue el único ni mucho menos en hacer pomada el lenguaje de los conceptos.

Una vez escuché a otro político decir que «*todos tendrán lo que piden y viceversa*». A todo esto, «*viceversa*», que nos llega del latín, viene a ser algo así como «*lo contrario*». De manera que tal político en cuestión dijo exactamente, aunque sin darse cuenta, de puro bruto: «**todos tendrán lo que piden y a nadie se le dará lo que pide**». Y hasta creo que lo aplaudieron, mirá vos.

Pero volviendo a tu palabrita preferida, aclaremos que «*etc.*» es la abreviatura del vocablo «*etcétera*», que (a su vez) es también la síntesis de la frase latina «*et sic de ceteris*» que significa «*y así acontece en lo demás*». Ya que vos decías que te gusta aprender cosas nuevas, en eso estamos: yo aprendo de vos, vos de mí, etcétera.

Eso sí: hay que prestar mucha atención a las personas de las que uno aprende, seleccionarlas, elegir las. No todo el mundo enseña lo mejor. Están los malintencionados que siembran basura mental con total conciencia de lo que están haciendo y están, también, los que no tienen en realidad nada que enseñar. Esto me recuerda una anécdota que siempre me pareció muy divertida. Te la cuento.

* * *

George Bernard Shaw fue un escritor y crítico que nació en Irlanda, y vivió hasta los 94 años de edad. Era terriblemente polémico y se la pasaba discutiendo sus ideas (que no vamos a analizar aquí) con medio mundo. Apasionado y con una ironía filosa, era un hombre de pocas pulgas. Escribió varios libros y algunos de ellos eran tan feroces que los críticos de la época (hablamos de principios del siglo XX) los calificaron como «*comedias desagradables*».

Con su habitual desparpajo, escribiría luego otra serie de textos más complacientes a los que él mismo llamó, riéndose de todos, «*comedias agradables*». Un *personaje*, en

todo el sentido de la palabra. Shaw daba muchas conferencias y asistía a reuniones sociales de aquellos tiempos, para burlarse después de las gentes y las costumbres de aquellos que lo agasajaban. Era también famoso por su ingenio y su rapidez para responder con ácidas ironías.

En una ocasión (y aquí viene la anécdota) se encontraba en una fiesta en la que, aparentemente, se estaba aburriendo mucho. Se apartó de los otros grupos y se sentó en un lugar con la mirada perdida, como pensando en algo que los demás seguramente imaginaban misterioso y profundo. Un joven se le acercó y, queriendo pasar por hombre de mundo, le dijo con tono astuto:

—Doy dos centavos por lo que está pensando en este momento...

Y Bernard Shaw, sin mover un músculo de su cara, respondió:

—Mi pensamiento de este momento no vale tanto. Pensaba en usted.

* * *

No es necesario, claro, ser tan cruel como él para sacarse de encima a los que pretenden saber o la posan de interesantes. Con buscar una excusa al estilo de «*oh, perdón, acabo de recordar que dejé la plancha enchufada*», o «*van a tener que disculparme, pero me retiro porque debo despedir a mi anciana madre que parte en un viaje en globo*», será suficiente. Te vas con una sonrisa y que el sabelotodo busque una nueva víctima, pobrecita.

Es obvio que para semejante huida, hay que estar completamente seguros de que el personaje disfrazado de soberbio sea realmente eso. Si nos equivocamos por atropellados, seremos injustos, tema del que ya hablamos.

Todo el mundo merece una oportunidad. Y hasta dos o tres. Vas a encontrarte en tu vida con una linda colección de sorpresas respecto de las personas. Algunas te parecerán intrascendentes y posiblemente aburridas, hasta que una frase, un gesto, un pensamiento, algo, te deslumbe de golpe y haga que las mires como a un cachorro que acaban de regalarte. Otras aparecerán de entrada ante sus ojos como seres espléndidos, casi mágicos por su seducción. Algo te las derrumbará de golpe, y hará que empieces a mirarlas con ese gesto que pone uno cuando huele caca.

También encontrarás gente que te deslumbe casi permanentemente, y otras que te parezcan muy tontas casi permanentemente. Y encontrarás astutos, ingeniosos, gordos, bigotudos, señoras de grandes pechos, hombres altísimos, doctores que no merecen serlo, señores que sí lo son, rebeldes, apocados, heroicos, petisitos, cobardes, miopes visuales, miopes mentales, sonrientes y desdentados. De todo, porque así es la vida y así es la gente. Pero, en absolutamente todos los casos no debés olvidar eso: que son gente. Personas. Que todas merecen una o dos o tres oportunidades. Que tienen sus propios problemas como nosotros los nuestros. Aman a alguien, broncan por otros, lloran, ríen, hacen pis y juntan pelusa en el ombligo. A veces no será fácil comprender a algunos, pero tenés que intentarlo. A vos te gustaría que con vos lo hagan. Claro que todo tiene un límite. Hasta dónde llegar te lo marcará el ropaje que te vayas poniendo por dentro y el

que ellos se hayan puesto.

Pero, para cerrar el capítulo tal como lo abrimos, no olvides que ese prójimo (ese próximo a vos, que de allí viene el término) ha pasado por muchas cosas para llegar a lo que es. Antes, en el principio de los principios, también había nacido desnudito.

Cinco

Cuando Pensamos en la Muerte

«Vive con los hombres como si Dios te estuviera mirando; conversa con Dios como si los hombres te estuvieran escuchando.»

SÉNECA

Siento mucha bronca, mi amor. No sé siquiera qué cosas voy a escribir en las próximas líneas, pero sé que debo hacerlo ahora, en este mismo momento, caliente con todo lo que pasa dentro de mí, porque de esa manera será sincero y abierto. Será volcar mi alma sobre el papel. Será verdad, con todo el dolor que en este caso tiene la verdad.

Hace apenas unos quince minutos, a las diez y media de esta noche en que estoy escribiendo, te llamaron para contarte que Juan (catorce años, hermano de tu compañera Consuelo) había muerto electrocutado en un accidente absurdo, como todos los accidentes.

Yo sé muy bien (y vos también, por tu fe) que Juan está ahora con Dios, puede decirse que *formando parte* de Él. Pero se me revuelven las tripas al pensar en sus padres, sus hermanos, sus amigos y toda la gente que lo veía como un proyecto de futuro. Gente que soñaba con lo que Juan sería, y que no podía sospechar que un aparato tan idiota como una máquina de cortar césped podía borrarlo de la vida como lo hizo. En el mismo instante en que escribo estas líneas hay otros que consumen dolor de manera imposible de describir. Cuando este libro sea publicado, ya el tiempo habrá amansado en algo a la bestia que se desata en todos ante algo así. En mí mismo, incluso, que ni siquiera conocía a Juan.

¿Qué explicación se puede encontrar a esta cachetada del destino? Vos sabés que mi fe es monumental y que he probado yo mismo lo que es el principio de la muerte. Pero ¿y los que quedan? Mamá, papá, las maestras, los hermanos, los amigos, ustedes.

El gran problema de la muerte, amor, es ése: los que quedan.

Juan está con la Luz, está con Dios. Siente un placer y una paz como jamás hubiera conocido en su paso por la tierra. Y lo suyo es eterno, es para siempre, no tiene límites. El dolor de quienes lo amaron es casi igual: eterno, para siempre, sin límites. Pero allí está la Fe con mayúscula para arrojarnos el salva-almas. Hay que superar esa bronca que yo siento ahora, no preguntarse demasiadas cosas, poner en funcionamiento la Esperanza.

Juan murió esta tarde y nosotros nos enteramos mientras mirábamos un programa de humor por televisión. Los autos siguen pasando por la puerta de su casa, la gente que jamás conoció a Juan seguirá comiendo su postre, el presidente encarará sus discursos, los negocios mañana abrirán como siempre, los aviones llegarán a sus destinos, Rusia seguirá siendo Rusia y habrá quien cuente un chiste, quien lllore por pavadas, quien haya nacido en ese preciso instante, quienes hayan muerto en ese mismo minuto. No existe un consuelo (Dios mío, así se llama la hermana de él, tu compañera) para los que quedan. Falta tocarlo, escucharlo, retarlo por algo, reírse como locos por algo que cuenta, besarlo o castigarlo.

Pero es imprescindible, ante la muerte, pensar en cómo está él, que se fue físicamente, y no en nosotros, que nos quedamos aturdidos.

* * *

Juan, te lo aseguro, vio una luz deslumbrante y hermosa en el momento en que dejó aquí su cuerpo. Fue recibido por Ella y por todos los que lo habían amado y habían muerto antes que él. Sintió una paz tan grande que nadie puede explicarla aquí, en la Tierra. Y entró en el mundo maravilloso de la divinidad. Las personas somos *mortales*, pero somos también *eternas*. Lo mortal es el cuerpo que nos acompaña y crece desde que nacemos. Lo eterno es el *alma*, lo que hace que seamos diferentes de una vaca o una cucaracha, lo que se encuentra con la Luz y es recibida por Dios, todo misericordia, todo amor. Todo.

Desde allí seguiremos amando y acompañando a los nuestros para siempre. Si uno tiene verdadera Fe es éste el momento de demostrarlo. Dios no abandona, *acompaña*. No castiga, *bendice*. No se apresura, *espera*. Juan no tuvo tiempo siquiera de saber lo que era el amor con minúsculas y ahora, de repente, lo está viviendo todo con mayúsculas.

* * *

Vos y todos los de tu edad han entrado en una etapa en la que se preguntan cosas misteriosas por primera vez. Tipo: ¿por qué algún día debemos morirnos? ¿Qué es realmente la muerte? ¿Qué nos pasa a partir de ese momento? ¿Por qué hay gente que sufre y otros que disfrutan la vida llenos de placeres? ¿Para qué nacimos?

Nacimos porque somos nada más y nada menos que producto del Amor. Porque mamá y papá se amaron mucho. Soñaron con nosotros, nos desearon con toda su alma, hicieron el amor y esperaron juntos (los dos por completo embarazados) que llegara el momento en que apareciéramos húmedos, feos, llorosos, reclamando formar parte del mundo.

Hay gente que sufre y gente que disfruta, sí. Pero nada es tan terminante. Los que sufren tienen lomo para aguantar la cosa y tienen, por sobre todo, la esperanza de que el sufrimiento acabe. Luchan por algo, luchan por eso. Los que disfrutan lo hacen a veces sólo en apariencia. Nadie sufre del todo ni disfruta del todo. A menudo los placeres que da el dinero están tapando cosas que no se pueden comprar con él. Las hijas de Rainiero, príncipe de Mónaco, son un ejemplo. Carolina perdió a su esposo en un accidente y no logró reponerse nunca del todo. Stephanie pretende ser cantante, por ser algo, y es un fracaso feroz. Ambas perdieron a su madre, Grace, en un accidente automovilístico. Ambas son princesas y millonarias, pero ¿cuánto cuesta un litro de agua pura en medio del desierto del Sahara, cuando morimos de sed? Lo que tiene precio no tiene realmente valor. Y lo que tiene valor no tiene precio.

Con respecto a por qué algún día debemos morirnos, la cosa no es tan difícil de encarar como parece. Nada hay sobre la Tierra que perdure para siempre. Hasta las rocas mismas, tan majestuosas y firmes, son las que, muriendo de a poco, desprenden

pedacitos de sí mismas en cada embate de las olas para formar lo que llamamos arena. El río que vemos correr con tanto ímpetu seguirá llamándose río dentro de un siglo, un año o una semana. Pero sus aguas no serán las mismas que vimos. Tampoco perdura para siempre. Hasta el sol y la Tierra van muriendo por un proceso lógico, aunque no es para asustarse demasiado: se supone que nuestro mundo llegará a su fin en unos diez mil años más o menos y, para entonces, todos nosotros seremos lo suficientemente viejos como para no preocuparnos. Aunque la preocupación del hombre por su destino es tan vieja casi como el hombre mismo. Te cuento.

* * *

En el año 999 de la era cristiana, el mundo de entonces comenzó a aterrorizarse por ciertas historias que corrían por ahí asegurando que al dar las doce de la noche del 31 de diciembre, es decir al entrar en el año 1000, llegaría el fin: el famoso *fin del mundo*. Por el solo hecho de arribar a ese año redondito y rotundo, como lo será el 2000.

Los habitantes del planeta por entonces se volvieron curiosamente buena gente. Perdonaban las deudas y ofensas, olvidaban sus egoísmos de toda una vida, no envidiaban a nadie ni a nada y por sobre todo, hacían gala de una fe religiosa de la que no habían dado hasta entonces demasiadas pruebas. Buscaban el perdón y suplicaban por ganarse la vida eterna cuando el mundo estallara en millones de pedazos, como ellos imaginaban que ocurriría. El último día del año, los templos estaban rebosantes de gente que oraba devotamente esperando ser perdonada. Al llegar las doce de esa noche, las campanadas sonaron una a una, como en una despedida, mientras miles de «nuevos creyentes» lloraban a la espera del final.

Cuando se escuchó la última de aquellas campanadas, un silencio solamente roto por los gemidos de enormes cantidades de humanos arrodillados y arrepentidos llenó al mundo. Pero nada ocurrió.

No aconteció un final de fuego y sangre, como muchos creían sabe Dios por qué. Todo siguió igual. Al principio aquella gente sintió alivio y sorpresa. Luego, al día siguiente o al otro o al otro, advirtieron que su terror había sido tonto. ¿Qué creés que hicieron? Por supuesto volvieron a reclamar las deudas, a recordar las ofensas, a retomar el egoísmo y a dejar a un costado esa fe de la que tanto alardeaban. Volvieron a ser humanos idiotas, adultos cuadraditos, personas que no merecían llamarse personas, hipócritas como los que podemos ver a menudo prometiendo cosas por la tele; «*Sepulcros blanqueados*», como los definía Jesús: pintaditos y resplandecientes por fuera y con toda la podredumbre por dentro. El ser humano es la mayor maravilla creada por Dios, pero es a veces su peor y más terrible pesadilla. No todos, pongámoslo en claro. Ya alguna vez escribí que el mismo mundo que alberga y mantiene a seres como Jack el destripador, Hitler, Stalin o las mil basuras cotidianas que aparecen en los diarios, también alberga y mantiene a otros seres como Juan Pablo II, Gandhi, la Madre Teresa o las mil bellezas cotidianas que no suelen aparecer en los diarios, porque las bellezas no son noticia.

* * *

El asunto es que hay que asumir desde tempranito que uno no es inmortal, pero comprender (insisto) que somos eternos, lo cual es mucho más importante.

Si ustedes preguntan (y es natural) qué cosa es la muerte, la respuesta puede ser dada, más que nada, por la fe. La ciencia, que tanto ha crecido en este siglo, no tiene ni la menor explicación sobre el tema. Apenas si asegura, con un rigor que suena medio bobo por sabido, que «*es el final de la vida*». Y punto. Nada de explicaciones o análisis. La ciencia es tan correctita que teme meterse en terrenos que la superan. Como dice Ernesto Sabato, «*se perdieron todas las viejas supersticiones para aferrarnos a una superstición nueva que es la ciencia*».

La filosofía o la teología juegan con la idea de lo que ocurre después de la muerte pero sólo hacen eso, jugar sin jugarse. La religión (las religiones en general) hablan de una vida eterna pero apoyadas en la fe del creyente. Queda solamente la experiencia.

Ya conté en otro libro que en los EE.UU. se han registrado, a través de una encuesta de la agencia Gallup, más de ocho millones de casos de personas que tuvieron una muerte clínica y luego fueron devueltas a la vida, coincidiendo todas en sus relatos sobre lo que sintieron: una luz espectacular, a la que algunos se atrevieron a llamar directamente *la imagen de Dios*, una paz imposible de describir con palabras humanas y un estado de plenitud por completo desconocido en la Tierra.

Los únicos que no pasaban por esa exacta descripción eran los que habían intentado suicidarse. Ellos relataban terribles experiencias y dolores morales muy parecidos a la idea que tiene uno del infierno. Porque nadie es dueño de su propia vida como para disponer de ella. Los demás coincidían plenamente, incluyendo las experiencias de este tipo que pasaron chicos entre cinco y quince años de edad.

Precisamente eso, la experiencia, el haber vivido una cercanía a la muerte, es lo único que podemos saber con cierto acercamiento sobre el *Más Allá*. Esto nos permite comparar millones de testimonios y comprobar que gente que tiene distintas culturas, lenguajes, estilos, edades, profesiones y antecedentes, coincide en sus relatos. Lo que nos abre la enorme pero nada pesada puerta de la Esperanza para imaginar a Juan (y a tantos Juanes) en un estado maravilloso y para siempre, más cerca que nunca de nosotros.

Ya está nivelándose donde le corresponde la bronca que sentía cuando empecé a escribir, a quince minutos de enterarme por vos de la muerte de Juan. Es que el hecho de SABER que él está en medio de lo maravilloso, no quita el pensar en sus padres aquí, que lo extrañarán por siempre. El hecho, digo, de haber vivido yo mismo el principio de una muerte que me arrojó a la cara esa maravilla compartida por tantos, no me transforma en un superhombre. Le perdí por completo el miedo a MI muerte, pero me duele como a cualquiera la de los demás, por su sola ausencia. Casi diría que por el egoísmo de no poder tenerlos al lado.

La muerte, chicos, no es ni siquiera un accidente. Es un hecho tan completamente habitual como la vida. Hasta suena tonto escribirlo de lógico que es. Nacemos y sabemos

que moriremos, siendo los únicos animales en el planeta que tenemos conciencia de eso. De nada sirve andar tapando la cosa, no pensar en ella, esconderla debajo de la alfombra como pelusa vieja. Nos moriremos todos, sí, pero para pasar a una vida de dimensiones diferentes. Y eternas.

Hay que mandar el miedo adonde saben. Ustedes, más que nadie, deben desparramar la idea y apuntalar a los adultos que vienen con siglos de temor y falta de fe, o fe algo «trucha». Sacarse de encima el enorme peso de ese susto nos hace vivir más plena y sinceramente lo mejor que tenemos en la Tierra, que es la **Vida**. A veces hacen falta demostraciones definitivamente claras. Les cuento.

* * *

En 1991 la doctora Elizabeth Kübler Ross (una estudiosa desde hace más de treinta años de la vida después de la vida) estuvo en Buenos Aires. Contó, entre otras cosas, el caso de un hombre que pasó por una terrible experiencia poco tiempo atrás. Viajaba en su auto con su mujer y sus cuatro hijos, cuando sufrieron un accidente espantoso. La mujer y los cuatro hijos murieron. El hombre fue el único y atormentado sobreviviente. Fue asistido psicológicamente pero estaba destruido como es razonable en un caso como el suyo. A los pocos meses de aquel accidente el hombre, seguramente presionado por una tensión nerviosa que no lo abandonaría, tuvo un paro cardíaco. Lo asistieron enseguida y fue devuelto a la vida después de un par de minutos de permanecer con su corazón detenido. Al regresar lo hizo con una alegría que los médicos que lo atendían no llegaron a comprender. Pero él contó que durante su muerte clínica había sentido (como tantos) la presencia de la Luz, la paz sobrenatural y, aquí viene lo que produjo su alegría, el encuentro con su amada mujer y sus queridos hijos que le dijeron (tal cual lo contó él) que no se preocupara, que ellos estaban muy bien, y que lo esperaban para cuando llegara el momento en el que volverían a estar todos juntos. A ese hombre le fue devuelta la vida, en todos los sentidos que esta frase pueda tener. Supo. Su fe se vio reforzada con su experiencia. Y allí está, viviendo como corresponde.

* * *

Nosotros medimos las cosas con la vara que tenemos en esta vida. Hay que admitir que es una vara cortita, minúscula, humana. La vara con la que Dios mide las cosas está por completo fuera de nuestro entendimiento. Y no es la misma. Esta cosa que ya está entre nosotros y que se dio en llamar «*New Age*» o *Nueva Era*, es una realidad total. Una especie de sentimiento universal que va creciendo y creciendo para que todos nos acerquemos más a lo espiritual, a lo tranquilo, a la paz interior que es más importante que la mundial.

No es una moda más o un nuevo estilo que algún día será olvidado. Es una forma de sentir con profundidad que el Amor es lo único que nos puede salvar. Que Dios es el

emblema de ese Amor. Que ustedes, los que están asomando la cabeza a la vida, son los abanderados de esta etapa de la vida en la Tierra. Porque saben lo que es amar a los demás aunque los demás desconfíen de ustedes, porque se enamoran de ballenas a las que quieren rescatar de su fin, porque sienten cosas ante los árboles que se talan sin control, porque se rebelan contra la estupidez, porque son sanos y puros aunque algunos los miren de costado.

* * *

Billy the Kid existió en la vida real y no sólo en las películas de vaqueros. A los diecisiete años ya llevaba varias muertes en su haber, en aquel lejano oeste americano donde regía la ley del más fuerte o el más rápido. Terminó mal, como no podía ser de otra manera.

John Dillinger cumplió su primera condena a los veinte años de edad y en 1934 fue catalogado para siempre como «*el enemigo público N° 1*». Robó bancos, mató gente, sembró el terror cuando apenas había dejado de ser un adolescente. Murió acribillado por hombres del *FBI* a la salida del cine «*Biograph*», en Chicago, adonde había asistido para ver una película de gangsters protagonizada por un notable actor de esa época, Clark Gable.

Atila fue Rey de los Hunos cuando tenía apenas 26 años, y pronto demostró su ferocidad cuando mandó matar a su propio hermano para no tener ningún tipo de competencia en el poder. Luego gustó de llamarse a sí mismo «*el azote de Dios*». Y arrasó con pueblos enteros asegurando con soberbia que «*donde pisaba su caballo no crecía más la hierba*». También murió súbita y solitariamente, como no podía ser de otra manera.

Todo esto y muchas más historias de jóvenes terribles, es real.

Pero también es real que Wolfgang Amadeus Mozart asombraba a las cortes reales de su época a los ocho años de edad y que, siendo un adolescente, ya había compuesto centenares de obras musicales que serán inmortales para el género humano.

Es también real que un joven de 22 años del que no ha quedado registrado su apellido, lamentablemente, haya presentado en 1811 a la Primera Junta de Gobierno del Río de la Plata un proyecto de una nave que circulaba por debajo del agua a considerable velocidad. Hoy lo llamamos «*submarino*» y recién 17 años más tarde nacería Julio Verne, quien imaginó semejante cosa en la ficción novelesca. Lo penoso es que la Primera Junta rechazó el proyecto por absurdo. Pero ocurrió.

Por completo es real que el pequeño y adolescente David abatió al gigantesco y peligroso Goliath, con una certera piedra lanzada para defender a su pueblo.

Y ni hablar de un ejemplo como el de Jesús, que fue asesinado cuando apenas tenía 33 años de edad y ya había demostrado sus potencias humanas y divinas hacía largo rato.

Santa Juana de Arco, Santa Lucía, Santa Cecilia y muchas más eran apenas adolescentes al defender su fe y sus creencias.

Cada uno elige. Atila o Jesús. Billy the Kid o Mozart. Cada uno elige a sus admirados y, con eso, su propia vida. No sé si yo seré muy ingenuo (cosa que no me molesta demasiado, después de todo) pero estoy convencido de que esto de la *New Age* nuclea a más puros que a perversos. Ya no hay lugar para los segundos, y los primeros avanzan con toda la potencia de la bondad y el amor, que son imparables. Es por eso que confío tanto en ustedes. Porque los siento con toda la onda positiva de empujar todos a un tiempo y para el mismo lado. Y eso no lo aprendieron nunca de los adultos cuadraditos.

* * *

Fue una profunda estupidez un tema de rock de un conjunto que ni siquiera sé si sigue existiendo, que decía en su estribillo: «*No hay futuro, no hay futuro*». Es otra profunda estupidez lo que otro grupo canta en la actualidad diciendo que el colegio es una basura e invitando a hacer el amor en las aulas. Negocio. Puro negocio para enganchar giles que se «copan» con esas letras y en cuanto se les ocurra usar para pensar esa cosa gris que tienen debajo del cráneo, advertirán que eso es una caca grande como la de un elefante y que está destinada a causar impacto rápido, a vender como sea, a hacerse los distintos.

Es idiota e infantil atacar al colegio como lema, y es peligroso y profundamente estúpido asegurar que «*no hay futuro*» cuando los que escuchan son el presente y, justamente, el futuro.

Cada uno de ustedes, queda dicho, elige su vida. Y lo harán bien, estoy seguro. En cuanto a la muerte, no se puede ni se debe elegir. Viene tarde o temprano.

No existe el fin del mundo. Ni siquiera existe el fin de cada uno de nosotros en lo que hace a lo fundamental: *el alma, espíritu, conciencia, karma* o como lo quieran llamar.

Ahora que asumí el golpe y estoy más calmo puedo asegurar en paz que Juan no se fue en realidad. Posiblemente esté más que nunca. Lo difícil es entenderlo y aceptarlo. Porque, como en todo viaje, lo difícil no es emprenderlo alegremente sino quedarse en el andén despidiendo mientras el tren se aleja.

Seis

Esa Cosa que Suena tan Solemne llamada Dignidad

«El carácter más elevado es aquel que está dispuesto a perdonar los errores morales de los demás como si él mismo fuera culpable de ellos, y que tiene tanto cuidado de cometer una falta como si nunca las perdonara.»

PLINIO EL JOVEN

Tu dignidad, Rocío, me fascina.

Cuando me enojo por algo mirándote fijamente con mi peor cara de malo, y vos me mantenés la mirada en silencio, sin parpadear siquiera, como si estuviéramos compartiendo un duelo para saber quién afloja antes, te confieso que en ese momento quisiera tener en mis piernas la potencia de Maradona para darte una patada en el lugar que imaginás, y transformarte en la primera astronauta argentina. Pero dentro mío respeto tu dignidad de todo corazón.

Cuando traés una mala nota en el boletín y me lo entregás con las mandíbulas apretadas y los ojitos medio empañados pero sin aflojar, en medio de un silencio que habla mucho, me duele esa mala nota como un pisotón en el dedo chiquito. Pero otra vez rescato la dignidad con la que encarás el mal momento.

Cuando soy injusto con vos por algo (todos lo somos alguna vez ¿para qué engañarnos?) y vos te justificás, pero muy evidentemente sin querer herirme, llegando al punto de aceptar mi error para evitar broncas mayores, yo advierto todo eso recién cuando se me pasó la furia. Y es entonces cuando nuevamente recuerdo la dignidad con la que actuaste.

Cuando vos, que sos toda mansa, toda buena por donde se te mire, toda tranquila, te convertís en una especie de fiera para defender a tu colegio o a tus compañeras o a mamá o a mí o a lo que sea que ames, siento que me revienta el pecho de orgullo por esa dignidad.

Yo te admiro, hija. Profundamente. Porque la dignidad es uno de los mayores dones que Dios desparrama entre los seres humanos. Unos la usan, y otros ni siquiera saben qué cosa es exactamente.

El diccionario dice que es *«gravedad y decoro en las personas en la manera de comportarse»*. Suena entre pomposo y bobito. En los diccionarios no se encuentran definiciones románticas ni floreadas.

Es eso, sí, pero eso significa muchas cosas. Tener carácter, sobre todo. Ser dueño de una personalidad que puede ser tierna, hasta que sea necesario que se transforme en dura como el granito. También significa tenerse respeto a uno mismo, cosa importantísima como primer paso para que te respeten los demás. No dejarse sobornar, al tener conciencia de que el alma humana y sus sentimientos y creencias no se alquilan ni se venden, ni se compran en un supermercado por más grande que éste sea. Ser una persona digna es, también, saber aceptar los errores o fracasos.

Recuerdo un hecho real que siempre me apasionó. Te cuento.

* * *

Eleonora Duse fue una de las actrices más grandes de toda la historia mundial. Su mamá y su papá eran también actores, pero no de importancia. Formaban parte de un

grupo que deambulaba de pueblo en pueblo, llevando a escenarios muy pobrecitos obras de teatro a menudo también pobrecitas. Pero de eso vivían. Por aquel deambular de un lado a otro se llamó a estos grupos «*cómicos de la legua*», es decir actores que viajaban leguas (una antigua medida de distancia equivalente cada una a cinco kilómetros) para arribar a un pequeño pueblo donde se armaba un estradito, representaban sus piezas teatrales que eran por lo general comedias elementales, y partían al día siguiente en busca de otro pueblecito donde repetían la cosa. Estaban mucho más tiempo devorando distancias que detenidos en un sitio fijo, de allí (como ya te lo dije) lo de «*cómicos de la legua*» que a menudo se usó con tono despectivo, aunque estos personajes eran casi heroicos ya que llevaban su pobre teatrillo a lugares y a personas que, sin ellos, posiblemente jamás hubieran sabido qué era una representación actoral.

Por ese andar de un lado a otro en forma permanente es que Eleonora Duse (hija de padre y madre cómicos de la legua) nació en el vagón de tercera clase de un tren de pasajeros que recorría un tramo del Véneto, en Italia. Esto ocurrió a mediados del siglo pasado y tal vez marcó a la recién nacida para siempre, ya que también su infancia transcurrió viajando de un lado a otro, durmiendo detrás de aquellos elementales escenarios en los cuales sus padres y otros hacían reír a la gente, mezclada desde siempre y para siempre con el mundo chiquito y gigantesco del espectáculo.

El caso es que, ya adulta, era reconocida como una de las más grandes actrices de toda la historia del teatro. Sólo disputaba el título de la mejor del mundo con otra maravilla de talento de la época, llamada Sarah Bernhardt. Actuó en los mejores teatros del mundo, interpretó a los mejores autores y fue aplaudida, admirada e idolatrada por miles de personas. Siempre en teatro. Hasta que un día, en 1908, aceptó un contrato para filmar una película.

El cine había nacido en 1895, hacía apenas trece años, pero empezaba a ponerse de moda entre actores y actrices que hasta entonces sólo habían demostrado lo suyo en el teatro. En aquel 1908, todos los que formaban parte del espectáculo se desesperaban ya por filmar, y amaban verse luego a sí mismos en una pantalla grande, plateada, mágica.

La Duse no se había desesperado, pero cuando le ofrecieron filmar aceptó. No era linda en absoluto, casi podría decirse que era feíta. Tenía, eso sí, una fuerza magistral como actriz y una voz, según cuentan, impresionantemente bella y poderosa, llena de tonos que manejaba a la perfección.

Claro que el cine de 1908 era mudo. Los actores y actrices debían manejar todo con sus expresiones, sus movimientos y sus gestos. Eleonora Duse filmó aquella película y llegó el día en que la terminaron y la vieron en una función privada todos los que habían trabajado en ella, incluyéndola. Al finalizar la proyección, Eleonora estaba aterrorizada. Dijo que le parecía deplorable su trabajo y exigió que se quemara el filme. Los productores, por supuesto, se negaron a hacerlo. Y Eleonora Duse les inició lo que sería el primer juicio en la historia del cine. Tanto luchó que ganó aquella contienda judicial, y la única película que filmó en su vida debió ser quemada sin haber llegado nunca al público. Ese acto significó que todas las generaciones que llegamos al mundo después, no pudiéramos haber visto a semejante actriz en acción. Nunca volvió a ponerse frente a

una cámara. Dijo que le avergonzaba verse a sí misma, que no le gustaba su manera de actuar (¡nada menos que ella!), y que su dignidad no le dejaba permitir que otras personas pudieran verla así.

Murió en 1924, ya mayor, dos años antes de que se inventara el cine sonoro. Pero su ejemplo de dignidad lo estamos recordando ahora, casi setenta años más tarde, y no morirá nunca.

* * *

¿Qué me contás? A vos y a mí nos gusta mucho el cine. ¿No se te ocurre ahora que hay centenares de actores y actrices de todo el mundo que deberían haber hecho quemar sus películas?

La dignidad necesita del coraje para alimentarse. Aquel sargento Cabral que en la *Batalla de San Lorenzo*, en medio del feroz cruzarse de espadas, se arroja de su cabalgadura para rescatar a su jefe San Martín, inmovilizado por una pierna atrapada con el peso de su propio caballo muerto, tal vez no habló jamás de la dignidad. Pero la ejerció.

No importa tanto discursar sobre ella, importa demostrarla. El sargento Juan Bautista Cabral sacó a San Martín de su peligrosa situación, y al hacerlo, fue muerto por los realistas. En brazos del *Gran Capitán*, mientras moría, pronunció aquella célebre frase que habrás escuchado tantas veces: «*Muero contento. Hemos batido al enemigo*». Eso es ser digno.

Y, sin que importe su color político sino la pasión que pusieron en defender lo que creían justo, hubo muchos otros que dieron la vida también con dignidad.

Te cuento.

* * *

En 1874, el general argentino Arredondo prepara un levantamiento militar para derrocar a Domingo Faustino Sarmiento, por entonces presidente de la Nación. Inicia aquel complot reclutando gente entre los oficiales de mayor rango y mando. Cuando habla con el general de apellido Ivanovsky, éste se niega terminantemente a sumarse a aquella aventura que rompía lo establecido en una *Constitución Nacional* que apenas tenía 21 años de existencia. Los amotinados comprenden que no pueden dejarlo vivo. Esa misma noche, un grupo de unos diez complotados se filtra por las sombras hasta llegar a la tienda de campaña del general que había preferido ser leal a las leyes y al presidente en ejercicio. Entran de golpe en el lugar donde el hombre dormía y lo atacan con increíble crueldad. El general Ivanovsky se defiende como puede, pero una decena de sables penetran en su cuerpo. Muriendo ya, sin ver ni oír, tirado en el piso ensangrentado junto a su camastro, logra reunir sus últimas fuerzas físicas para pronunciar, como una bofetada para sus asesinos, tres palabras repetidas que hablaban de

su dignidad: «*No me rindo... No me rindo...*»

En la *Batalla de Caseros*, clave en una de las tantas luchas internas de la historia argentina, el coronel Martiniano Chilavert estuvo del lado de los perdedores. Fue apresado y condenado a muerte. Eran las reglas del juego por entonces y había que aceptarlas. Pero hubo algo más: por razones que nunca quedaron del todo claras y en las que, según parece, había algunos motivos personales, la orden fue fusilar al coronel Chilavert pero por la espalda, ajusticiamiento que estaba reservado a los traidores. Chilavert, que no lo era ciertamente, avanzó hacia el paredón. Allí el militar encargado del pelotón intentó ponerlo de espaldas a éste, pero el coronel lo empujó y se puso de frente, mirando a la cara a los que dispararían sobre él. Se golpeaba el pecho indicándoles que allí apuntaran. Varios se abalanzaron para cumplir con la orden de ponerlo de espaldas a las balas, pero el hombre se resistía desesperadamente. No se negaba a esa muerte ya decretada, sino a la indignidad que no merecía. Quería morir de frente.

En medio de esa lucha desgarradora y desigual sonó un disparo que hirió mortalmente a Chilavert en la cabeza. Los soldados del pelotón, ya rodeándolo, terminaron de abatirlo, atravesándolo con sus bayonetas y con disparos a quemarropa, sin poder fusilarlo de espaldas como había sido la orden. El coronel Martiniano Chilavert, ensangrentado, ya sin fuerzas, muriendo, mientras apenas con un leve movimiento se señalaba el pecho una vez más, llenó la mañana de dignidad en medio de aquella indecente carnicería, con las que serían sus últimas palabras: «*Tiren aquí, tiren aquí...*»

* * *

Por supuesto que la dignidad no se demuestra solamente ante la muerte, como en estos casos reales de nuestra historia, sino que también se la exhibe durante toda la vida y aún en los más pequeños actos. Ese sentido del honor hace que uno pueda mirar de frente a cualquiera y, lo que es más importante, que pueda mirar su propia imagen en el espejo con orgullo en lugar de hacerlo con vergüenza.

Por supuesto que ser digno no es sinónimo de ser cabezadura, tozudo y obcecado. Nada de eso. A menudo la dignidad se demuestra reconociendo el error cometido y haciéndolo públicamente. No es fácil, ya lo sé, pero no estamos hablando aquí de cosas fáciles sino de la **dignidad**.

Acabo de recordar otra historia preciosa que habla de ella. Te cuento.

* * *

Cuauhtémoc fue el último emperador azteca. Los aztecas eran un pueblo, una civilización, que había llegado a unos asombrosos adelantos ya en la época anterior al descubrimiento de América. Gente culta, con alto sentido de la moral, con un exquisito gusto por las artes, que desarrollaban de una manera que aún hoy cautiva y sorprende.

Habitaban una amplia zona en lo que hoy conocemos como México. Sus fabulosas pirámides con esculturas bellísimas son las que a veces vemos en esas películas de arqueólogos al estilo *Indiana Jones*.

Habían incursionado, incluso, en el por entonces misterioso terreno de las curaciones medicinales, y hasta se dice que llegaron a realizar operaciones quirúrgicas tal como lo habían hecho otros grandes de la historia del mundo: los egipcios. Su civilización parecía crecer sin freno. Pero el freno llegó de la mano de algunos colonizadores codiciosos.

En aquellos hombres que llegaban a las tierras recién descubiertas, había de todo, como pasa siempre. Gente noble y con buenas intenciones, pero también resaca humana, que lo único que buscaba era sacarles a los indígenas todas sus riquezas.

Uno de aquellos cabrones dirigía el grupo que apresó a Cuauhtémoc. Querían saber en qué lugar estaba oculto el tesoro del Imperio Azteca. Pero Cuauhtémoc jamás lo diría, porque aquellas obras ricas en oro, plata y brillantes, eran para ellos objeto de culto, lo cual las transformaba en algo mucho más valioso que ese oro, esa plata, esos brillantes. Es, para entenderlo mejor, como si hoy fuéramos invadidos por un grupo que pretendiera le señalemos los lugares donde se guardan nuestras imágenes religiosas o nuestros objetos sagrados.

Cuauhtémoc se negó a hablar. Sus captores, entonces, que se supone representaban a un mundo más civilizado, lo llevaron a él y a su lugarteniente (su hombre de confianza) a un lugar donde habían encendido muchos leños que ya estaban al rojo. Alisaron sobre la tierra aquellas brasas, construyendo algo así como un colchón de fuego.

Volvieron a preguntar por los tesoros y Cuauhtémoc volvió a negarse a hablar. Entonces lo untaron a él y a su ayudante con aceite, y atándolos, los acostaron sobre las brasas ardientes. Una tortura espantosa, cruel y demencial.

Es inútil intentar reflejar aquí con palabras los terribles dolores por los que pasaban el emperador azteca y su hombre más cercano y querido. Al cabo de un rato del comienzo de aquel feroz martirio, se acercó el que estaba a cargo del grupo de conquistadores e insistió preguntando. Pero Cuauhtémoc se negó una vez más. Su lugarteniente, a su lado, le pidió entonces a gritos que les confesara el sitio donde estaban los tesoros para que el tormento cesara. Se lo pidió llorando, diciéndole que ya no soportaba más tanto dolor. Fue entonces cuando Cuauhtémoc pronunció una frase que quedó para siempre grabada en la historia: «*Mi lecho no es de rosas*».

Poco después ambos murieron, sin revelar el secreto. El emperador azteca no solamente le había dado un ejemplo de honor y dignidad a su lugarteniente, sino, sin saberlo, a vos, a mí, a los millones que naceríamos luego y que a veces nos quejamos de cosas que nos pasan, sin advertir que hay otros muy cercanos que sufren igual o peor.

Bella cosa el honor. Muy bella.

* * *

Ustedes, hija, son también los dueños de la dignidad. La embarran cuando practican un deporte que suele ser el primero que aprenden de los adultos cuadraditos: la mentira.

Para justificarse de algo, para conseguir algo, para ocultar algo, suelen apelar a ese maldito deporte que no tiene ganadores sino solamente perdedores. Tanto te repetí ese asunto de que *«la mentira tiene patas cortas»*, que recuerdo y guardo un dibujito que hiciste cuando tenías algo más de cuatro años, y en el cual había una especie de bicho redondo, enorme, con unas piernecitas diminutas que apenas se veían. Una flecha lo señalaba y aclaraba: *«la mentira»*. Sé que debés estar harta de mi insistencia en este tema, pero ya verás que todo lo que nace de una mentira muere podrido, y pronto.

Por eso te decía, es una pena que salpiquen de caca a la dignidad con tan repugnante deporte. Creo que ninguno de ustedes, conscientemente, rompería un viejo y querido juguete de la infancia, ni mataría a un perrito que tienen desde cachorro. Con más razón, no deben, pienso, cometer el horrendo crimen de asesinar a la dignidad mintiendo. Es el juguete más amado, el cachorro más consentido.

No es tu caso, gracias a Dios, pero hay algunos de ustedes que dejan que se les mate la dignidad con otras armas. Los que quieren probar qué es eso de la droga, por ejemplo. O que empiezan con alguna de ellas para sentirse más importantes. O para no pasar por cobardes ante el fulanito que ya la probó y se hace el canchero. Como dicen los camiones de recolección de residuos: *«la droga es basura»*. Y no se trata aquí de ponerme en adulto castrador ni cosa parecida. Se trata de defenderlos. Si yo sé que algo anula y finalmente mata, es mi obligación decirlo aquí. Ustedes sufren por los pingüinos o las ballenas que se extinguen y yo sufro luchando para que no se extinga la raza de adolescentes sanos, puros, con toda esa riqueza que nadie puede crear en un laboratorio.

La droga es mierda. Para fumar, para aspirar, para inyectarse, para lo que sea. Fuman mierda, aspiran mierda y se inyectan mierda, hasta que el maravilloso cerebro que tienen sea nada más que eso: mierda.

No estoy hablando por hablar, les doy mi palabra. He conocido mucha gente que era notable, y que terminó babeándose sin saber siquiera cómo se llamaba, debido a que algún día tuvo la infeliz ocurrencia de buscar en la droga la solución o el placer que no supieron encontrar en otras cosas de la vida. Además, los más inteligentes ya lo saben, es un fabuloso negocio para los que la comercian y tienen como blancos preferenciales a ustedes, que son los dispuestos a probar de todo.

¿Probarían una cucharada de mierda? ¿Se tomarían una botellita de orín de gato? ¿Se comerían un rebosante plato de vómito? ¿Beberían un vaso lleno de moco líquido y gelatinoso? Repugnante, ¿no? Bueno, la droga, no lo duden, es mucho peor que cualquiera de esas cosas. Porque, tarde o temprano, transforma al que las consume en mierda, orín de gato, vómito y moco. Si alguien que lee esto ya está metido en ella, ya sabe que debe hablarlo con sus adultos, o seguir hasta que se lo recoja de la calle hecho un harapo humano. Hay formas de salir. No es fácil, pero hay formas.

Los que tienen la fortuna de no haber entrado por esa puerta del infierno, no se dejen convencer. No se suiciden en cuotas. No ayuden, por favor, a la extinción de mi animal preferido sobre la tierra: el adolescente.

Parezco un mono por la manera en que me voy por las ramas cuando escribo, pero es que, después de todo, si estábamos hablando de la dignidad y el honor, es razonable

mostrar la otra cara. Y hay pocas cosas tan indignas y deshonrosas como alguien destruido por la droga.

Hay, también, otras maneras de conseguir el diploma de indigno, además de la mentira y la drogadicción. Ser alcahuete, ser cobarde, dejarse comprar, sentir envidia y bronca cuando alguien tiene lo que nosotros no podemos, no quererse uno mismo y un montón de cosas más que ustedes conocen sin necesidad de que yo se las enumere.

Como siempre a lo largo de estas páginas, no voy a ponerme en el papel de adulto cuadradito para retarlos por algo. Ni siquiera les voy a dar consejos como el *Viejo Vizcacha*, porque ya se sabe qué hacen ustedes con los consejos. Les digo, nada más. Les digo que ser digno es más difícil que ser indigno, pero al conseguirlo, uno tiene todo el poder. El **Poder** de verdad, con mayúscula. No hay quien lo asuste a uno. Y eso vale un montón, petardos, un montón. También como siempre, son ustedes los que eligen. Si eligen mal, se joden, qué vas a hacerle.

Uno quiere para ustedes lo mejor. A veces nos ponemos pesados con ciertas cosas pero es por eso, porque deseamos con toda el alma la mejor vida para ustedes. Y eso es, aunque suene cursi, porque los amamos como a nada ni nadie. Me acuerdo de la oración del general norteamericano Douglas Mac Arthur, aquel que en la Segunda Guerra fue vencido en las islas del Pacífico por los japoneses y se retiró pero con una famosa promesa que cumpliría al pie de la letra: «*Volveremos*». Mac Arthur, que era hombre de lecturas, le habló a Dios en esa oración del hijo que deseaba. Y es precioso lo que escribió. Te cuento.

* * *

«Dame, oh Señor, un hijo que sea lo bastante fuerte como para saber que es débil, y lo bastante valeroso para enfrentarse consigo mismo cuando sienta miedo. Un hijo que sea orgulloso e inflexible en la derrota honrada, y humilde y magnánimo en la victoria.

Dame un hijo que nunca doble la espada cuando deba erguir el pecho. Un hijo que sepa conocerte a Ti y conocerse a sí mismo, que es la piedra fundamental de todo conocimiento.

Condúcelo, te lo ruego, no por el camino cómodo y fácil sino por el camino áspero, agujoneado por las dificultades y los desafíos. Allí déjale aprender a sostenerse firme en la tempestad, y a sentir compasión por los que fallan.

Dame un hijo cuyo corazón sea claro, cuyos ideales sean altos. Un hijo que se domine a sí mismo antes que pretender dominar a los demás; un hijo que aprenda a reír pero que también sepa llorar; un hijo que avance hacia el futuro pero que nunca se olvide del pasado.

Y, después que le hayas dado todo esto, agrégale, te suplico, suficiente sentido del buen humor, de modo que pueda ser siempre serio, pero que no se tome a sí mismo demasiado en serio.

Dale humildad para que pueda recordar siempre la sencillez de la verdadera

sabiduría, la mansedumbre de la verdadera fuerza.

Entonces yo, su padre, me atreveré a murmurar: No he vivido en vano.»

* * *

Repasando cada uno de estos hermosos ruegos de Mac Arthur, advierto que, curiosamente, conozco a un hombre al que Dios lo honró dándole la gracia de un ser humano que cumple con todas esas cosas. Es padre de una hija loca como todo adolescente, pero que refleja cada uno de esos pedidos de la oración. No voy a decirle nada de esto ni a él ni a su hija, para que no se agranden. Además, sé que él está muy ocupado. En este mismo instante está redactando la frase final de un capítulo del libro que está escribiendo. Y se emocionó un poco, el muy sentimental.

Siete Mamá Rosita

«Lo que se deben, uno al otro, dos personas casadas va más allá de todo cálculo. Es una deuda infinita que sólo puede cancelarse a través de toda la eternidad.»

GOETHE

A veces Mamá y vos salen y yo me quedo solo en casa. Casi siempre, en esos momentos, hay un instante en que dejo lo que esté haciendo y, mareado de silencio, miro todo lo que me rodea.

Es entonces cuando me pregunto qué será de esta casa, de estas queridas paredes, dentro de, por ejemplo, cincuenta años. ¿Estarás vos aquí con tus jóvenes 63 años, tal vez acompañada por un esposo, hijos, nietos? ¿Vivirá aquí otra familia que quizás haya cambiado cada ambiente, y transite la casa sintiéndola tan propia como yo ahora? ¿La derrumbarán para construir otra cosa, alternativa ésta que me hace sentir mal? ¿Qué será de mis libros, mis casetes, mis recuerdos, el crucifijo de mi escritorio, la foto de mi madre, el trencito con el que jugabas cuando eras chica y que yo tanto quise siempre no sé por qué?

Admito que me sobrecoge una especie de angustia al no encontrar respuesta. Vos y cualquiera de ustedes pueden hacer la prueba, y preguntarse qué será de las cosas que más aman ahora, cuando pasen, digamos, cien años. Quien las toque o las mire, ¿lo hará con tanto amor como nosotros hoy?

Esto es para que tengas una idea tan sólo aproximada de lo que puedo sentir cada vez (tantas veces) que me pregunto cómo será tu futuro. Sos, por supuesto, mucho más importante que esta casa o cualquier otra cosa de este mundo. A diferencia de los objetos, vos tendrás mucho que ver con ese futuro, podrás decidir sobre él y hasta manejarlo. Cuando sigo dándome máquina con el tema, me pregunto finalmente qué quisiera yo para vos, qué cosa deseo fervientemente que tengas por sobre todas. Y siempre la respuesta es la misma: **amor**.

Con todo lo cursi que esto pueda sonarle a algunos y con todo lo emocionante que pueda ser para otros, para los que me entiendan. Amor. Deseo que tengas amor. Que ames y que te amen porque, de ser así, todo lo demás es soportable y se puede luchar para mejorarlo. Lo sé.

Recuerdo que cuando mamá y yo cumplimos el primer año de estar juntos, nos reímos como locos en el pequeño living del departamento. Estábamos los dos solos y nos reíamos con ganas, porque todo lo que teníamos en efectivo era una moneda. Pero te juro, Rocío, creo que nunca me sentí más rico que en ese momento.

Nos abrazamos riéndonos, nos besamos y disfrutamos de cada segundo, porque nos habíamos dado cuenta de que nos teníamos el uno al otro, y no había en la tierra un tesoro mayor.

No era necesario descorchar champaña ni regalarnos objetos caros. Todo lo que podíamos desear en la vida estaba allí, salvo algo que llegaría con el tiempo para dar la pincelada maestra a ese cuadro de la felicidad: **vos**.

¡Qué grabada en mi mente tengo aquella escena, Dios mío! Con los años muchas otras escenas fueron empujándose en el armario de los recuerdos emocionantes, pero aquella, por alguna razón, me quedó prendida en la memoria con una nitidez que no sé cómo agradecer. Porque eso era el amor. Un retazo pequeño pero muy valioso del amor.

Cuando años después naciste no nadábamos en la abundancia pero al menos teníamos algo más que una moneda. Y aquel amor seguía siendo el mismo. Me pidieron de la revista *Gente* que escribiera algo sobre tu nacimiento, que había sido tan profundamente deseado y esperado por nosotros. Y puse mi corazón en el papel, en una carta en la que le hablaba a mamá. Te cuento algunos párrafos.

* * *

«Recogé los pañales. Dejé el talco en la mesa. No te preocupés, duerme. Duerme y está tranquila. Vení. Vení a mi lado, dejame que te toque, que te bese las manos. Recordemos un poco todo lo que ha pasado.

Mirá que la esperamos ¿eh? Ya casi cinco años desde que nos casamos y siempre estuvo allí, presente. Le íbamos a poner Julieta si era nena y Mariano si era varón. Y, como no llegaban, hablábamos de ellos como si ya existieran. Los inventamos. Y allí estaban, corriendo por la casa, descubriendo rincones, abriendo una esperanza para mirar lo que tenía adentro. Julieta y Mariano. Tanto los nombramos a diario que tomaron vida propia. Por eso no podíamos llamar ni Julieta ni Mariano a quien un día inolvidable se anunció en tu pancita.

No lo podía creer, te juro. Te acordás, claro. La noche en que me lo contaste comencé a caminar por la casa de un lado al otro, como un idiota, sin tener un destino, como buscando algo. Fuerzas quizás buscaba, qué sé yo.

Creo que al primer mes nomás vos empezaste a ponerte esos vestidos holgados de futura mamá, cosa que te pregunten, claro. Y enseguida vino lo de la ropita. Rosa no por si es varón, celeste sirve lo mismo, deme aquel osito, disculpe ¿me dice cuánto salen esas sabanitas?

Es curioso cómo todo empieza a nombrarse en diminutivo: osito, sabanita, cunita, frazadita, mamita, papito. La luna llena de tu pancita, otro diminutivo pero superlativo, crecía desde adentro. Vos en la cama acariciando mi cabeza apoyada en tu vientre. Yo, desde allí cerquita, diciéndole cosas a quien iba a venir.

Te amo, mi vida, lo sabés. Te amo con ese amor maduro y profundo que ya venció hace mucho a todo lo que se le opone a un amor antes de que éste llegue a ser maduro y profundo. Y me hace sentir orgulloso decirlo. Pero más que nunca te amo cuando me detengo a pensar en que para nosotros es cosa natural hablar de Dios, de la paz, del llanto mutuo, de la fe. Vos acariciando mi cabeza y yo diciéndole a tu pancita que, cuando llegue al mundo quien allí habita, debería pelear por ese mundo con las manos abiertas y extendidas, sin cerrar nunca el puño ni aferrar nunca un arma. Hablándole de Dios, de vos, de todo. Y después nos dormíamos.

¿Qué hacés?... Sí, ya veo que estás lagrimeando, pero no te seques con el pañal que tenés en la mano, qué va a decir la nena... Eso. Así me gusta más, sonriendo. Como cuando yo entraba a la sala de partos enfundado en blanco y vos, a siete metros de mí todavía, girabas la cabeza en la camilla y me gritabas en medio de una risa llena de lágrimas: «¡Es una nena, papito, como vos querías!» Fue el abrazo más lindo.

Los besos más lindos. Y Rocío arrugada y enojada sobre tu luna llena ya desinflada, amor, con ella afuera. Y nacimos los tres, creo.

Ahora ya pasaron unos cuantos días. Nuestra hija duerme en su cuna. Nuestra hija. Qué lindo suena, cielo, qué lindo suena. Y todo lo que significa. Anoche me dormí pensando que en el año 2000 ella va a tener veintidós años. Y me dio frío. Ese tipo de frío que no se va con una manta más. Mirá qué linda edad para recibir el siglo nuevo: 22 años.

Tenemos que luchar amor, más que nunca. Luchar con la palma abierta, hablando, discutiendo, discurrendo. Borrarr con una caricia la violencia del mundo. Tener Fe, Dios mío, tener Fe. Pronto ella nos va a clavar su mirada y estará atenta a cada gesto nuestro, cada palabra, cada acción, cada concepto. No la podemos defraudar. Nuestro amor es inmenso, mi cielo, pero no basta. Hay que multiplicarlo, sembrarlo y enseñarlo. Todo esto me da miedo pero también agallas. A vos también, ya sé, si te conozco.

Alguno por ahí podrá decir que somos tres ilusos, tres ingenuos que arremetemos contra los molinos. No hay que hacer caso. Somos más. Y aun cuando fuéramos solamente los tres, vale. Alguno tiene que empezar.

Dame un beso. Dejame agradecerte ser todo lo que sos. Recogé de una vez esos pañales. Y no cambiés jamás, amiga mía, mi mejor amiga. Vení, vamos que estamos estrenando una familia nueva, nada menos. La nena llora. Te alcanzo el talco. ¿A qué hora le toca comer? ¿Llamaste a las abuelas? Voy a ver si llegó el diario. Te quiero mucho. Descansá, te hace falta...

* * *

Esta carta salió publicada en *Gente* del 10 de agosto de 1978, cuando vos tenías un mes y dos días de vivir en este mundo. Desde entonces algunas cosas dan la sensación de haber cambiado, pero no es así. Casi todo está igual y, lo más importante, aquel amor que nos unía a mamá y a mí nos sigue uniendo ahora. No tengas dudas.

Algunas veces no estamos de acuerdo en algo y discutimos, pero eso fue siempre. La diferencia está en que ahora a vos te aterrorizan esas discusiones, aunque jamás fueron violentas como bien sabés. Pero te asustan porque ya tenés trece años y no querés ni siquiera pensar en la posibilidad de que esta familia se destruya. Cualquier cosita, por pequeña que sea, te intranquiliza.

Entiendo que seguramente tiene mucho que ver en tus miedos el hecho de que unas cuantas parejas que conocías desde chiquita se hayan separado. Pero eso no quiere decir nada, mi amor. No es contagioso. Además, uno de los peligros mayores de una pareja no está en discutir, sino en callar.

Rabindranath Tagore, un poeta hindú que ganó el *Premio Nobel* en 1913, decía que dos que se aman deben ser como las cuerdas de una guitarra que tocan la misma melodía pero no se superponen. Esto significa que juntos son capaces de crear la belleza, pero que se debe conservar la individualidad. El amor no anula sino que engrandece. Uno es

mejor como persona cuando está enamorado. Y una persona no tiene por qué pensar exactamente igual que otra, aunque se amen. Es bueno hablar, discutir. Es malo elegir el silencio y masticar la bronca: malo y peligroso.

Nadie puede firmar un documento de amor eterno, hijita. Aquellos que debieron separarse no buscaron hacerlo y ni siquiera lo imaginaron cuando todo era brillante y hablaban del futuro. Es como la llegada de una enfermedad: nadie la deseó pero allí está y hay que afrontarla. Por eso es que no se puede firmar un documento de amor eterno. Pero, sin embargo, quiero que te quede bien claro que yo amo a tu mamá más que el primer día en que nos conocimos. Más que en aquella noche de la única moneda como toda fortuna, más que cuando nos casamos, más que en ese sábado 8 de julio a las seis de la tarde en punto, en que llegaste al mundo. La amo de verdad, con esa sensación maravillosa de placer y miedo que se da en alguien cuando ama. Con ese sueño de imaginarnos viejitos y aún discutiendo por pavadas, solamente para demostrar que seguimos defendiendo a la persona que somos para defender así a la pareja que formamos, a la familia que construimos. Y sé muy bien (porque eso se sabe, se siente) que mamá me quiere de la misma manera. Mientras eso ocurra no hay nada que temer. El día que te des cuenta de esto vas a reírte como loca, cuando comencemos a discutir por una de esas idioteces por las que discutimos.

Yo soy un cascarrabias y me pone de pésimo humor estar escribiendo algo porque pienso en ello cada hora del día. Pero también mi humor es espantoso cuando no escribo porque lo extraño. Ya ves, asumo mis culpas y confieso ser un tipo difícil. Mamá tiene más paciencia de la que suelo merecer y se ocupa del mundo entero robándole tiempo al mundo chiquitito que yo quiero mantener immaculado. Ésta es su culpa y ella la asume. No hay nada más que pueda empañar seriamente lo nuestro. Dos cuerdas de una guitarra, que quieren seguir tocando una sinfonía más que una melodía. Y una sinfonía tiene momentos de «*allegro*» y de tonos más graves. Como la vida, como el amor, como lo que nos une a mamá y a mí. Y a vos con nosotros.

Nunca se sabe

En marzo de 1970 yo conducía un programa de radio por *Del Plata*, de doce de la noche a cinco de la mañana. Música, notas, entrevistas y llamados telefónicos de los oyentes. Se llamaba *El callejero*. Mi compañero en la conducción era un joven locutor al que yo había elegido porque me gustaba su estilo y su forma de ser. Me enorgullece que aquel desconocido locutor haya crecido tanto en su carrera y en su vida. Hablo de mi amigo Juan Alberto Mateyko.

Cuando estás frente a un micrófono en un estudio de radio, podés ver al operador, que es quien maneja toda la parte técnica, a través de una especie de ventana grande con doble aislación de vidrio. Es indispensable, para hacerle alguna señal o para que él te la haga a vos, en el lenguaje universal de los gestos. Por sus características a esa ventana se la llama «*la pecera*».

El 16 de marzo de 1970 yo estaba hablando frente al micrófono cuando, a través de la pecera, vi que llegaban al control dos chicas y un muchacho a los que desconocía. Pero a una de esas chicas, por lo que veía haciendo foco con mis ojitos miopes, tenía ganas de conocerla bastante más.

Por esa época, hija, yo no era precisamente un santo. Me gustaban mucho las del otro sexo, lo cual no sólo era razonable sino maravillosamente sano. Esa del pelito largo y lacio, con aquellos ojos grandotes y alertas, me pegó duro de entrada. Hice la seña de mandar un disco y me mandé yo mismo al control, con cualquier excusa. Más tarde supe que la que me había mareado y sus acompañantes eran estudiantes del último curso de Locución, y estaban allí para ver en la práctica cómo se desarrollaba un programa de radio con esas características. Pero, antes de saberlo, crucé con aquel bomboncito lo que sería nuestro primer diálogo.

Al pasar por detrás de ella y comprobar con una rápida mirada que el resto de su anatomía concordaba con lo que había visto hasta entonces, le di un leve tironcito cariñoso en aquel pelo largo y lacio y le dije: «¿No te querés casar conmigo?» Ella se pasó de «canchera» para ocultar su timidez de siempre y me contestó levantando las cejas y con tono de estar más allá de todo: «¿Y para qué casarnos?»

Éstas fueron las dos primeras frases que cruzaron en sus vidas tu mamá y tu papá. Si en ese momento alguien me hubiera dicho que, en efecto, nos casaríamos y seríamos felices y tendríamos una hija y un día yo escribiría todo eso en un libro, me hubiera dado un ataque de risa tal que hubiesen tenido que internarme. ¿Casarme yo? Si era un bebé de apenas veintisiete años y la estaba pasando de primera. ¿Qué es eso de casarse? Y nos casamos, nomás. Nunca le agradeceré a Dios lo suficiente por haberla encontrado a ella en mi camino, y por cada día que compartimos desde entonces.

* * *

El amor es una gacela agazapada. Salta sobre nosotros cuando menos lo esperamos, tomándonos por sorpresa y llenándonos la cara de cariñosas lamidas. Nos llena el pecho de estrellitas vivas, y el corazón empieza a titilar, en lugar de latir.

Cuando el amor aparezca en tu vida y en las de todos ustedes, los adolescentes, van a sentir una opresión física desconocida. Algo mágico como los amaneceres estallará dentro de vos, y sentirás una agradable picazón en la punta de los dedos que hará que te arrebaten unos enormes deseos de proteger y sentirte protegida, de comerte al mundo, de voltear paredes a pura caricia.

El amor es una cuna, una nube, el final del arco iris, la lluvia en un día caluroso cayendo suavemente sobre el cuerpo desnudo. Es una gracia. Luego el amor es manso, bello e indispensable. Se le suma el ser, además, amigos. Amigos entrañables a los que se puede confiar todo y esperar la palabra justa, la caricia oportuna, la mirada que calma.

Escribí una pequeña poesía. Un tanto humorística y difícilmente acreedora a un premio internacional, pero muy real hasta el punto que vas a sonreírte al reconocer en ella a sus personajes.

*Ella es atropellada y yo tranquilo.
Ama a la humanidad y yo amo al hombre.
Soy un meticuloso exasperante
y ella a menudo olvida hasta su nombre.*

*Soy obsesivamente ordenadito
porque pienso que no hay otra manera.
Ella puede guardar, como si nada,
un calzoncillo nuevo en la heladera.*

*Me encanta ver la tele. A ella le aburre.
Cualquier juego es pasión para mi vida.
Ella, si la sacamos de la generala,
no sabe ni jugar a la escondida.*

*Me divierten dos cosas que uso mucho:
sentido del humor y la ironía.
Dárselas por escrito en un folleto
para que las entienda, debería.*

*Le gustan las naranjas, los pomelos,
sosas cerezas y zapallo hervido.
Yo enloquezco por dulces y por cremas
en platos gigantescos, bien servidos.*

*Rambo, para ella, es marca de cocina.
Video game, una cosa que no entiende.
De cualquier aparato que me guste
no sabe ni siquiera cómo enciende.*

*Un desastre, dirán. Y eso es bien cierto.
Pero, en todo sentido, ella es tan bella
que hace ya veinte años me pregunto:
«Dios mío, ¿que sería yo sin ella?»*

* * *

Y es cierto. Sin ella me faltarían trozos de mi cuerpo y de mi mente, sería una especie de *Frankenstein* en lo espiritual.
Por todo esto es que cuando pienso en tu futuro y pido algo para vos con toda el

alma, eso que pido es simplemente amor. Si tenés amor lo tenés todo. Si no tenés amor ¿qué tenés?

Pero hablo de amor en serio y no de atracción física o de esa cosa bobalicona y babosa que algunos confunden con el más grande de los sentimientos. «*Hacer el amor*» no es acostarse con alguien por pura cosa sexual, lo cual no se diferencia en casi nada con lo que hacen las ratas o los burros. Si de eso se trata llámenlo por su nombre con inevitable grosería, pero no digan que es «*hacer el amor*».

Hacer el amor es **construir** el amor. Y para eso hace falta mucho más que una sensación animal.

Por si no quedó en claro todo lo dicho en este capítulo, quisiera terminarlo con tres palabras que no son para vos, hija, ni son para ustedes, cachorros. Dejen de leer aquí mismo porque ahí van.

Rosí, te amo.

Ocho

De Repente, la Violencia

«La cólera siempre tiene un motivo, pero éste rara vez es suficiente.»

BENJAMÍN FRANKLIN

Miguez tenía 15 años y uno de sus entretenimientos preferidos era cazar cucarachas, ponérselas en la lengua y sacarla para mostrarnos la hazaña a nosotros, sus compañeros de clase, nada más que para escandalizarnos.

Lo lograba. Aun los peores de la clase nos sentíamos un tanto asqueados, y sabíamos que no podríamos igualar semejante emprendimiento. Era, además, posiblemente el más fuerte del grupo y, sin duda alguna, el que más peleas a golpes tenía en su haber. No era un mal estudiante, al contrario. Pero le daba por esas cosas.

Hoy es el Dr. Miguez, un excelente oftalmólogo argentino, de una impecable seriedad profesional y personal. A veces me lo imagino sacándole la lengua a sus pacientes para mostrarles una cucaracha en ella, y lograr así que abran los ojos enormes para poder estudiárselos mejor. Y me pregunto si no habrá sido éste el motivo del éxito de su brillante carrera. Aún hoy le tengo un gran cariño a Miguez quien, sin buscarlo, me dio un par de lecciones de esas que no se olvidan. Fue la primera persona con la que mantuve una pelea física en mi vida, si es que a aquello se le podía llamar «pelea», por lo breve.

Orlando era uno de mis más cercanos amigos durante la etapa de los 15, en el tercer año nacional del *San José de Calasanz*, colegio de curas. En una ocasión, durante un recreo, Miguez hostigaba al bueno de Orlando golpeándole las nalgas con una escuadra de plástico, a la que primero tensaba como un arma elástica. Orlando siempre fue muy bueno, «tranqui», sereno. No se metía con nadie. Y Miguez meta y meta con él y con la maldita escuadra, que tenía sus ricas dimensiones.

Tal vez yo haya visto el día anterior algún capítulo del *Llanero Solitario*, porque me lancé a encararlo (a Miguez nada menos) increpándolo por lo que hacía, y diciéndole que terminara ya con eso. Miguez, el más peleador y dueño de una contextura física seguramente similar a la de Schwarzenegger a esa edad, me miró como a una de esas cucarachas con las que jugueteaba. Me midió con esa mirada y, sin contestarme una sola palabra, me aplicó un directo al mentón, merced al cual me sentí de golpe sentado en el suelo, medio abombado.

Sonó la campana del recreo como en un match de box, pero ya era tarde. Yo seguía sentado diciéndome que había cosas que se arreglaban más rápido de lo que uno imaginaba. Y Miguez parecía experto en ese tipo de arreglos.

Allí terminó todo. Por eso me resisto a llamar «pelea» a aquello. No tuve una pelea con Miguez. Simplemente recibí una «piña» de Miguez. Por supuesto, a los dos días todo había vuelto a la normalidad y seguíamos tan amigos como siempre, pero el actual oftalmólogo exitoso me dejó un par de lecciones importantes, como te decía.

En primer lugar aprendí que si uno decide enfrentarse severamente con alguien como yo lo hice, debe estar preparado para hacerlo o, de lo contrario, prepararse. Y, en segundo lugar, que a la violencia no se la aplaca con la violencia, como yo pretendí al enfrentar a mi compañero haciéndome el enérgico.

Violencia contra violencia engendra más violencia y, además, gana casi siempre el

más fuerte que, por lo general, suele ser el que no tiene razón. Las armas contra la fuerza son la inteligencia, la moderación, la seguridad de que uno defiende algo justo, la charla tranquila sobre el tema, la habilidad para enfriar los ánimos en lugar de tirar más leña al fuego.

«*La paz es posible*», redondeaba el Papa *Paulo VI* en una frase bella y concreta, llena de esperanzas, con la que se refería a la situación mundial nada calma en su tiempo. Es cierto, pero la paz siempre depende de, por lo menos, dos partes. Y para llegar a ella es imprescindible hablar, no gritar. Hablar hasta que se agoten las palabras, respetando y haciéndose respetar. Si esto falla, ya sea en los hombres o en las naciones, no quedará otro recurso que romper la paz. Pero ya se sabe que entrar en la violencia es fácil y rápido, salir de ella es difícil y lento.

Los que defienden a la paz no son precisamente cobardes sino todo lo contrario. Hay muchos ejemplos sobre eso. Ahora mismo me acuerdo de uno. Te cuento.

* * *

Hace algo más de un siglo y en la provincia argentina de Córdoba, se desarrollaron las deliciosas andanzas del padre José Gabriel Brochero, más conocido por entonces y aún ahora como «*El Cura Brochero*» o «*El Cura Gaucho*».

Era el canónigo de la catedral de Córdoba, y no se destacó por una cultura fuera de lo común o un hablar demasiado florido y elegante. Tal vez todo lo contrario.

Brochero era un parlanchín, ardiente en todo lo que encaraba, dueño de una valentía y una audacia tales que sólo pueden tener justificación (y la tienen) en el enorme respaldo de su Fe.

Buscaba moralizar a su alrededor y era él el primero en dar ejemplo sin que eso significara achicarse ante ciertos hechos muy rudos de una realidad de su época, que era igualmente ruda.

En una ocasión, el cura gaucho montó su caballo como lo hacía habitualmente para recorrer gran parte de la provincia y reclutar fieles para sus ejercicios espirituales. Pero esta vez un solo hombre era su objetivo: un temible bandido que habitaba los montes, y al cual ni los más aguerridos policías se atrevían a ir a buscar a su guarida.

Brochero fue. Cabalgó largo rato internándose en la espesura y, al fin, halló al bandido en un pequeño claro. El hombre estaba en cuclillas junto a un fogón por él construido, y se cebaba mate con toda tranquilidad. Ni siquiera levantó la vista cuando Brochero detuvo su caballo a pocos pasos de él. Con seguridad lo había estado vigilando desde hacía largo rato y lo dejó llegar sin inmutarse. No podía pensar que ese hombre con sotana traía un arma mucho más poderosa que las que él estaba acostumbrado a enfrentar.

Brochero saludó, desmontó y se le sentó al lado. El hombre, nada. El cura le dijo que había ido a buscarlo y, sin mayores vueltas, sin excusas, sin justificaciones, le dijo sencillamente que se dejara de embromar con esa vida estúpida de bandido. Seguramente no dijo «*embromar*» ni «*estúpida*», sino algunos sinónimos bastante más gruesos, ya que

su lenguaje habitual era bien directo y popular.

Recién entonces el otro levantó la vista y lo miró con esos ojos que tantas veces habían reflejado odio, fulminándolo con la mirada como toda respuesta.

El cura gaucho no se asustó. Con la mayor naturalidad y como tantas otras veces lo había hecho con cientos de fieles a los que iba a buscar a sus casas, tomó la pava y mientras se cebaba él mismo un mate, le dijo: *«Vengo a convidarlo pa' que se venga conmigo a los ejercicios espirituales...»*

¿Te podés imaginar aquella escena? El hombre era un bandido en serio, terrible y peligroso, temido y odiado. Una bomba de tiempo con piernas, un violento desde siempre. Y ahora tenía frente a sí un curita de sotana que se cebaba mate y le decía como si nada que se dejara de todo eso, y se fuera con él a los ejercicios espirituales.

El hombre le manoteó el mate, arrojándolo a unos metros, y comenzó a insultarlo con las peores palabras que le venían a la memoria, sin olvidar en ese atropello verbal a la mamá del sacerdote. Ya parecía que iba a sacar el cuchillo para terminar con el curita allí mismo cuando éste, sin dar un paso atrás, sacó de entre sus ropas el crucifijo que siempre lo acompañaba y mostrándosele al bandido le dijo: *«Oiga, yo no soy el que quiere que usted venga... El que lo convida es éste... ¿A ver si se anima a insultarlo a Él?...»*

El otro se quedó duro y quieto, como congelado. Sus ojos llenos de fuego iban del curita al crucifijo, del crucifijo al curita. Después fue aflojándose, separó la mano del mango del cuchillo que llevaba en la cintura y, con un resoplido de caballo cansado, se sentó otra vez sin separar su mirada de la mirada del cura, que se la mantenía como si nada, con coraje, con calma. Tal vez hasta con amor.

Hablaron. Lo hicieron durante una buena parte del día y de la noche.

Al siguiente amanecer el bandido regresa con Brochero al pueblo, va a los ejercicios espirituales, y poco después se había transformado en uno de los vecinos más honrados y trabajadores de la zona. Antes de eso cumplió con una pequeña condena por robo, reducida gracias a haberse entregado y a la intervención del cura que lo defendió. Después se casó, formó una familia y no dejó de verse nunca con el único hombre que supo cómo enfrentarlo, y que fue su mejor amigo desde entonces.

Nadie del pueblo se animó a imaginar lo que hubiera ocurrido si el bandido hubiera insultado también al crucifijo. Conociéndolo a Brochero, es posible que uno de los dos hombres hubiera quedado allí, en el monte, con su osamenta al sol. Cualquiera de ellos.

* * *

Eran otros tiempos, es cierto. Hasta los bandidos parecían ser más nobles y sabían del respeto por algunas cosas. Pero la violencia era la misma y los rastreadores de la paz también. Las cosas no han cambiado tanto, al menos en eso.

Durante 1991 hubo una ola de hechos que ocurrieron en las aulas de colegios argentinos y que, por sus características violentas, fueron noticia importante para los diarios, revistas, radios y noticieros de televisión.

Un alumno llevó a su clase, como parte de un trabajo, una publicación que incluía dibujos pornográficos francamente desagradables. Se desató una polémica a nivel nacional. Otra alumna pidió permiso a su profesor para ir al baño y éste se lo negó. La chica se hizo pis encima; el padre fue poco después al colegio y le llenó la cara de trompadas al profesor en cuestión. Un tercer chico fue dejado libre bajo la acusación de mala conducta y atacó con un fierro a su profesora, que debió ser internada para curar sus heridas. Más o menos por la misma época una madre, en Tucumán, enojada por lo que consideraba un trato injusto hacia su hijo, atacó con golpes de puño y patadas a la docente. Otro chico de 14 años, pateó y sacudió a su maestra que, según su relato, lo había tomado por el cuello para impedirle salir de la clase. Otros casos de mayor o menor importancia sucedieron en diferentes escuelas ante el asombro de todos. El clima anímico en muchos de estos colegios se vio calentado por la difusión enorme que se dio a estos hechos y se creó una rivalidad sorda entre muchos profesores y alumnos. En las últimas etapas del año unos y otros se miraban con desconfianza y recelo. Había violencia y, por lo tanto, había miedo.

Cada uno de los casos aquí recordados fue independiente y con su propio problema detrás, por lo cual no vamos a juzgarlos aquí, que no es, por otra parte, el lugar más adecuado para hacerlo. Es imprescindible conocer cada detalle de cada caso para poder opinar sobre él con fundamentos porque, de lo contrario, se corre el grave riesgo de ser injusto con una u otra parte. Y la injusticia también es otra de las formas de violencia.

Lo que queda en claro, aún para los atacantes, es que sin dudas se pasaron de la línea. Más aún: casi todos ellos admitieron después, en frío, que se habían arrepentido de su acción, lo cual no es poco. Si en alguno de los casos habían existido motivos que dieran pie a semejantes reacciones es algo que, insisto, no voy a juzgar yo desde aquí por desconocer íntimamente estas historias, pero es obvio que no estoy de acuerdo con esos métodos. Hasta admito la posibilidad de que alguno de esos chicos se sintiera acosado por sus maestros, no lo sé. Lo que sí sé es que la manera de defender la razón no es ofendiendo o golpeando. Y creo que ellos lo saben ahora mejor que nadie.

Tampoco estoy de acuerdo con la posición de algunos docentes, que actúan como si una escuela fuera un presidio y ellos los carceleros. En declaraciones a la prensa, una profesora dijo: «...*lo que pasa es que ahora los chicos no son sumisos como en nuestra época...*»

Con todo respeto por su opinión: ¿qué es eso de sumisos? La palabra es espantosa y viene de sumisión, entrega a lo que sea. Es aplicable a esclavos o a perritos domesticados, pero no a un alumno. No a alguien que está precisamente descubriendo que es una persona. Se puede y se debe exigir respeto, pero no sumisión, palabra asquerosa si las hay.

El caso es que, de pronto, la violencia estaba entre nosotros. Y nada menos que en las aulas, donde nadie la esperaba. No me gustó nada la cosa pero recordé luego viejas épocas en las que la violencia habitaba las aulas, pero llevada de la mano de los que enseñaban. Hace muchos años era bastante común en ciertos colegios, que el alumno que había cometido alguna falta debiera arrodillarse sobre un manojito de granos de maíz,

que se iban incrustando en la piel dejándola colorada y dolorida, con el agravante de ser obligados a hacerlo en el frente de la clase para que los demás compañeros asistieran a aquel, castigo-tortura. La humillación sumada al dolor.

En el primario las reprimendas eran a veces menos crueles, pero no menos indignas. Hasta en los dibujitos de chistes todos hemos visto alguna vez lo que era una realidad no hace tanto tiempo: el alumno en un rincón, de cara a la pared, con un bonete largo con orejas de burro. Espantoso.

Yo mismo he recibido otro castigo habitual y sádico: debía juntar los dedos de una mano y extenderlos hacia adelante para que el profesor descargara sobre ellos un golpe seco (o más), con una regla que no había sido inventada ni fabricada para esos fines. Si te tocaba en invierno, no quiero contarte lo que se sentía. Era por completo común en muchísimos colegios que el profesor o la profesora estuvieran escribiendo en el pizarrón y se volvieran locos por algún sonido travieso a sus espaldas, como la imitación de un pedito o alguna de esas lindezas propias de la edad. Era, igualmente común, que la locura que los asaltaba a los que estaban allí para enseñar, hiciera que arrojaran al montón el borrador de pizarra, que a menudo provocaba todo tipo de heridas si uno no lo esquivaba a tiempo. Una cosa de bárbaros. Una salvajada con diploma. Y con una larga tradición.

Fijate que en 1881 un clásico narrador argentino, Miguel Cané, escribe un libro llamado *Juvenilia*, que luego sería texto de lectura en la mayoría de las escuelas. En ese libro Cané cuenta su paso por el *Colegio Nacional de Buenos Aires*, cosa que había ocurrido hacía poco menos de veinte años, ya que el escritor tenía 33 cuando publicó *Juvenilia*. Es decir que su relato había ocurrido hace hoy unos **ciento treinta años**, poco más o menos. Y ya entonces la violencia de algunos educadores era algo cotidiano y hasta aceptado.

Es famosa la narración de Cané en la que describe un momento de sus días de estudiante, vivido por el profesor Amadeo Jacques y un compañero que en el libro es mencionado como Corrales. El tal Corrales era de lo peor, es cierto. Pésimo estudiante y de una conducta apestosa. El resto lo cuenta mejor Miguel Cané, de quien copio literalmente fragmentos de aquel relato inolvidable extractado de *Juvenilia*.

* * *

«Así, cierto día en que Jacques nos explicaba que los ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos, Corrales, oyendo como el ruido del viento la explicación desde los últimos bancos de la clase, estaba profundamente preocupado en construir, en unión con su vecino el cojo Videla que le ayudaba eficazmente, un garfio para robar uvas de noche. De pronto Jacques se detiene y con voz tonante exclama: “Corrales, tú eres un imbécil y tu compadre Videla otro; ¿cuánto valen los dos juntos?” “¡Dos rectos!”, contestó Corrales que tenía en el oído esas dos palabras tan repetidas durante la explicación y sin darse cuenta, en su sorpresa, de la pregunta de Jacques. Éste se le fue encima y nos fue dado presenciar uno de los combates más reñidos del año.

Corrales se echó para atrás, enroscó el cuerpo, hundió la cabeza entre los hombros

y, mirando a su adversario con sus ojos chiquitos, llenos de malicia, esperó el ataque con las manos en postura. Jacques debutó con un revés que fue hábilmente parado; una finta en terciá, seguido de un amago al pelo, no tuvo mayor éxito. Entonces Jacques, despreciando los golpes artísticos, comenzó lisa y llanamente a hacer llover sobre Corrales una granizada de trompadas, bifés, reveses, de filo, de plano, de punta, todo en confuso e inextricable torbellino. El calor de la lucha enardeció a Corrales; se multiplicaba, se retorció y, a cada buena parada, decía con acento jadeante: “¡Diande!” “¡Cuándo, mi vida!” y otros gritos de guerra análogos. Jacques, más irritado aún, hizo avanzar la artillería, y una nube de puntapiés cayó sobre las extremidades del intrépido agredido...»

«...El banco de la batalla había sido abandonado por los vecinos de Corrales; Jacques vio la ventaja de una mirada y amagando una carga violenta mientras Corrales, en el movimiento defensivo perdía un tanto el equilibrio, su adversario, de un golpe enérgico, dio en tierra con el banco y con Corrales. Antes de que éste pudiera levantarse, Jacques le asió el cuello de la camisa, no saltando el botón correspondiente por la costumbre, inveterada en Corrales, de no usarlo nunca. No brilló en manos del vencedor la daga de misericordia, pero sí sonó uno solo, un soberbio bofetón.

Así concluyó aquel memorable combate, que habíamos presenciado silenciosos y absortos a la manera de los indios de Manco Capac las batallas de Almagro y Pizarro, como luchas de seres superiores al hombre...»

* * *

Esta magnífica narración cuenta en detalles un encuentro que es, sin dudas, violento. Por supuesto que *Juvenilia* (un libro que a todos ustedes recomiendo con fervor por lo bien escrito y entretenido) está lleno, también, de actos heroicos, divertidos, nobles y sentimentales. Pero en este fragmento deja bien en claro que hace ya ciento treinta años la violencia estaba entre nosotros en las aulas, y no creada por los alumnos precisamente.

Nadie puede imaginar semejante hecho en un aula actual. Ni siquiera aquellos viejos castigos de arrodillarse sobre el maíz, el reglazo sobre los dedos unidos o el borrador volador. Lo curioso es que son ahora los alumnos los que pegan, ofenden o humillan. Suena a venganza de los tiempos pero, como toda venganza, estúpida e injusta.

Cuando una manifestación popular se torna violenta, la policía reprime con violencia y los manifestantes aumentan la suya que hará que los policías ataquen con mayor energía y así siempre hasta que quede gente tirada por ahí. Cuando alguien amenaza con la fuerza física, el que tiene enfrente tal vez saque a relucir un palo y alguien del primer grupo desenfundará un revólver, y así siempre hasta un final que ya se sabe cuál será.

La violencia es una profunda estupidez, propia de adultos cuadraditos y no de seres imaginativos y sensibles como son ustedes.

Hay quienes son violentos por una causa noble, pero tampoco eso es justificable porque en la violencia siempre caen inocentes, y la causa deja de ser noble por ser injusta.

Me acuerdo de una fábula. Te cuento.

* * *

Un teniente destinado a un batallón en África, encuentra una vez, en medio de la selva, a un león herido que se quejaba lamentablemente. Se acerca, lo revisa, y descubre que tan sólo tenía una espina clavada en una de sus patas. Pacientemente le quita la espina, lo que provoca un inmediato alivio en la fiera.

Tan feliz estaba el animal y tan agradecido, que le pregunta al joven teniente qué es lo que más desea en su vida. «*Ascender a capitán*», le dice el hombre. «*Voy a hacer lo posible para ayudarte*», afirma el felino. Y así se separan pero no por mucho. Al amanecer del día siguiente el teniente es despertado por el león, al que ya casi había olvidado y que le dice: «*Ya cumplí la promesa. Te ascenderán. Yo sé lo que te digo. Anoche me comí al capitán...*»

* * *

Bien puede decirse que el agradecimiento es una causa noble, pero el león se pasó de la línea.

De esto se trata: de no pasarnos de la línea. Defender aquello en que creemos y aquellos que amamos, pero sin inventar la violencia que es un monstruo tipo *Frankenstein*, que tarde o temprano terminará volviéndose hacia nosotros para estrangularnos, porque una vez inventado no se lo puede dominar.

Las guerras se inician siempre con una orden a una persona y terminan siempre con muchos desórdenes en muchas personas. Otras veces comienzan casi sin que nos demos cuenta, casi inocentemente. Como en aquel relato de la mitología griega en el cual todo se desencadena por la «*manzana de la discordia*».

Muchas veces habrás oído eso de «*la manzana de la discordia*», aplicado a alguien que se supone crea problemas entre los demás. Y así fue según la mitología, que nos llega desde el fondo de un barril lleno de miles de años.

* * *

Resulta que las diosas griegas eran muy coquetas y discutían todo el tiempo asegurando, cada una por su lado, ser la más bella de todas. La discusión se instalaba siempre entre ellas y parecía no tener fin. Como si todo el lío no fuera ya suficiente apareció un buen día la diosa Discordia (que así se llamaba), y llegándose al fabuloso jardín habitado por aquellas otras vanidosas irremediables les dejó, antes de irse, un regalito que fue como una bomba de tiempo. Una manzana de oro. Pero advirtiéndoles que la dejaba allí como un obsequio especial para la más bella. Esta tal Discordia era bastante turríta, como se puede apreciar.

Dejó la manzana de oro y se fue, sonriendo como los malos de las películas. Ya se imaginan lo que allí se armó. Todas querían quedarse con la manzana, no por su valor como tal, aunque fuera de oro, sino porque quien la tuviera como propia debería ser aceptada por las demás como la más bella, terminando con aquella discusión.

Después de mucha agitación entre el grupo de diosas y cuando es posible que ya estuvieran a punto de arrancarse los pelos unas a otras, decidieron que alguien fuera juez en ese barullo y eligieron como tal a un fulano llamado Paris (sin acento en la «i») que era el hijo del Rey de Troya. Paris estudió la situación y a cada una de las diosas, para señalar finalmente a Afrodita, la del amor, como la más hermosa. Las otras no tuvieron más remedio que aceptar el fallo, pero se quedaron masticando bronca. Afrodita, por su parte, muy agradecida, hizo que Paris se enamorara de Helena, una mujer que estaba considerada como la más bella de las mortales. Pero hete aquí que había un pequeño inconveniente en el que nadie había reparado: Helena estaba ya casada. Y, para peor, su marido era nada menos que Menelao, el rey de Esparta, pueblo de guerreros.

Pero Paris, completamente bobo por Helena, presa de un metejón de teleteatro vespertino, no hizo caso de semejante detalle y arremetió. No tuvo mejor idea que raptar a la bella Helenita. Este solo hecho desencadenó lo que ha quedado registrado como «*la guerra de Troya*», esa del caballo gigante con su interior repleto de soldados. Una guerra que duró mucho tiempo y que costó muchas vidas.

Si uno se pone a analizar la cosa descubre que fue una guerra producto de la vanidad de las diosas, y también de la impetuosidad y falta de diálogo entre troyanos y espartanos quienes, pobrecitos, fueron a pelear dando sus vidas nada más que por un lío de polleras y una manzana cualquier, que andá a saber si era de oro en serio.

* * *

Ya ves: la violencia puede instalarse de repente naciendo de una pequeña pero profunda estupidez que crece y crece hasta estallar. Anda flotando por ahí, en el aire, todo el tiempo. Y no hay que darle bolilla. A veces nos creemos (todos, ustedes y los grandes) que es la única solución. Pero nos equivocamos y mucho. Si ustedes quieren, como sé que quieren, hacer un mundo mejor, olvídense de la violencia. Y luchen con las manos y las mentes abiertas para evitarla.

Eso no significa de ninguna manera transformarse en bobalicones que aceptan cualquier cosa bajando la cabeza, no se equivoquen. No hay que dejarles, tampoco, el campo libre a las bestias. Simplemente hay que tratar de conseguir que dejen de ser bestias, pero no permitir que se nos humille o se nos atropelle. Hay momentos en los cuales no nos dejan otra alternativa que desenvainar la espada siendo imprescindible que sepamos que, cuando eso ocurra, no será para pelar una manzana con ella. Por eso es que hay que pensarlo dos y tres veces antes de hacerlo. Pacifistas sí, pero imbéciles no.

En la *Nueva Era*, la violencia es un cáncer. Y ustedes no son unos santos ni cosa que se le parezca, pero son los custodios de la Esperanza, y los científicos que pueden descubrir una cura para ese mal.

Y si no lo entendieron, los agarro a patadas.

Nueve

Otra Vez el Amor

«Haced desaparecer al amor y la Tierra se convertirá en una tumba.»

ROBERT BROWNING

Vos no sabés que yo sé esto.

La anciana, pequeñita, temblorosa, encorvada, con la apariencia de un gorrión miedoso, estaba parada en la esquina de casa. Miraba la vereda de enfrente como si fuera una meta inalcanzable. Vos, hija, habías salido a comprar algo allí cerquita. La viste, te acercaste y le preguntaste si necesitaba ayuda. Al principio su viejo orgullo le hizo decirte que no y te apartaste unos pasos. Luego volviste a mirarla y advertiste que sí necesitaba ayuda. Regresaste a su lado y esta vez la ancianita aceptó, porque también ella se había dado cuenta de que no se animaba a cruzar sola. Muchos años, pocas fuerzas, muchos miedos. Vos la tomaste del brazo y, como si fueras la guardiana de un tesoro, la llevaste hasta el otro lado. Pero no fue todo. Seguiste acompañándola, caminando muy despacito para seguir su lento ritmo, mientras le hablabas de no sé qué cosas. Así fue durante cuatro cuadras, hasta llegar a la puerta de la casa de la mujer. Allí le diste un beso y volviste sobre tus pasos. Esto ocurrió hace algunos días y nunca me contaste nada. Lo supe por Alfredo Cartoy Díaz, ese estallido de bondad de 29 años que es como un hijo para nosotros y un hermano para vos.

Alfredo, que te cuida y te quiere desde siempre con una ternura fraternal que emociona, se había asomado a la puerta de casa para vigilarte amorosamente. Vio toda la escena de la anciana y los siguió a la distancia, cuando advirtió que estabas yendo para el lado contrario a aquel que debías ir. Así fue como presencié todo sin que vos lo supieras, y luego me lo contó conmovido por esa nueva prueba de bondad silenciosa que nos estabas dando.

Vos nunca relataste aquel pedacito de vida y tal vez, eso es lo que hace que tenga más valor aún. «*Que tu mano izquierda no sepa lo que da la derecha*», dice Jesús. Y vos lo cumplís. Nada de alardear o jugarla de buena sino, por el contrario, ser buena en silencio, porque sí, sin pedir nada a cambio, sin ponerle precio a la nobleza. Vos estás rebosante de esos hechos en apariencia chiquitos, que hacen a una vida grande. Y mi orgullo por vos a veces me marea, al no poder contenerlo dentro mío.

Eso que hiciste, ese millón de cosas parecidas que hacés desde muy chica, es amor. ¿Qué puedo yo contarte, entonces, del amor? Solamente historias. Historias que demuestran que el amor es el combustible de la vida, algo que genera cosas a veces impensadas, el motor del alma. Te cuento.

* * *

Alexander Graham Bell había nacido en Escocia en 1847. Era muy joven cuando viajó a los Estados Unidos de Norteamérica y adoptó la ciudadanía de aquel país. Bell tenía como profesión enseñar a los sordos el lenguaje de los signos, y ponía en lo suyo una gran dedicación. Ponía amor.

De pronto, inesperadamente como suele suceder, apareció en su vida una mujer de la

que se enamoró con el corazón lleno de ternura. Esa mujer era una de sus alumnas, una bella jovencita sorda. Se casaron. A partir de entonces Bell comenzó a buscar casi con desesperación la manera de lograr comunicarse con su esposa a través de un método, al que buscaba perfeccionar minuto a minuto. Asistido por su ayudante, de apellido Watson, probó y probó basándose en estudios de alemanes y franceses hasta que al fin inventó dos aparatos que, unidos por un hilo conductor, hacían que pudiera aplicarse uno de ellos al oído de una persona, mientras por el otro se emitía la voz que llegaría amplificada. El 10 de marzo de 1876 tomó uno de los aparatos desde el granero de su casa y le dijo a su ayudante Watson, que escuchaba por el otro desde el living: «*Señor Watson, lo necesito. ¿Podría usted venir hasta donde yo estoy?*» Y el asistente fue nomás, demostrando que lo había escuchado perfectamente. Alexander había querido, por amor a su esposa, crear un aparato que le permitiera a ella escuchar todo lo bello que seguramente tenía para decirle. Y, gracias a eso, Alexander Graham Bell, sin saber siquiera lo que acababa de hacer en toda su magnitud, había inventado nada menos que el teléfono. Por amor, ya te digo, por amor.

* * *

¡Cuántas cosas se hicieron por amor! ¡Y cuánto se escribió sobre el amor! Poemas dulces y románticos; nostálgicos y tristes; duros y rencorosos. Por ejemplo éste, en el cual el hombre ha quedado solo por esas cosas que pueden pasar y recuerda a la mujer que amó diciéndole:

*No habrá ninguna igual, no habrá ninguna,
ninguna con tu piel ni con tu voz.
Tu piel, magnolia que mojó la luna.
Tu voz, murmullo que entibió el amor.
No habrá ninguna igual, todas murieron
en el momento que dijiste adiós...*

Lindo ¿no? Cargado de recuerdos y de figuras poéticas preciosas, como esa que define la piel de ella como una «*magnolia que mojó la luna*». Eso es realmente poesía. O esa otra en la que el fulano también se queja con dolor recordando el momento en que ella decidió abandonarlo. Lo describe ubicando la escena en una tarde en la que llovía muy tenue y melancólicamente. Los dos sentados frente a frente, tristes y encarando lo inevitable de la decisión de ella. Con un par de pocillos humeantes sobre la mesa. Y él que le dice:

*El último café
que tus labios con frío
pidieron esa vez*

*con la voz de un suspiro.
Recuerdo tu desdén,
te evoco sin razón,
te escucho sin que estés.
«Lo nuestro terminó»,
dijiste en un adiós
de azúcar y de hiel...*

¿Qué tal? Hay que leer despacito estos poemas y beberse cada frase, cada giro poético. Ella, en aquel bar, pidiendo un café «*con la voz de un suspiro*». Y uno imagina toda la escena. Él, dolorido, le dice que la escucha «*sin que esté*». Es precioso, no me digas que no. ¿Y este otro? También habla de un amor que fue y ya no es. También, con una mezcla de bronca y dolor, el hombre rememora a la que amó y dice:

*Quiero emborrachar mi corazón
para apagar un loco amor
que, más que amor, es un sufrir.
Y aquí vengo para eso
a borrar antiguos besos
en los besos de otras bocas.
Si su amor fue flor de un día
¿por qué causa es siempre mía
esa cruel preocupación?
Quiero, por los dos, mi copa alzar
para olvidar mi obstinación,
y más la vuelvo a recordar...*

Un bomboncito. El fulano la extraña como loco y quiere olvidarla buscando otras y emborrachándose, pero cada vez la recuerda más aún. Ahora llegó el momento de la sorpresa para vos y para la mayoría de ustedes: estos poemas tan bellamente escritos son nada más y nada menos que letras de tangos. No lo advertí de entrada para que los lean como lo que son: bellos versos de amor. Estamos de acuerdo en que no son precisamente alegres, pero ¡qué manera de escribir la tristeza!

¿Ven cómo el tango no es esa cosa que escuchan algunos viejos rematados? ¿Notan la musicalidad que hay en estas poesías? ¿Adivinan todo el amor que hay en esos lamentos tan bien escritos? En el primer caso se trata de apenas un fragmento del tango *Ninguna*, del notable poeta popular Homero Manzi. El segundo poema es un pedacito de otro tango, *El último café*, de esa maravilla llamada Cátulo Castillo. Y el tercer ejemplo son unos pocos versos del bellissimo *Nostalgias* de otro talento con patas, Enrique Cadícamo.

No olviden esos nombres, y aprendan muchos otros. De la misma manera en que, a

veces, ustedes resoplan ante la sola mención de fulanos como Platón o Aristóteles, al imaginarlos pesadísimos sólo porque nadie se preocupó de hablarles de ellos como lo merecen, ocurre que le escapan al tango porque lo imaginan denso y antiguo, sólo porque nadie les mostró cuánta poesía hay en él. Tanta como la de Rubén Darío cuando se pregunta:

*La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros escapan de su boca de fresa
y ha perdido la risa y ha perdido el color...*

Tanta poesía, también, como la del chileno Pablo Neruda, que en su famoso «Poema 20» recuerda a la que amó diciendo:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise y, a veces, ella también me quiso...*

Tanta como la de Federico García Lorca, que allá por 1925 describía un encuentro con «La casada infiel», desgranando versos que decían:

*El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.*

O la de Evaristo Carriego en su inolvidable poema «Tu secreto», en el que le dice cariñosamente a una jovencita enamorada:

*Ven, llévate el libro, distraída llena
de luz y de ensueño. Romántica loca...
¡Dejar tus amores ahí, sobre el piano!
De todo te olvidas ¡cabeza de novia!*

Y la de miles de hombres y mujeres que le escribieron al amor con lenguajes y estilos diferentes, pero con el mismo sentimiento. **El amor.**

A menudo hay detrás de él alguna historia terrible, algún dolor profundo, pero sigue siendo irremplazable y bello. Sobre todo bello, a pesar de esas historias que acongojan. Y no escapan de ellas los personajes heroicos de nuestra historia.

* * *

El almirante Guillermo Brown es, puede decirse, el padre de nuestra marina de guerra. Había nacido en Irlanda pero llegó a estas tierras y se enamoró de ellas perdidamente. Fue figura principal en las luchas por la independencia.

Francisco Drummond había nacido en Escocia y, siendo muy joven, llegó a América. Se incorporó voluntariamente a las fuerzas del almirante Brown con el grado de capitán. Era un oficial de 24 años, mirada soñadora, una increíble audacia y una belleza masculina que hacía suspirar a las jovencitas de la época. Pero Drummond suspiraba por sólo una de ellas: Elisa Brown, la hija del almirante, por entonces de 17 años de edad. En aquellas épocas las mujeres solían casarse muy jóvenes, con el consentimiento previo de su padre. En cuanto el capitán comenzó a frecuentar la casa de su superior, las miradas entre él y Elisa parecían enviarse permanentemente mensajes de amor. Brown, enterado de la situación, autoriza a los jóvenes a mantener aquel romance. Pero poco duraría.

No muchas veces pudieron pasear, uno junto al otro, por la alameda de la casa del almirante. Cuando aquello ocurría, el aire todo parecía perfumarse de una manera muy especial: los cantos de los pájaros sonaban diferentes y la tierra recogía sus pasos como si fueran ofrendas. Ellos apenas se miraban; él orgulloso pero retraído en su respeto, ella ansiosa pero tímida y recatada. Brown sonreía al verlos.

Poco después debieron partir a la batalla. El capitán Drummond sería el comandante de una de las tres naves argentinas que enfrentarían a nada menos que 16 buques brasileños. Su barco era el *Independencia*. Ese encuentro fue notablemente desparejo. Estaban esperando a los argentinos y tenían aún el rencor a flor de piel por batallas muy recientes como la de Ituzaingó, donde los nuestros diezmaron a las tropas enemigas. Los estaban esperando y descargaron sobre ellos toda su furia.

Las tres naves patriotas se defendieron heroicamente. Drummond era un verdadero león luchando sobre la cubierta de su buque. Se le habían terminado las municiones y estaba completamente rodeado por el enemigo, pero, en lugar de entregarse, mandó cargar los cañones con grandes eslabones de cadena. De pronto, una esquirla le arrancó una oreja de cuajo. Sangrante, siguió dando órdenes.

Brown, desde su propia nave, el *Sarandí*, le ordena a través de señales con las banderas, que abandone el buque y que lo quemara para que no caiga en manos del enemigo. Drummond no acepta. Toma un bote y, en medio del atronador fragor de la lucha, se abre paso hasta el *Sarandí* para pedirle a su almirante más municiones y su autorización para no abandonar la contienda. Pero el enemigo es poderoso, numéricamente muy superior y no da tregua. Al reconocer a Drummond en el bote lanzan su furia de fuego sobre la pequeña embarcación que vuela en pedazos. Apenas pueden recoger a Drummond, ya herido de muerte, para llevarlo a bordo del tercer navío argentino, el *República*.

Allí es acostado en la litera de Juan Coe, el capitán, amigo de Francisco. Coe toma la mano de su camarada que agoniza. Drummond, con mucho esfuerzo, bañado en sangre y muriendo, le dice: «Toma mi reloj y envíaselo a mi madre en Escocia...» Luego apenas mueve penosamente una mano y agrega: «Este anillo debes entregarlo a Elisa Brown...» En ese preciso instante llega el almirante al camarote, ya que había cruzado

desde su propia nave aquel infierno de fuego y plomo, para estar junto a quien consideraba casi como un hijo.

—Pancho... ¿me conoces? —pregunta Brown, para medir con la respuesta que recibiera la gravedad de la situación del capitán. Drummond intenta incorporarse, pero no puede. Está muriendo. Balbucea, apenas.

—Almirante... muero cumpliendo con mi deber...

Brown le toma la mano. Tiene los ojos brillantes y húmedos. El hombre de las cien batallas y las cien audacias parece temblar cuando se inclina y besa la frente de Francisco Drummond.

—Sí, hijo... Mi querido hijo... Has cumplido con tu deber...

Y Drummond muere. Casi se diría que sonriendo.

Ya en tierra, en Buenos Aires, el mismo Brown le dará la noticia a su hija Elisa. La joven apretará fuertemente el anillo de Pancho Drummond y lo besará sin decir una palabra. Era febrero de 1827.

En diciembre de ese mismo año Elisa Brown, con su pelo rubio que parecía flotar en el aire, con sus ojos intensamente celestes como los de su padre, con su figura frágil, baja hasta el río cercano a su casa y allí muere ahogada.

Los amigos de la familia dirán que fue un accidente.

La leyenda popular de la época, que corrió de boca en boca, diría que murió vistiendo el traje de novia que ella misma había bordado mientras esperaba al hombre que nunca regresó.

* * *

Ya lo sé, es una historia triste. Pero ocurre que, cuando uno se enamora, acepta todo lo que eso significa, incluyendo la posibilidad del dolor por la ausencia, como en el caso de Elisa.

Nadie dijo que amar fuera fácil, sencillo. Es, simplemente, bello.

Pero ni siquiera depende de la voluntad. Ocurre. Y, una vez que ocurre, allí sí es imprescindible alimentar ese amor, cuidarlo, protegerlo, mantenerlo y arriesgar todo a esa carta, incluyendo un posible dolor. Recuerdo que en una película que vimos juntos (*Karate Kid* ¿te acordás?), el viejo maestro le dice al chico que los que no tienen bondad en el corazón reciben su castigo por el solo hecho de seguir viviendo. Nosotros podríamos agregar que quien tiene amor en su corazón recibe su premio en la vida misma, en cada minuto, en cada parpadeo, en cada pulso.

Y no hablamos solamente del amor entre un hombre y una mujer, sino del amor en todo, del amor a todo.

El de la Madre Teresa, que alguna vez subió el tono de voz para decirles a aquellas mujeres que abortaban a sus hijos: «*Si ustedes no los quieren, déjenlos nacer y dénmelos a mí, que yo los cuidaré*». El de Gandhi, que dio su vida por su pueblo y por la libertad. El de Albert Schweitzer, que era un médico que abandonó los lujos de la civilización para elegir vivir en Lambarené, un pueblo miserable del África, donde dedicó

su existencia a curar a los negritos que ni siquiera sabían qué era curar. Y también el de millones de personas en el mundo que entienden que amar al prójimo como a sí mismo es el mandamiento que, de cumplirse, hace que se cumplan todos los demás. Si amamos a las personas no seremos jamás capaces de matarlas, robarles, mentirles, serles infieles, o cualquiera de la larga lista de porquerías que alguien le puede hacer a otro. Por eso este capítulo comenzó con esa pequeña historia de amor que fue tu encuentro y tu ayuda a la ancianita, a quien acompañaste a su casa. Porque esos hechos en apariencia chiquitos son los que van engendrando a los grandes, hasta llegar al heroísmo. Muchos de esos gestos pequeños harían del mundo un lugar mejor en el cual vivir. Por eso, gracias. Y ni siquiera te lo agradezco como padre o como amigo. Como persona. Gracias.

* * *

Nunca encontré una mejor definición del amor que la que aparece en la carta de San Pablo a los Corintios. No voy a ponerme ahora místico ni nada parecido. Simplemente voy a repetir aquellas palabras, y pueden hacer de cuenta que están dichas hoy, y no hace casi dos mil años.

«Si no tuviera amor, nada me serviría para nada. El amor es magnánimo, benigno. El amor no envidia, no se jacta, no se infla, no es deshonesto, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, antes se congratula con la verdad.

»El amor todo lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

* * *

No es una tarea sencilla, hija, cumplir con todo eso. Pero es algo que vale bien la pena. No hay nada que la valga tanto, en realidad.

Ustedes, los cachorros, están viviendo la mejor época de sus vidas y la mejor época de la vida del mundo. Un momento en el cual el amor parece un estallido que alcanza a todos con su onda. No significa que se acabaron los malos y que todo es bonito, pero es el tiempo en que los buenos aprendieron a gritar.

Eso de la *Nueva Era* es mucho más que una moda, queda claro. Es una necesidad de la gente al advertir que lo único que puede salvarnos a todos es, precisamente, el amor. Y me importa un pepino si estoy sonando bobalicón o cursi al decir esto. Creo en lo que digo y eso vale. Ustedes ya no tienen en sus manos el futuro sino el mismísimo presente. Pueden aprender cómo se ama, pero más que nunca, pueden enseñarles a los adultos la misma cosa. Están de novios con la vida. Y «novio» viene del latín «*Novus*», que significa «nuevo», por lo que nunca ha sido usada esta palabra con mayor exactitud.

El mundo de las sensaciones fuertes es nuevo para ustedes. Es para envidiarlos, créanme. Están estrenando sentimientos, nada menos. Y no deben temer decir «*te quiero*», «*amor*», «*sin vos me apago*» o cualquier otra cosa por el estilo que se les

ocurra, porque detrás de cada una de esas frases o palabras seguramente habrá una gran historia, la de cada uno de ustedes. Una historia en la que serán, a la vez, autores y protagonistas. Escriban una bien linda y vívanla para armar una buena pareja, que armará una buena familia, que armará una buena sociedad, que armará un buen país que armará un buen planeta.

Eso sí: si no lo hacen, no vuelvan a quejarse del mundo en el que viven porque no tienen derecho.

Ya ven, una vez más son ustedes los que eligen. Vayan acostumbrándose. A partir de ahora será así. Y para toda la vida.

Diez
Los Adolescentes son unos Fenómenos
(Meteorológicos)

«Casi todas las cosas grandes han sido hechas por la juventud.»

BENJAMÍN DISRAELI

La enorme bola de fuego cruzaba el cielo a gran velocidad rumbo a la Tierra. Producía un sonido similar al rugido de un león gigantesco, y había aparecido de pronto, sin aviso.

Eran las primeras horas de la mañana del 30 de junio de 1908. Antes del impacto hubo mucha gente que se hallaba trabajando al aire libre, y que alzó la vista, sorprendida al principio y asustada después, sin comprender qué cosa estaba sucediendo en ese lugar de Siberia, en la vieja Rusia. No tuvieron tiempo de pensar demasiado ya que, casi enseguida, la inmensa bola de fuego chocó contra la tierra y arrasó de inmediato más de dos mil kilómetros cuadrados de bosques.

En el momento del impacto se produjo una explosión fenomenal, todo se iluminó de manera increíble, y la onda de choque hizo que muchas personas se vieran brutalmente empujadas a varios metros, aunque estuvieran a cientos de kilómetros del sitio donde cayó aquello.

Inmediatamente después del estruendo se escucharon explosiones repetidas, como si alguien disparara sin cesar una escopeta de dimensiones fabulosas. Al mismo tiempo se desató un huracán que dobló los árboles como si fueran juncos, arrancando algunos de raíz. Las casas más precarias eran derribadas con una escalofriante naturalidad, y los hombres y mujeres se aferraban con desesperación a cualquier cosa que permaneciera fija, a veces sin suerte.

Luego, tan de repente como había sido el inicio, llegó un silencio muy pesado. Miles de millones de diminutas partículas luminosas flotaron en la atmósfera durante los dos días siguientes, irradiando una luz de día natural, como si alguien poderosísimo hubiera matado a la noche. Los pobladores del lugar comenzaron a reunirse y a comentar sus respectivas experiencias durante aquel misterioso hecho. La historia lo registra hoy como «*el Fenómeno de Tunguska*» ya que en el pueblo siberiano de ese nombre fue donde se centró la acción.

Las autoridades de aquellas épocas, en las que Rusia aún estaba gobernada por zares, ni siquiera le prestaron demasiada atención a lo ocurrido. En primer lugar porque no se preocupaban mucho por los fenómenos atmosféricos, y en segundo porque éste había ocurrido en la lejana Siberia, una enorme pero poco habitada y muy olvidada zona de Rusia. Un sitio donde en pleno verano las temperaturas eran (y aún lo son) de menos de cero grados.

Muchos años después, se juntó toda la información que había sobre aquel caso y se la armó como un rompecabezas. Al principio existieron varias teorías con respecto al origen de aquello: un choque atmosférico de fuerzas eléctricas que, como sabemos, están liberadas en el espacio; la posibilidad de que la Tierra hubiera rozado a uno de los incontables «*agujeros negros*» que flotan en la galaxia e, inclusive, se llegó a hablar de una gran nave de otro planeta que había perdido el control y chocó contra el suelo terrestre en aquella zona.

Pero todas estas teorías tenían sus fallas: falta de radiactividad en el lugar, ausencia

de un cráter que señalara el sitio de la caída, falta de rastros de algún tipo, si se hubiera tratado de una nave y otros detalles. La teoría que se fue afirmando cada día más es la que hoy perdura: un cometa había entrado en la atmósfera de la Tierra, y se había estrellado allí, desintegrándose en aquel polvillo luminoso. Un cometa pequeño, de no más de cien metros de diámetro y un millón de toneladas de peso, pero cometa al fin. La velocidad estimada con la que llegó a nuestro planeta fue de unos 10.800 km por hora, y habría estado compuesto fundamentalmente por una masa de hielo que se desintegró con los resultados ya descriptos.

Hay en el universo millones de cometas. No hay que confundirlos con los meteoritos (que suelen ser desprendimientos de cometas, precisamente), ni con los asteroides que son materia rocosa que cruza los espacios entre planeta y planeta, entre galaxia y galaxia, sin describir ningún tipo de órbita ni llevar un rumbo fijo. Los cometas tienen sus propias características que los diferencian muy nítidamente. Y aquí entran ustedes, hija, los adolescentes.

Ustedes son cometas.

* * *

Los cometas y los adolescentes se desplazan a una gran velocidad. No ocurre que ustedes lo hagan en el sentido físico de la palabra, ya que, en muchísimos casos, cuesta una enormidad lograr que se levanten de la cama o que demuestren un mínimo de energía cuando se les pide que alcancen alguna cosa. La similitud parte de la vertiginosidad con la que ustedes viven. Todo es ahora, todo es ya mismo, el pasado es una cosa sin mayor importancia y el futuro un misterio tan apasionante que quieren llegar a él cuanto antes. Por consiguiente el presente es, a menudo, nada más que el vehículo que ustedes ocupan para alcanzar con la mayor rapidez posible el minuto que viene, la hora que vendrá, el día siguiente. Son unos ansiosos, en una palabra.

Los cometas tienen una órbita excéntrica. Su trayectoria no forma un círculo sino una elipse. En este momento están, por consiguiente, a 100.000 km de su centro y poco después estarán a 200.000, para luego distanciarse por un millón de km y más tarde volver a los 100.000 iniciales. Así siempre. No son concéntricos sino excéntricos. Nada más parecido a los adolescentes.

Muchísima gente suele asustarse con la aproximación de un cometa. Basta recordar al más famoso de ellos, el *Halley*, que se acerca a la Tierra cada 76 años y acá hay unos cuantos que reservan inodoros con anticipación por los efectos que les produce esa llegada. A principios de este siglo el terror fue tan grande, que enormes contingentes humanos se reunieron en espacios abiertos para rezar, entregados a lo que creían sería el fin del mundo. Como no se los puede manejar, se les teme. Lo mismo ocurre con los adolescentes. Hay adultos que no les entienden la onda y se ponen como locos, los atacan con lo que tienen a mano, se asustan.

En realidad se sabe muy poco de los cometas. Se los viene estudiando desde siempre, igual que a ustedes, pero se saben muy pocas cosas de su verdadera formación,

sus orígenes, su final. Igual que con ustedes. Algunos cometas están compuestos de puro hielo, otros de roca sólida, los hay que son un gigantesco conjunto de granos tan chiquitos como los de la pimienta molida. Tal como sucede con un adolescente, que no es igual al de al lado ni al de la otra cuadra, aunque conserven ciertas características que los unifican. Eso desconcierta a muchos fulanos desprevenidos que quisieran que todo estuviera bien clarito. Por otra parte, los cometas tienen gases. Ustedes también.

Los cometas son brillantes. No conozco ningún grupo humano que sea más brillante que el de los adolescentes. Están en una etapa llena de imaginación, de creatividad, de fantasía a la que suman un noble desparpajo que hace mover al mundo y lo sacude. Son realmente brillantes. Como los cometas.

Los cometas son mucho más jóvenes que los planetas. Nuestro sistema planetario tiene una antigüedad aproximada de 4.600 millones de años, mientras que los cometas aparecieron en el espacio exterior mucho después. Si bien hay muchos adolescentes que rompen la armonía todo el tiempo, es también cierto que hay adultos que parecieran tener unos 4.600 millones de años cuando se trata de entender a los más jóvenes.

Como ven, ustedes son igualitos a los cometas. Es bueno a esta altura tener en cuenta que si un cometa choca contra un planeta le hará daño, pero también se lo hará a sí mismo y mucho, ya que se desintegrará por completo. No conviene chocar con los planetas, chicos. Lo mejor que se puede hacer es intentar comprender a los planetas y, eso sí, pedir que ellos los comprendan a ustedes.

Entiendo que, a menudo, no es sencillo entender a los planetas.

* * *

Ustedes son los grandes mimados de la humanidad, en la época actual. Y son, también, las grandes víctimas. La publicidad está dirigida a ustedes en un enorme porcentaje de casos en los cuales les acarician el lomo para venderles zapatillas, gaseosas, yogurt, chocolate, jeans, camperas, revistas, posters, discos, casetes, y un montón así grande de cosas que ustedes consumen sin parar. Allí, en esas publicaciones mimosas, ustedes son hermosos, divertidos, alegres, espontáneos, sanos y bien intencionados. Pero, cuando se trata de hablar de los adolescentes en una mesa redonda de cualquier programa de televisión, ustedes pasan a ser resentidos, negativos, metidos dentro de sí mismos, rebeldes incurables, casi animales peligrosos. En realidad no son ni una cosa ni la otra y ustedes lo saben mejor que nadie.

Son personas. Nada más y nada menos.

Tampoco es enteramente cierto que si ustedes se descarrilan, la culpa es siempre de los padres que no supieron educarlos. A veces sí, es verdad, pero no siempre. El adulto que «*siempre está ocupado*» y que no puede hablar con sus hijos hace más daño que una legión de termitas en un aserradero. El que no se interesa en nada de lo que hagan y le da todo igual, está destruyendo un futuro. El que no sabe poner límites razonables está asesinando una personalidad.

Y no pongan esa cara cuando hablo de «límites». No me refiero al autoritarismo que

es una profunda estupidez y solamente hace lo que la aspirina: detiene el dolor de cabeza pero no cura la enfermedad. Me refiero a ir juntos de la mano por la vida y señalar el camino mejor.

Es un camino que el adulto inteligente ya recorrió y sabe dónde están los pozos, las zonas peligrosas por las tormentas, los sitios de la espesura de donde pueden saltar fieras terribles y todas esas cosas. Entonces va poniendo algunos límites para que ustedes no se lastimen.

Yo me siento muy cerca tuyo, hija. En todos los sentidos. Estoy todo el tiempo calzando jeans y no sólo en mis piernas, sino también en mi mente. Me gustan los temas musicales de mi época adolescente, pero el *rap* me da vuelta. Me encantan *Roxette*, *Peter Cetera*, los *Eurythmics* (muy en especial «Dulces sueños»), *Tina Turner*, *Phil Collins* desde su época del grupo Génesis, y cada fulano nuevo que aparezca y que valga la pena. No soporto a los que, con lo que hacen, los empujan a ustedes a romper límites razonables. Madonna me gustaba hasta que se puso guaranga con su pornografía barata que ustedes mismos han rechazado. Los que cantaban aconsejando poco menos que «*tomar los fusiles*» para cambiar el mundo eran los mismos que cobraban en dólares y siempre estaban bien lejos de las balas de cualquier fusil. Los que cantan con música loas a la droga o a la homosexualidad o a la violencia son unos hijos de perra que no tendrían que tener perdón de Dios. No me molesta que hagan ellos lo que quieran, pero me vuelve loco que lo promocionen como si eso fuera bueno. Es como si alguien con SIDA quisiera convencernos de lo lindo que es.

Yo estoy muy cerca de ustedes, decía, anímicamente. Conservo la rebeldía, pero manso. Como los fulanos que son *cinturón negro* en karate pero que llegan a pelearse sólo cuando no queda más remedio, evitando hacerlo hasta el último momento. Me enamoro de todo lo nuevo que el mundo me va dando, y me desconcierto con muchas cosas, igual que ustedes. Uso el asombro todo el tiempo y más aún, me encanta asombrarme. Trato de abrir la mente lo más posible. Y me subyuga el amor, el amor a todo y a casi todos. Pero aun sintiéndome cerca de ustedes, asumo que soy una especie de vejete y no me nace ir a bailar a una disco o pintarme el pelo de verde. Tengo mis propios límites. Todos los tenemos.

Yo soy tu amigo, hija, y me enorgullece. Pero, ante todo, soy tu papá. Que me enorgullece todavía más. Y que es mucho más difícil.

* * *

Cuando yo era chico, la pantufla de mamá o el cinturón de papá (en casos más graves) eran armas más temibles que el rayo láser, que aún no se había inventado. No eran unos monstruos, eran como la inmensa mayoría de los padres en aquellas épocas. Cuando el asunto se ponía espeso se solucionaba a chancletazos. Claro está que la misma mano que empuñaba la terrible chancleta era la que, esa misma noche, nos tapaba amorosamente creyendo que ya nos habíamos dormido. Simplemente no sabían poner límites de otra manera. Aquélla no era la mejor, por supuesto, pero era mejor que nada.

La nada, la indiferencia, es lo realmente peligroso, es lo verdaderamente opuesto al amor.

Ser adolescente es maravilloso pero no es fácil, a veces. Con el hecho de ser padres ocurre lo mismo: maravilloso pero, a veces nada fácil. No se pueden dejar las cosas libradas a lo que venga ni siquiera cuando ese padre fuera llamado, para siempre, *Padre de la Patria*.

Me refiero a San Martín, claro, que tenía una hija única a la que adoraba y ya por entonces le escribió unos consejos a los que llamó «*máximas*». Son, en cierta forma, límites también. Porque hasta el Padre de la Patria ansiaba con desesperación ser un buen padre de su hija. Ella se llamaba Mercedes, como seguramente sabés. Y aquellas *máximas* merecen ser recordadas. Leelas con cariño y vas a ver cuánto cariño hay en ellas. San Martín buscaba:

- Humanizar el carácter y hacerlo sensible, aun con los insectos que nos perjudican.
- Inspirar confianza y amistad, pero unidas al respeto.
- Estimular en la niña la caridad hacia los pobres.
- Mantener respeto por la propiedad ajena.
- Acostumbrarse a guardar un secreto.
- Inspirar sentimientos de respeto hacia todas las creencias.
- Conservar la dulzura con los criados, pobres y viejos.
- Hablar poco y lo preciso.
- Acostumbrarse a estar formal en la mesa.
- Amor al aseo y desprecio al lujo.
- Amor a la Patria y a la Libertad.

* * *

¿Qué te parece? Hace unos 170 años el hombre que liberara a media América la tenía bien clarita. Si vos leés esas *máximas* ahora verás que siguen teniendo vigencia, y que San Martín no sólo las declamaba, ya que él mismo las cumplió al pie de la letra durante toda su vida. Porque ésa es otra tara de los adultos cuadraditos: mucho *blá-blá-blá* pero después ustedes mismos los ven mintiendo, engañando, coimeando o dejándose coimear, quebrando las leyes de los hombres y muchas veces las de Dios. Así no vale. ¿Cómo pretenden que ustedes les crean?

San Martín, por su parte, no le falló ni a una de esas *máximas* que pedía e imponía para su hija. Claro que hay tantas otras cosas que aprender de él. Cuando un adulto cuadradito les diga el típico «*Yo a tu edad no me llevaba ninguna materia*», tienen mi permiso para responderles: «*Y San Martín, a tu edad, ya había liberado a media América*». Eso sí, después corran. Porque la ley del chancletazo puede no haber muerto aún.

Volviendo a ese grande en serio que fue San Martín: en el cole nos enseñan lo que hizo, que fue notable, pero a menudo nos quedamos con las ganas de saber otras cosas

de él que nadie enseña. Tocaba muy bien la guitarra, por ejemplo, cosa que hacía a solas debajo de algún árbol, para aflojarse un poco de la tensión de la campaña, o para amenizar reuniones junto al fuego con su gente. ¿No te gustaría saber cómo era de aspecto y de carácter?

* * *

Medía 1,75 m y era delgado. Su pelo era moreno y su piel blanca, aunque bastante tostada por el sol. A sus largas patillas habituales sumó un pequeño bigote durante su estadía en Mendoza, pero luego se lo afeitó para dejárselo crecer nuevamente ya de viejo. Caminaba siempre perfectamente erguido, *«recto como una vertical de hierro»*, como diría Almafuerte. Sus ojos eran grandes y profundamente negros, escrutadores; según algunos, temibles cuando se enojaba y tiernos hasta lo imposible cuando afloraba su sensibilidad, que era mucha. Su nariz era aguileña, sus cejas bien marcadas y su mentón no muy pronunciado.

En cuanto a carácter, tenía una energía y una voluntad absolutamente fuera de lo común. La segunda vez que cruzó los Andes, debió hacer buena parte del trayecto tendido sobre una camilla y retorciéndose de dolor acosado por las enfermedades que lo persiguieron durante toda su vida: el asma, problemas gástricos y otros males, pese a los cuales encaró con éxito una de las más grandes hazañas militares de toda la historia, en aras de la Libertad. Esa energía y esa voluntad estaban acompañadas por una bondad gigantesca. Fue dueño de una gran ternura y una comprensión que abarcó hasta a sus enemigos. Es famosa la anécdota que cuenta hasta el español Carlos Fisas en su libro *Historias de la historia*, y que pinta esa comprensión muy claramente. Un oficial a cargo del dinero del batallón se le presentó un día y pidió hablar con el *«caballero San Martín»* y no con el general. San Martín le prometió que lo escucharía en su condición de caballero solamente, y el oficial le confesó que había perdido en el juego una cantidad de dinero que pertenecía al batallón. San Martín, muy serio, le preguntó cuánto era y el hombre avergonzado, le dijo que 800 onzas. San Martín abrió un cajón de su escritorio y sacó de allí esa cantidad, entregándosela al oficial mientras le decía: *«Aquí tiene, pero que no vaya a enterarse de esto el general San Martín porque lo haría fusilar inmediatamente»*.

Así era el hombre que, pocos años después de su increíble hazaña, le escribía a su amigo O'Higgins diciéndole: *«Le aseguro que estoy viviendo de prestado...»*

Y así murió en 1850. En tierra extraña, sin lujos, sin un centavo, manteniéndose con la ayuda de su hija y su yerno Mariano Balcarce. Cumpliendo hasta el último minuto de su vida con todas y cada una de aquellas *máximas* que escribió a su hija.

* * *

Un hombre con mayúsculas ¿no es cierto? Alguien que era enormemente respetado

pero que empezaba por saber respetar a los demás. Es lo menos que se le puede pedir a un adulto cuadradito y es lo primero que ustedes deben tener para poder después hablar: **respeto**. Palabra que suena severa porque la usaron mal, pero palabra hermosa si las hay. Nos llega del latín «*respectus*» que significa «*atención*». Por los demás y por uno mismo. También es posible que etimológicamente ese «*respectus*» signifique «*cosa del pecho*», es decir algo que nace del corazón, del alma misma de cada uno. Si uno pretende que los demás le obsequien algo tan hermoso, debe comenzar por aprender a obsequiarlo.

Hay que respetar para ser respetado. Prueben y verán.

De manera alguna, es perderles el respeto a nuestros próceres el hecho de bajarlos de sus estatuas de bronce y contar de ellos cosas que los humanizan, como lo de la guitarra de San Martín. Al contrario, los sentimos más cerca nuestro que nunca, porque los sentimos personas y no bustos de una sola expresión o postales de *Billiken*. ¿Por qué no reforzar nuestro amor por ellos recordándolos como simples hombres?

* * *

- Manuel Belgrano era un excelente bailarín. En su época, las mujeres de los hombres de entonces les pedían a sus maridos que no olvidaran invitar a Belgrano a tal o cual fiesta, porque sabían que con él todo brillaría más. Si la invitación era por escrito seguramente nadie pondría en ella su nombre completo ya que el creador de nuestra bandera portaba una de las más extensas denominaciones que se conocen. Su nombre completo era Manuel Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano Peri y González Casero. Era una maratón más que un nombre.

- El único que le ganaba era Martín Güemes, que suena tan lindo así solito pero que era en realidad Martín Miguel Juan de la Mata de Güemes Montero y Bárcena Gómez de Campero y Goyechea y de la Corte. Creo que me agoté solamente de escribirlo. Si en la escuela acostumbraban llamar al frente por el nombre completo, no puedo imaginar a una maestra diciendo «*pase...*» y toda esa larga lista. Cuando terminaba de nombrarlo, ya era la hora del recreo.

- Otra perla: Juan Manuel de Rosas era un apasionado del billar y lo jugaba con maestría. En su casa de Palermo (en la zona donde hoy están los bosques, frente al planetario) había hecho instalar un billar, y se había transformado en imbatible. En otro orden de cosas, pero siempre hablando de Rosas, sus amigos más íntimos lo llamaban, sin perderle el respeto que todos le tenían, «*Vejiga*». Este apodo muy íntimo, sólo usado por sus más allegados, delataba una afección renal de don Juan Manuel que lo obligaba a menudo a hacer pis con una frecuencia mayor que la normal. Y él recibía con una sonrisa aquel apodo.

- Última perla: Domingo Faustino Sarmiento era muy enamorado y gustaba de homenajear a las mujeres. Tanto que, ya grande, mandó a esculpir una pequeña estatua de escritorio con la figura de Venus, diosa del amor, y una leyenda debajo que decía nada menos que «*en honor a todas las mujeres que amé y me amaron en mi vida*».

Sarmiento, sí. El mismo que nos mira tan seriamente, como enojado, desde los bustos que abundan en las escuelas.

¿No los, quieren un poco más y mejor después de enterarse de estos chismecitos de la historia que los humanizan tanto? Eran personas. Como ustedes. Eso sí: para que ustedes lleguen a ser como ellos, ya saben de quién depende. No voy a ponerme a darles consejitos.

* * *

El asunto es, queridos cometas, que ustedes son la sal de la vida pero, como la sal, si se pasan pueden hacer daño.

Ojalá se dieran cuenta ahora mismo de que lo que serán ustedes en el futuro ya está creciendo ahora. Siempre es así. Te cuento un caso.

* * *

En el año 1801, un chico de apenas once años asombraba a sus maestros y al que le pusieran enfrente con la facilidad que tenía para el manejo de idiomas orientales. No era un geniecillo prodigio sino un fulanito que, por alguna razón, amaba las difíciles lenguas de Oriente, y por eso se dedicaba a leer todo lo que podía sobre ellas.

Un inspector de escuelas, que descubrió como todos aquel amor del chico, lo invitó a su casa. El chico fue y quedó simplemente fascinado con algunos objetos egipcios que el inspector guardaba. Más específicamente con las inscripciones de aquellos objetos. Le preguntó al maestro qué decían y el hombre tuvo que responderle la verdad: «*Nadie lo sabe*».

Es que, por entonces, nadie había sido capaz de descifrar los jeroglíficos egipcios, y se ignoraba por completo lo que habían escrito con ellos los hombres de aquella fabulosa civilización.

El chico se apasionó más que nunca. Con el paso del tiempo fue un hombre. Y aquel hombre llamado Jean François Champollion fue el que, después de muchos años, se transformó en el primero en la historia que descifró aquellos jeroglíficos. Sin él seguiríamos sin conocer siquiera el nombre de los faraones, para no hablar de cosas más importantes; sin él y su amor por aquello, que ya era muy fuerte cuando tenía apenas once años de edad. Seguro que en ese momento Champollion no pensaba en el futuro sino sencillamente en su pasión. Yo no les pido que piensen en el futuro, sino que se apasionen por lo que sea que amen. Sabe Dios lo que descubrirán o inventarán algunos de ustedes dentro de unos años, no muchos.

Después de todo

Entiendo que a veces ustedes deben preguntarse si, al fin de cuentas, es malo ser adolescente. En ese caso voy a romper la norma que me impuse a mí mismo y pondré tono de *maestro Ciruela*, severo y terrible, para decirles que ni se les ocurra manipular semejante pregunta. No dejen que la ola los voltee y los arrastre hasta la orilla de la *Isla de la Porquería*, donde viven los adultos cuadraditos.

No olviden que hay, también, adultos redonditos que defienden lo mejor que tenemos: el amor, la esperanza, la libertad, el coraje, la fe, la justicia, la dignidad y todas esas cosas que están allí siempre.

Ellos son los que creen que ser joven es maravilloso y que, como ocurrirá en el resto de sus vidas, todo depende de saber elegir.

La Libertad no consiste de manera alguna en poder ir a cualquier parte y a cualquier hora, sino en aprender a pensar. Cuanto menos se sabe más cerca se está de la esclavitud.

Cuanto más se sabe más cerca se está de la Libertad y de la elección de las cosas más sencillas, que suelen ser las indiscutibles. Las mejores ideas son las simples, las directas. Les cuento.

* * *

- El famoso productor de cine Samuel Goldwin (uno de los creadores de la *Metro*, la del león) le dijo un día a uno de sus escritores: «*Necesito una idea para una película. Vamos, piense algo rápido*». El autor lo miró sin pestañear y lanzó en el acto la idea: «*Un hombre y una mujer se aman*». Eso era todo. Si bien esto es una simpática anécdota, nadie puede negar que con ese simple argumento base se han escrito o filmado miles y miles de historias, a las que se les agregaba alguna otra cosita en medio.

- Un ciego pedía limosna parado siempre en el mismo lugar de la famosa *Avda. Madison*, de la ciudad de Nueva York, aquella donde tienen sus oficinas las principales agencias creativas de publicidad del mundo. Un día pasó por allí un redactor de una de esas agencias. Se detuvo frente al ciego y le dijo: «*No voy a dejarle ni una moneda, pero le hice este pequeño cartel para que cuelgue en su pecho. Creo que le ayudará*». El ciego, que nada tenía que perder, se colocó el cartelito. Desde ese momento en adelante las monedas y aún los billetes no cesaban de caer en su sombrero extendido. Asombrado, el ciego advirtió que la leyenda del cartel podía tener algo que ver con aquella bonanza sorprendente. Detuvo a un hombre cualquiera que pasaba y le pidió que le leyera el texto de lo que llevaba en el pecho. Sólo era una frase. Ciertamente publicitaria, directa, simple, que apelaba a sentir por el ciego una piedad que obligaba a la ayuda. El texto decía: «*Es primavera y yo no puedo verla*». Una idea. El valor de una idea.

* * *

Las ideas son el alma del arte y puede decirse que de la vida toda. Alguien tuvo la idea de pintar esa sonrisa con trampa de la *Gioconda* y alguien tuvo la idea de inventar el arado. Alguien tuvo la idea de crear la *Sinfonía Pastoral* y alguien tuvo la idea de la rueda. Otros tuvieron las ideas de inventar la bombilla eléctrica, descubrir la penicilina, apuntalar la fe, lo que sea.

Ustedes son algo así como un volcán de ideas, y lo mejor que éstas suelen tener es la sorpresa que encierran. El escritor francés Teófilo Gautier escuchaba en una ocasión a un joven que le contaba una idea para un libro. Gautier quedó encantado con lo que escuchaba, y no pudo reprimir decir con admiración: «¡Hombre! ¡Qué bueno! ¡Cómo lamento que no se me haya ocurrido a mí!». Y un amigo del viejo Gautier, que estaba presente, le dijo como al pasar: «Oh, no te preocupes. Ya se te ocurrirá».

Porque a veces las ideas estallan, salen disparadas, rebotan por las paredes, son atrapadas por otros, vuelven a escapar, cruzan los tiempos, son usadas y hasta manoseadas, pero no se gastan. Apenas se descascaran un poco. Claro que cuando son nuevecitas, flamantes y recién creadas, es su mejor momento, aquel en el que sorprenden.

Ustedes, les decía, son volcanes de ideas. Déjenlas fluir y cubran de esa bendita lava todo lo que se ponga a su paso. Más aún, les regalo una para que la usen ya mismo como propia: al cerrar el libro acérquense hasta el adulto más a mano, tómenle la cara con las manos y denle un beso en la frente. También puede ser un abrazo fuerte, una caricia en la mejilla o una palabra cariñosa.

El adulto en cuestión se sorprenderá, sospecho, pero además sentirá cómo se le caen todas las armas que suelen acompañarlo, y que no tiene más remedio que ostentar. Bajará la guardia. Se preguntará qué está pasando. Hasta empezará a creer que todo eso de la *Nueva Era* y del amor es algo real en manos de los más jóvenes. Incluso es posible que se sume, uno nunca sabe.

De cualquier manera el afecto siempre funciona. Siempre es buena idea. Con probar no pierden nada, y hay mucho para ganar. Y no me vengan con que les da vergüenza. Vamos, vayan. Dale.

* * *

Hija querida: deseo que no te sientas vigilada sino acompañada. Quiero que aprendas a vivir equivocándote y aprendiendo de esos errores, ya que es la única manera de crecer en todos los sentidos. Ruego que no cambies tu esencia, que es maravillosa. Pido que comprendas a los demás y que los demás te comprendan. Exijo el mismo respeto que yo te tengo a vos. Espero que de algo te sirva todo lo que te hablo, todo lo que te escribo, todo lo que te amo. Anhele que mantengas siempre esa sana rebeldía, porque enojarse

por ella sería como pedirle al agua que no moje o al fuego que no queme. Suplico a Dios que te acompañe. Y sobre todo, que vos lo acompañes a Él.

Agradezco ser tu Padre, sentir tanto orgullo, palpar tanto amor, soñar tantos sueños, vivir tanta vida.

* * *

Y ustedes, queridos cometas:

Vuelen. Vertiginosos, excéntricos, asustando a algunos, sin que se pueda saber nunca todo de ustedes, siendo brillantes y jóvenes. Vuelen con ganas. Pero tomen conciencia de que están volando. Y así podrán disfrutarlo mucho más. Vuelen, por favor, vuelen. Respetando a los que abajo caminan y olvidando a los que se arrastran. Sintiendo el viento en la cara, que son suspiros de Dios al verlos tan hermosos y locamente libres. Vuelen, por favor, vuelen. No sólo por ustedes. Por el mundo, que no sería el mismo sin sus vuelos.

Vuelen, por favor.

Vuelen.

Índice

Portadilla	4
Legales	5
Ante Todo	9
Uno. El Amor es Adolescente	13
Dos. Hay Profundas Estupideces, pero También hay Coraje	20
Tres. Las Nalgas y la Injusticia	29
Cuatro. Todos Nacemos desnuditos	37
Cinco. Cuando Pensamos en la Muerte	45
Seis. Esa Cosa que Suena tan Solemne llamada Dignidad	53
Siete. Mamá Rosita	62
Ocho. De Repente, la Violencia	70
Nueve. Otra Vez el Amor	80
Diez. Los Adolescentes son unos Fenómenos (Meteorológicos)	89
Después de todo	98